

70 AÑOS
INEHRM



PÍNDARO URIÓSTEGUI MIRANDA

GENERAL NICOLÁS FERNÁNDEZ CARRILLO

UN TESTIMONIO DEL PROCESO REVOLUCIONARIO DE MÉXICO

ESTUDIO INTRODUCTORIO Y BIOGRAFÍA: DANIEL LIBRADO LUNA

SERIE ESTAMPAS DE LA REVOLUCIÓN



GOBIERNO DE
MÉXICO



PÍNDARO URIÓSTEGUI MIRANDA

GENERAL NICOLÁS FERNÁNDEZ CARRILLO

UN TESTIMONIO DEL PROCESO
REVOLUCIONARIO DE MÉXICO

ESTUDIO INTRODUCTORIO Y BIOGRAFÍA:
DANIEL LIBRADO LUNA

SERIE ESTAMPAS DE LA REVOLUCIÓN

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

PÍNDARO URIÓSTEGUI MIRANDA

GENERAL NICOLÁS FERNÁNDEZ CARRILLO

UN TESTIMONIO DEL PROCESO
REVOLUCIONARIO DE MÉXICO

ESTUDIO INTRODUCTORIO Y BIOGRAFÍA:
DANIEL LIBRADO LUNA



CLÁSICOS
DE VILLA

MÉXICO 2023

Portada: Francisco Villa y sus hombres, *ca.* 1912.
Colección Elmer y Diane Powell, México y la Revolución Mexicana.
Universidad Metodista del Sur.

Ediciones impresas:

1ª edición como parte del libro

Testimonios del proceso revolucionario de México, INEHRM, 1987.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2023.

D. R. © Píndaro Urióstegui Miranda.

D. R. © Daniel Librado Luna por
“Estudio introductorio y biografía
del general Nicolás Fernández Carrillo”.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Plaza del Carmen 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-422-7

HECHO EN MÉXICO

CONTENIDO

Estudio Introductorio y biografía del general Nicolás Fernández Carrillo	7
<i>Daniel Librado Luna</i>	
Entrevista con el C. General de brigada Nicolás Fernández Carrillo, celebrada en la ciudad de Torreón, Coah., el día 28 de febrero de 1970	47
Datos sobre su origen	47
Íbamos con don Abraham González arriando 10 sementales	48
Me incorporé definitivamente con Villa	50
Francisco Villa y Victoriano Huerta	56
Villa se fuga de la prisión de Santiago Tlatelolco	58
Más datos biográficos	64
Cómo se vivía en el norte del país	68
Cómo se incorporó Villa a la Revolución	70
Por qué adoptó el nombre de Francisco Villa	76

Relaciones de Villa con Madero y Carranza en campaña	78
Carranza frena a Villa	83
Propósitos de la Convención de Aguascalientes	84
Mi general Villa me encomienda una comisión	86
Villa y Zapata	92
El triángulo: Carranza, Obregón y Villa	95
Villa frente a Obregón en Celaya. Carranza en Veracruz	98
Los recursos económicos de la División del Norte	102
Fui a esconder a mi general Villa a una cueva de la sierra alta de Chihuahua	107
El crepúsculo del centauro Villa y De la Huerta	121
Yo estaba trabajando en San Isidro, cuando la emboscada de Parral	132
Ideal de Villa: acabar con todos los latifundios	138



**ESTUDIO INTRODUCTORIO
Y BIOGRAFÍA DEL GENERAL
NICOLÁS FERNÁNDEZ CARRILLO**

Daniel Librado Luna





Francisco Villa acompañado de "los dorados" en la hacienda de Canutillo, Chih., 1920. Retrato de grupo, aparecen de izquierda a derecha: 1. General Ricardo Michel, 2. Coronel Miguel Trillo, 3. General Francisco Villa, 4. General Nicolás Fernández, 5. Coronel Sóstenes Garza, 6. General Ornelas, 7. Coronel José Nieto, 8. Coronel Ramón Contreras, 9. Asistente Daniel Tamayo, 10. General José Jaurrieta, 11. Coronel José Gómez Morentín, 12. General Lorenzo Ávalos, 13. General Ernesto Ríos, 14. Coronel Tovares, 15. Coronel Daniel Delgado, 16. ¿?, 17. ¿? © (33427) SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

El 28 de febrero de 1970, el licenciado, político y periodista guerrerense Píndaro Urióstegui Miranda le realizó una entrevista de historia oral al general divisionario Nicolás Fernández Carrillo, en su casa de Gómez Palacio, Durango. Nicolás Fernández era entonces un anciano venerable de 89 años. En tiempos de la Revolución Mexicana fue uno de los “gallos finos” del villismo, jefe de la escolta de los Dorados y segundo al mando de la guerrilla villista en los años de 1916 a 1920. Hombre de todas las rebeliones, el general Fernández respondió con amplitud a las preguntas de Píndaro Urióstegui. La entrevista fue publicada originalmente en el libro *Testimonios del proceso revolucionario de México*, editado en 1970 por los Talleres de ARGRIN y reeditada en 1987 por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM). En este 2023, Año de Francisco Villa, el revolucionario del pueblo, el INEHRM la vuelve a publicar en formato digital, con un estudio introductorio y una breve semblanza del general Nicolás Fernández Carrillo, como un sencillo homenaje a los hombres y mujeres de la División del Norte que lucharon y murieron por un México más justo.

EL ENTREVISTADOR

En su libro *Testimonios del proceso revolucionario de México*, Píndaro Urióstegui Miranda transcribió las entrevistas que realizó a Nicolás T. Bernal, al general Nicolás Fernández, al general Amador Acevedo, al general Juan Barragán, al profesor Jesús Romero Flores, al dirigente obrero Rosendo Salazar, al general y licenciado Aarón Sáenz, al licenciado Eduardo Neri y al ingeniero Luis L. León. Todos ellos veteranos revolucionarios, que compartieron sus historias de vida y su interpretación de la historia de la Revolución con el guerrerense. Píndaro Urióstegui escribió un análisis histórico del proceso a manera de introducción y compartió a su vez una serie de documentos centrales de la Revolución Mexicana en un capítulo final.

Píndaro Urióstegui nació el 10 de abril de 1937 en Iguala, Guerrero. En 1952 ingresó en la Escuela Nacional Preparatoria, donde fue representante estudiantil. También fue miembro fundador de la Federación de Estudiantes Guerrerenses Radicados en el Distrito Federal, junto a Genaro Vázquez Rojas. Estudió la Licenciatura en Derecho en la UNAM, de la que se tituló con la tesis *Desaparición de poderes* en el año de 1959. En dicho trabajo académico realizó un estudio histórico y un análisis del procedimiento jurídico en distintas situaciones, el capítulo final lo dedicó al estudio del caso guerrerense del 21 de mayo de 1954, en el que fue destituido el gobernador Alejandro Gómez Maganda por medio de violaciones flagrantes a la ley ejercidas desde el gobierno federal.¹

El licenciado Urióstegui fue agente del Ministerio Público del Fuero Común en el Distrito Federal de 1959 a 1964; abogado consultor de la Secretaría de Agricultura y Ganadería de 1961 a 1964; consejero de la Secretaría Privada de la Presidencia de la República de 1960 a 1962. Ocupó diversos puestos en la administración pública y fue diputado por el estado de Guerrero en la XLIX Legislatura (1973-1976) y en la LIII Legislatura (1985-1988). También fue director de *Testimonio*, órgano oficial del Comité Directivo del PRI en el Distrito Federal. Píndaro Urióstegui escribió dos novelas de tipo político: *¡Aquí no ha pasado nada!* (1977) y *Guardar las formas* (1990) y fue columnista del periódico *El Universal*. El licenciado Urióstegui Miranda murió el 5 de mayo de 1998.

LA ENTREVISTA

La entrevista que realizó el licenciado Urióstegui al general de división Nicolás Fernández Carrillo ha sido utilizada como fuente primaria por todos los historiadores que se especializan en el estudio de la División del Norte y del villismo. En su biografía narrativa de Pancho Villa, Taibo II la utiliza recurrentemente, aunque advierte que hay que tomar el testimonio con precaución y confrontarlo con otras fuentes, debido a que el general “tendía mucho a la exageración y en ocasiones no era preciso en los detalles ni nombres”.

¹ Píndaro Urióstegui Miranda, *Desaparición de poderes*.

Esto fue así por diversas razones. En primer lugar, hay que subrayar la edad del entrevistado, el general Fernández contaba con 89 años al momento de su encuentro con el licenciado Urióstegui. Para entonces, don Nicolás había contado en innumerables ocasiones el relato de su vida a distintos investigadores y vecinos de su comunidad. Como lo testimonió el presidente Cárdenas en su visita a Canutillo de 1939, los antiguos soldados villistas acostumbraban a reunirse, platicar sus anécdotas de guerra e intercambiar detalles de sus andanzas. Lo hicieron así hasta perfeccionar una memoria de la lucha, un relato coherente, ordenado y lógico para ser transmitido de manera hablada a las nuevas generaciones de lugareños. El relato del general Fernández es una narración oral, esas son sus características. Estaba pensado para ser una plática convincente, una historia edificante con capacidad para atraer la atención de los escuchas, por ello el general se interesó en describir las principales gestas de Pancho Villa en la Revolución Mexicana y no le importó demasiado integrar su biografía particular en el relato. Seguramente lo consideró una acción egoísta de su parte. Por otro lado, el entrevistador tampoco intentó ahondar en la biografía del general Fernández, más allá de los datos generales o de los años revolucionarios.

Los relatos de los villistas sobrevivientes habían probado su eficacia en múltiples ocasiones, tanto así que la historia oral transmitida se convirtió en una memoria colectiva de las nuevas generaciones de chihuahuenses y duranguenses. De igual modo, historiadores y periodistas se aprovecharon de estos relatos para integrarlos en historias escritas, como la del general e ingeniero Federico Cervantes (1960) o las de Alberto Calzadías Barrera (1965).

Para el general Fernández, lo sustancial era el relato de las grandes victorias de la División del Norte, dejar constancia de los hechos extraordinarios protagonizados por rancheros y hombres del campo. Lo importante no es la acción individual sino la del colectivo villista en su conjunto. La intención del general en su relato es clara, lo señaló incluso en un momento de la entrevista:

Mire, licenciado Urióstegui, mi criterio es defender la personalidad del general Villa, no la mía. La mía importa muy poco, porque a mí ya me faltan pocos días, pero quiero que sepa el mundo entero y la juventud quién fue Francisco Villa, porque aún quedan muchas gentes que lo tratan de puro bandido.²

El general Fernández señaló que Villa “fue bandido porque lo hicieron; todo hombre que se defiende es bandido para los demás”. Lo observó como un individuo extraordinario que sin escuela pudo manejar a 60 000 soldados: “todos los generales lo obedecían ciegamente, no había quien se le opusiera”.³ Al igual que Villa, el general Fernández no fue a la escuela, pero fue un hombre politizado que acrecentó sus luces con el transcurso de la Revolución. En su trabajo como caporal aprendió a hacer cuentas, sabía firmar y en los años cardenistas salvaguardó la memoria del villismo, confrontándola incluso con relatos de otros protagonistas del norte.

A pesar de combatir en múltiples batallas, don Nicolás Fernández Carrillo murió en su cama, en la tranquilidad de su hogar, junto a su familia. El general fue un villista leal hasta la muerte, íntegro, nunca traicionó, incluso se recuerda que no fue un “general matón”, como muchos otros revolucionarios. Perteneció a la estirpe de centauros villistas, diestros con el caballo y en el manejo de las armas, guerrilleros indomables, que prefirieron la muerte en combate a la rendición abyecta. El general Fernández sobrevivió al general Villa 50 años.

FERNÁNDEZ NO ES RODRÍGUEZ

Por desgracia, el general Nicolás Fernández Carrillo ha sido confundido con el autopercebido “general” Nicolás R. Rodríguez Carrasco en obras importantes de la historiografía de la Revolución Mexicana. El primero en caer en dicho dislate fue Francisco Naran-

² Píndaro Urióstegui, *Testimonios del proceso revolucionario de México*, p. 125.

³ *Idem.*

jo en su *Diccionario biográfico revolucionario*, publicado por la Imprenta Editorial Cosmos en 1935 y reeditado por el INEHRM en 1985, quien señaló a ambos personajes como el jefe supremo de los Camisas Doradas, en un error de atención evidente. El error también fue repetido en la obra colectiva *Así fue la Revolución mexicana*, en donde se asegura que el general Fernández murió en El Paso en 1940; también en la entrada del general Nicolás Fernández del *Diccionario de generales de la Revolución*, del INEHRM y, sobre todo, en el libro de Alicia Gojman de Backal, *Camisas, escudos y desfiles militares*, en el que la investigadora cruza la biografía del general Fernández con la de Rodríguez, en una errata descomunal, observada desde hace varios años por el joven investigador Pavel Navarro en su libro *El cardenismo en Durango*.⁴

El autopercebido “general villista” Nicolás Rodríguez en realidad fue un instrumento del callismo para golpear al gobierno del presidente Lázaro Cárdenas. La primera noticia que se tiene del autoproclamado “general” Rodríguez proviene del libro de Nellie Campobello “Apuntes sobre la vida del general Villa”, editado en 1940. Nellie revisó el proceso judicial abierto al “jefe de rurales Francisco Villa” en junio de 1912, en las rectificaciones aparece como testigo un Nicolás Rodríguez, quien declaró que conoció a Villa en la ciudad de Chihuahua, en una tienda de abarrotes, “de la cual era yo dependiente”. Nicolás Rodríguez era “un mozalbete” cuando lo trató por primera vez: “Pancho, como todos le llamábamos, era de a caballo, y cuando llegaba con ganado para el abasto, me prestaba su caballo para pasear y a veces nos íbamos a los gallos”.⁵

En su libro *Por la patria y por la raza*, el historiador Ricardo Pérez Montfort aporta mayores datos del “que se decía antiguo villista”

⁴ Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*, pp. 74, 186; *Así fue la Revolución mexicana*, vol. 8, pp. 1588-1589; *Diccionario de generales de la Revolución*, Tomo I, pp. 353-355; Alicia Gojman de Backal, *Camisas, escudos y desfiles militares. Los Dorados y el antisemitismo en México (1934-1940)*, pp. 230-233. Para la rectificación a la historiadora Gojman, véase Pavel Navarro, *El cardenismo en Durango. Historia y política regional 1934-1940*, p. 144.

⁵ Nellie Campobello, “Apuntes para la vida del general Villa”, p. 215.

Nicolás R. Rodríguez. Señala que había participado en la rebelión escobarista y que había organizado en Estados Unidos el Centro Antirreeleccionista Pro-Vasconcelos en Los Ángeles, California. Regresó a México y sirvió de rompehuelgas en el Maximato bajo el cobijo del general Calles. En esta época fundó un grupo llamado “camisas verdes”, cuyo grito de guerra era “México para los mexicanos”. Poco después, aún en la presidencia de Abelardo L. Rodríguez, constituyó a los “camisas doradas”, “cuya función era apalear a los comunistas y a los judíos”, también pedían la expulsión de los chinos y judíos del país.⁶

Los “camisas doradas” fueron fanáticos anticomunistas, que asaltaron en repetidas ocasiones las oficinas del Partido Comunista Mexicano. Las provocaciones escalaron el 20 de noviembre de 1935, cuando “camisas doradas” y comunistas se enfrentaron en el Zócalo capitalino, con un saldo de 3 muertos y más de 50 heridos, entre ellos el mismo autoproclamado “general villista” Rodríguez. El presidente Cárdenas declaró fuera de la ley a la organización fascista mexicana y su jefe salió obligado del país. Desde Estados Unidos, Nicolás R. Rodríguez amenazaba con levantar a la clase media contra Cárdenas. Los cónsules de la zona fronteriza mandaban información constante sobre las acciones del “general” Rodríguez, las que incluyeron una alianza esporádica con William Dudley Pelley y sus *Silver Shirts* (camisas plateadas). Nicolás Rodríguez Carrasco murió en El Paso en 1940.⁷

⁶ Ricardo Pérez Montfort, “Por la patria y por la raza”. *La derecha secular en el sexenio de Cárdenas*, p. 45.

⁷ *Ibid.*, pp. 46-52.

BIOGRAFÍA DEL GENERAL NICOLÁS FERNÁNDEZ CARRILLO

MADERISTA Y VILLISTA

Nicolás Fernández Carrillo nació en Valle de Allende, en el sur de Chihuahua, el 10 de noviembre de 1875. Sus padres fueron Francisco Fernández y Gertrudis Carrillo, originarios de Boquilla de Conchos, en el sureste del mismo estado. Fue nieto de Zenón Carrillo, hermano del exgobernador de Chihuahua Lauro Carrillo. Su infancia la vivió al lado de su familia en el poblado de San Miguel Babícora, municipio de Camargo, Chihuahua. Ahí trabajó 18 años en la hacienda de Luis Terrazas y después como caporal en las haciendas ganaderas de Valsequillo, que se llamó Peñuelas, en Río Florido, y en la Hacienda de La Concepción, ambas de los hermanos Sabás e Hilario Lozoya en Guanaceví, Durango, y Valle de Allende, Chihuahua, en la región limítrofe de ambos estados. Sobre las condiciones de vida en el Porfiriato, don Nicolás señaló con firmeza: “éramos unos esclavos de los terratenientes”.

Nicolás Fernández se casó en 1903 con Juana Terrazas en La Concepción, con quien procreó seis hijos, tres mujeres: Matilde, Agustina y Gabriela, y tres hombres: Francisco, Nicolás y Eustaquio. Durante estos años trabajó como caporal en dicha hacienda. Es en este tiempo cuando conoció y se hizo amigo de Pancho Villa, a quien trató bajo el mote de “el Güero”, y de Tomás Urbina. Juan Bautista Vargas lo describió físicamente como “bastante alto, muy moreno y muy buen jinete”.⁸

Don Nicolás Fernández fue magonista de la primera hora. Fue reclutado por Silvestre y Rodrigo Quevedo para levantarse en armas en 1908, unir sus fuerzas con los hermanos Ponce, Lino, Demetrio y Santos, y tomar juntos el Palacio Municipal y la aduana de Palomas. Aunque fracasaron en su intento, los magonistas de Galeana y de Guerrero

⁸ Juan Bautista Vargas Arreola, “Los Dorados, uno a uno”, p. 35.

iniciaron el movimiento armado en contra del gobierno de Porfirio Díaz y sus vecinos engrosaron las filas de la Revolución.

En el testimonio que Nicolás Fernández compartió con Píndaro Urióstegui aseguró que trabajó con Abraham González, cuando éste era agente de una compañía ganadera de Estados Unidos. De acuerdo con su relato, Tomás Urbina y Pancho Villa lo convencieron para levantarse en armas con los 40 hombres a su cargo, con los caballos de la hacienda y con las carabinas que le habían dado para proteger la propiedad. En una entrevista que tuvo con el general Francisco L. Urquizo en los años cardenistas, el general Fernández le aseguró que antes de levantarse en armas sirvió como contacto con Guillermo Baca en Parral y con Abraham González, “que era el jefe de la Revolución en el estado de Chihuahua”.⁹ A principios de 1911, Nicolás Fernández sirvió de correo entre los revolucionarios y los políticos de la Hacienda de Bustillos para incorporarse después a las fuerzas de Pancho Villa: “Por mi conducto, dio órdenes para que Urbina se quedara organizando gente en la sierra con Andrés Rivera que no era de muchos alcances y que Villa con 25 hombres se quedara a las órdenes de Cástulo Herrera”.¹⁰ Se puede afirmar que desde entonces don Nicolás Fernández fue uno de los villistas más leales.

Nicolás Fernández combatió en Ciudad Juárez en la derrota del ejército porfirista. Como muchos revolucionarios leales fue licenciado en la ciudad de Chihuahua tras escuchar un discurso de Madero: “Nos dio caballo ensillado, carabina y cincuenta pesos”. Durante la rebelión orozquista, Nicolás Fernández se mantuvo leal al gobierno de Madero. Luchó contra sus antiguos compañeros bajo las órdenes de Pancho Villa, Tomás Urbina y Maclovio Herrera en la segunda brigada de irregulares de caballería, incorporada al llamado Cuerpo de guías, que mandaba Emilio Madero, que auxilió a la División del Norte federal: “combatimos a Pascual Orozco desde Bermejillo hasta hacerlo pedazos en Chihuahua”. El entrevistado recordó que al ser hecho pri-

⁹ Francisco L. Urquizo, *Charlas de sobremesa*, p. 243. En estas páginas, el general Nicolás Fernández narra a detalle los primeros momentos de la revolución maderista en Chihuahua y la campaña que desempeñó Pancho Villa.

¹⁰ *Idem.*

sionero Villa por Huerta en Jiménez, quedaron al frente del regimiento Tomás Urbina y Román Arreola. También rememoró que los problemas entre los “irregulares” y los federales eran cuestión cotidiana. Los “pelones” llamaban a los revolucionarios “comevacas” y “cebosos”. Incluso Huerta intentó ningunearlos al dejarlos fuera de la entrada triunfal a Chihuahua, después de ser un factor importante en la derrota de los colorados orozquistas.¹¹

Al consumarse la derrota de los colorados, las fuerzas irregulares de Villa-Urbina fueron enviadas a Ciudad Guerrero, donde sufrieron por la falta de haberes y uniformes: “ya andábamos muy mal de ropa y de todo, por lo que teníamos que pedirle fiado al comercio”. Como les pidió Villa antes de ser conducido prisionero a la capital del país, los “irregulares” se mantuvieron leales al gobierno de Francisco I. Madero. Nicolás Fernández se enteró del asesinato de Madero y Pino Suárez gracias a que el capitán José Rodríguez se lo informó por medio de unos “papeles”, seguramente periódicos. Cuando fue requerido reiteradamente por el coronel Zárate bajo amenaza de fusilamiento, el entonces sargento Fernández le espetó: “para que no se moleste en fusilarme y venir hasta acá, desde estos momentos desconozco su autoridad y la de Victoriano Huerta”. En Durango, a finales de febrero de 1913, a pocos días de consumado el golpe de Estado, Tomás Urbina, Ramón Arreola, Petronilo Hernández y Nicolás Fernández se pronunciaron en contra de Victoriano Huerta. Al igual que numerosos cuerpos de irregulares por todo Chihuahua, Durango y la Comarca Lagunera.¹²

Como primer acto revolucionario, Nicolás Fernández apresó a las autoridades de Ciudad Guerrero y se apropió del dinero de la recaudación de rentas y del telégrafo. De ahí se dirigió a Valle de Allende y en el camino a Villa López se le unieron antiguos maderistas que lo reconocieron como capitán primero. Al incorporarse a las fuerzas de

¹¹ Pedro Salmerón, *La División del Norte. La tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo*, pp. 281-282; y Píndaro Urióstegui, *Testimonio del proceso...*, op. cit., pp. 88-89.

¹² Para conocer la historia de los hombres de la División del Norte, así como la de sus regiones, véase Pedro Salmerón, *La División del Norte...*, op. cit.

Pancho Villa, Nicolás Fernández sirvió de correo nuevamente, ahora entre los revolucionarios de Chihuahua y Sonora, para gestionar un trueque de ganado por armamento con el “profesor Calles” de Agua Prieta. Gracias a que don Nicolás guardó el recibo fue reconocido como revolucionario años después por el entonces Jefe Máximo.

Durante la revolución constitucionalista, los villistas destacaron como un contingente militar capaz de infligir derrotas a los oficiales federales. Además de vencerlos, Villa propició la concientización de sus soldados y del pueblo con actos de justicia revolucionaria y reivindicaciones sociales. El 29 de septiembre de 1913 se reunieron los principales líderes revolucionarios de Chihuahua, Durango y La Laguna en la Hacienda de la Loma para organizar la División del Norte. Vinieron entonces las grandes batallas de la División del Norte ante el ejército federal: se tomó Torreón para dirigirse entonces a Chihuahua capital; ante la imposibilidad de capturarla, Villa concibió la estrategia del “tren troyano” para apoderarse de Ciudad Juárez, lo que le generó prestigio internacional y lo volvió popular entre los estadounidenses. Vinieron entonces las victorias de Tierra Blanca y Ojinaga. Para diciembre de 1913, los rebeldes estaban posesionados del estado de Chihuahua, primer territorio libre de tropas federales huertistas. El general Villa fue gobernador por cuatro semanas del estado grande, donde impuso medidas de gobierno que beneficiaron a los sectores populares.

Durante la Revolución, don Nicolás Fernández desempeñó comisiones diversas como ayudante del general Villa, tanto militares como políticas. También realizó, como el resto de los centauros villistas, acciones de gran valor en Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón y Zacatecas, batalla en la que, como coronel, tomó el Cerro del Grillo a sangre y fuego al frente de los Dorados, la escolta personal del general Francisco Villa. Después de posesionarse de la cima, el coronel plantó la bandera de los Dorados y a continuación se dirigió a la ciudad, donde estuvo a punto de morir en la explosión del Palacio Federal.

En la entrevista, el general Nicolás Fernández informó sobre las comisiones especiales que Villa le encomendó, como el secuestro de “unos individuos millonarios” de Zacatecas, a quienes engañó me-

dante el ardid de la venta de ganado. También refirió algunas anécdotas en la ciudad de México durante la ocupación convencionista. Sobre la entrada de las tropas villistas y zapatistas a la capital del país, aseguó: “el pueblo se entregó y para nosotros fue una gran satisfacción que premiaran así nuestra lucha revolucionaria”. A propósito de la Soberana Convención de Aguascalientes, el entrevistado refirió que su propósito fue nombrar un gobierno provisional para después convocar a elecciones, pero igualmente refirió que el señor Carranza “quería ser el jefe y lo logró” a través de subterfugios y recompensas monetarias para los generales que se le presentaron en Veracruz después de jurar y firmar la bandera nacional.

Acerca de las batallas del Bajío, el general Fernández las recordó como “¡muy duras!”. Rememoró el hecho de no contar con el parque suficiente para hacer frente al ejército de Obregón. Después de las derrotas, comenzaron a “voltearse” los antiguos villistas y la situación hasta entonces favorable cambió drásticamente. Entrevistado por la historiadora Guadalupe Villa, Eustaquio Fernández, hijo del general Nicolás Fernández, refirió que durante los años villistas en Chihuahua cursó sus años escolares en el Colegio Palmore, así como en la Escuela Centenario 217, junto a sus hermanos y a otros hijos de revolucionarios villistas. Cuando los carrancistas tomaron Chihuahua, estos infantes fueron golpeados y secuestrados, incluso se les obligó a escribir cartas a sus padres para obligarlos a capitular. Ante la protesta de los familiares y de la sociedad chihuahuense, los niños fueron liberados.¹³

De igual modo, Eustaquio Fernández recordó la situación que se vivía en la ciudad de Chihuahua durante los años de la guerrilla villista y de la ocupación carrancista del estado. Refirió que ni carne ni leche podía encontrarse por la falta de ganado, también que había grupos de niños y adolescentes que mendigaban comida o que trataban de conseguirla por todos los medios posibles y que sólo se podía encontrar pan duro. También recordó que había numerosas bandas de asaltantes que, al grito de “Viva Villa” o “Viva el Gobierno”, “se cons-

¹³ Entrevista de Guadalupe Villa a Eustaquio Fernández Terrazas, 3 de septiembre de 1983, PHO/1/226, p. 6.

tituían en hombres armados y asaltaban a todo el que podían”. Incluso una de las hijas del general Fernández murió a causa del hambre y la enfermedad.¹⁴

La familia del general Fernández, como las del resto de los villistas, se mantenían con los elementos que les enviaban esporádicamente los guerrilleros. Esto debía hacerse de madrugada porque los familiares eran vigilados constantemente y los correos eran fusilados. La situación fue tan tensa que la esposa y los hijos del general Fernández abandonaron la ciudad de Chihuahua para dirigirse a Ciudad Juárez, después cruzaron la frontera y se asentaron en El Paso, Texas, donde vivieron de 1918 a 1920 y los hijos del matrimonio retomaron sus estudios. La esposa del general Fernández se dedicó entonces a elaborar tortillas y tamales que vendía por las calles el niño Eustaquio en un carrito adaptado para dicha función.

GENERAL DE LA GUERRILLA

Durante el periodo de la guerrilla villista (1916-1920), el general Nicolás Fernández destacó por su lealtad y capacidad de combate. Participó en el ataque a la población norteamericana de Columbus el 9 de marzo de 1916 y a fines del mismo mes tomó el poblado de Micaña, donde les capturó 30 000 cartuchos a los carrancistas, pero al comunicárselo por teléfono al general Martín López que se encontraba en Ciudad Guerrero, éste le informó que el general Villa había sido herido en una pierna. En una maniobra distractora, los guerrilleros se separaron en dos grupos para confundir a los perseguidores, “punitivos” y carrancistas. Al frente de los combatientes quedó el general Francisco Beltrán y Nicolás Fernández fue el encargado del traslado de Pancho Villa. Los villistas propagaron a los cuatro vientos que el Centauro había muerto, pero éste los había citado para el 6 de julio en San Juan Bautista, Durango.

Nicolás Fernández lo condujo hasta Cieneguilla (o Cieneguita), donde una pequeña escolta se dirigió con Villa al rancho Los Avenda-

¹⁴ *Ibid.*, p. 10.

ños, residencia de los padres del general José Rodríguez, recién fallecido. De ahí, la pequeña escolta se dirigió a la Cueva del Coscomate, lugar en que se recuperó de su herida. Por su parte, los generales Nicolás Fernández y Martín López hicieron labor de distracción, tomaron rumbos distintos y propagaron el rumor de que Villa los acompañaba o que ya lo habían enterrado. El Centauro le encomendó a Fernández que se dirigiera al sur: “hasta meterse a Durango, no pelee con nadie, no presente combate”. De acuerdo con la entrevista, el general “toreó” a los “gringos” de la Expedición Punitiva e intercambió disparos con ellos cerca de Valle de Zaragoza hasta Parral.

En sus recuerdos, el general Fernández aseguró que los carrancistas intentaron comprarlo, incluso que Carranza le ofreció nombrarlo jefe de operaciones y gobernador de Chihuahua a través de su propio hermano, a quien estuvo a punto de fusilar. En la entrevista, el general relata que entró a Parral, donde se hizo de alimentos y después se le incorporó al general Villa con todo y el caballo “Macho Wilson, que le habíamos quitado a las tropas de Wilson”.¹⁵ Las tropas del general Fernández alcanzaban un número de entre 150 y 200 guerrilleros, cuando se le reincorporaron a Villa lo encontraron con “cuatrocientos hombres, pero mal parqueados y encuerados”. Con ellos regresó al estado de Chihuahua para buscar carrancistas con quienes pelear.

En sus memorias de campaña, José María Jaurrieta refiere que, en septiembre de 1916, era un joven cadete del Colegio Militar, mismo que abandonó para pelear contra los punitivos. Al convencerse de que los carrancistas no peleaban contra los estadounidenses, salió de la ciudad de Chihuahua junto a otros tres compañeros en busca de las fuerzas de Villa para incorporársele. Después de superar la desconfianza, el Centauro lo nombró su secretario particular. La primera acción guerrera que refiere Jaurrieta fue la toma de la ciudad de Chihuahua la noche del 15 y madrugada del 16 de septiembre, acción en la que los

¹⁵ Píndaro Urióstegui, *Testimonio del proceso...*, *op. cit.*, p. 124. El general Fernández se refiere obviamente al presidente de Estados Unidos durante la invasión punitiva, Woodrow Wilson, quien gobernó dicho país de 1913 a 1921.

villistas se apoderaron del Palacio de Gobierno y de la Penitenciaría del estado, donde liberaron al excolorado José Inés Salazar.¹⁶

En su libro, recientemente reeditado por el Fondo de Cultura Económica, Jaurrieta relata las acciones guerrilleras de los villistas, tanto las que culminaron con victorias como las que terminaron en derrotas. Descrietas a detalle, el secretario observó el apoyo popular que recibía el Centauro en los poblados que tomaba. Durante esta época sobresale el genio guerrillero del Centauro. Enfrentados a contingentes más numerosos y con mejor armamento, los villistas vencieron a los carrancistas del general Jacinto B. Treviño en numerosas ocasiones. Las victorias sobre los carrancistas fomentaron la reincorporación de soldados veteranos de la División del Norte hasta alcanzar los 5000 hombres. El general Fernández tuvo acciones destacadas, que no compartió con su entrevistador Píndaro Urióstegui, tampoco mencionó los encuentros terribles sostenidos con el general Francisco Murguía, por lo que se recomienda la lectura de dicho texto al lector interesado en conocer los pormenores de la guerrilla villista.¹⁷

Durante cuatro años la guerrilla villista luchó a muerte contra los carrancistas. A pesar del desgaste y de los años de violencia, las poblaciones de Chihuahua continuaron apoyando a los guerrilleros; gracias a esta ayuda pudieron combatir en numerosas ocasiones, a pesar de ser menos en número y contar con armamento inferior no pudieron ser derrotados. Los villistas no andaban a salto de mata, al contrario, buscaban combatir a los carrancistas en cualquier lugar. Incluso lograron hazañas militares de renombre como la tercera toma de Torreón de diciembre de 1916. El general Francisco Murguía sustituyó a Treviño como jefe de operaciones de Chihuahua en 1917. Su manejo de campaña se caracterizó por su costumbre de colgar villistas de los árboles, a tal grado que se le impuso el apodo de “Pancho Reatas”. El general Murguía también especuló con el comercio y se acusó a sus fuerzas de violar mujeres y saquear poblaciones de Chihuahua.

¹⁶ José María Jaurrieta, *Seis años con el general Francisco Villa*.

¹⁷ *Ibid.*

En sus comunicaciones, Murguía se quejaba con Carranza: “Villa se alimenta del descontento causado en la población por la corrupción de las autoridades carrancistas y el robo a civiles”. Murguía infligió derrotas de consideración, pero fue incapaz de capturar a Pancho Villa. Los carrancistas recurrieron a la emboscada y a la traición para atraparlo, pero tampoco lo lograron. Las fuerzas villistas, de las que Nicolás Fernández fue el segundo al mando, se mantuvieron en la lucha a pesar de las victorias y derrotas, “buscando siempre con quien pelear”, así impidieron en Chihuahua la gobernabilidad de la presidencia de Carranza.

Al acercarse la sucesión presidencial de 1920, Villa intuyó que se venía otra bola revolucionaria. Cuando llegaron a su campamento las noticias del Plan de Agua Prieta, proclamado el 23 de abril de 1920, en el que el gobierno del estado de Sonora desconoció al presidente Carranza, Villa aprovechó la ocasión y envió mensajes al presidente provisional Adolfo de la Huerta y al jefe militar de la rebelión, Plutarco Elías Calles, para iniciar pláticas de pacificación.

Muerto Carranza el 21 de mayo de 1920, Villa ofreció retirarse a la vida privada en Chihuahua o Parral, también pedía que se reconocieran los grados a sus hombres. Ante la actitud contraria del candidato Álvaro Obregón y de sus subalternos militares, los villistas salieron de la encerrona que les habían tendido en Chihuahua y cruzaron el Bolsón de Mapimí, donde muchos soldados sufrieron insolación y sed de muerte. De nueva cuenta, el general Nicolás Fernández mostró su valor al encontrar aguajes en pleno desierto. Tras una cabalgata de 13 días:

a caballo día y noche, remudando bestias en el desierto, por las serranías, siguiendo pasos de montaña, sin dejar huellas, sin carga extra, ni alimentos ni agua, viviendo sobre el territorio, han cubierto una distancia de 700 kilómetros. Es, de todas las hazañas bélicas de Pancho Villa, la más sorprendente, la más brillante, porque además se realiza supuestamente en territorio enemigo y sin librar un solo combate.¹⁸

¹⁸ Paco Ignacio Taibo II, *Pancho Villa. (Una biografía narrativa)*, p. 758.

Al aparecer en Sabinas, en la cuenca carbonífera de Coahuila, los villistas tomaron las entradas y salidas de la ciudad y levantaron las vías del ferrocarril para impedir la llegada de fuerzas enemigas. También derrotaron a la guarnición del lugar. Como era costumbre, el Centauro requisó haberes e impuso préstamos en especie y metálico a los ricos del lugar. Al conocer que el presidente municipal no tenía con qué pagar a los maestros del pueblo, Villa le ordenó a Trillo que le entregara 1500 pesos para solventar los sueldos caídos. Entonces se comunicó con el presidente provisional Adolfo de la Huerta para continuar con los arreglos de pacificación. El presidente provisional envió al general Eugenio Martínez para la firma de los tratados de adhesión.

Por medio de los arreglos de Sabinas, los villistas depusieron las armas para retirarse a la vida privada en la Hacienda de Canutillo, donde el Centauro viviría con una escolta de 20 hombres, quienes recibirían pagos periódicos del gobierno, haberes por un año, se les dotaría de tierra o se les incorporaría al ejército con reconocimiento de su grado. Villa se comprometió a no tomar las armas contra el gobierno. También se le entregaron otras cinco haciendas que funcionarían como colonias agrícolas, las dirigirían Nicolás Fernández, Lorenzo Ávalos y Albino Aranda. El 31 de agosto de 1920, el villismo cierra su etapa armada con la promulgación del *Manifiesto de Tlahualilo*, en donde señalaron que consideraban necesaria la pacificación de la República para iniciar la reconstrucción nacional. Firmaron el documento Francisco Villa, Nicolás Fernández, Albino Aranda, Sóstenes Garza, Ricardo Michel, Juan B. García, Lorenzo Ávalos y Porfirio Ornelas, así como el resto de los jefes y oficiales.¹⁹

EN CANUTILLO

El general Nicolás Fernández administraba la Hacienda de San Isidro, agrícola y ganadera, la que se complementaba con la Laguna de la Estacada y que se encuentra a 20 leguas de Canutillo. De regreso en la vida

¹⁹ Pedro Salmerón con la colaboración de Felipe Ávila, *Breve historia del villismo*, p. 301.

rural, los villistas se pusieron a trabajar la tierra con ahínco. Incluso, el general Fernández permitió que su hijo Eustaquio, de 12 años, se fuera a vivir a Canutillo con los niños del general Villa, los que aún eran pequeños, y con el hijo del general Trinidad Rodríguez, de nombre Samuel, además de las hijas Micaela, Celia y Juana María. Juntos asistieron a la Escuela “Felipe Ángeles”, donde tomaron clases con los maestros Rodolfo Rodríguez Escalera y Alfonso de Gortari. En su edad adulta, Eustaquio Fernández recordó al director Jesús Coello como “muy enérgico”.²⁰

La vida en Canutillo para los niños villistas fue muy diferente a las penalidades vividas durante la Revolución. La hacienda prosperó a base de trabajo cotidiano. Se convirtió en una colonia próspera, con escuela, tienda, teléfono y telégrafo, también contaba con médico y taller mecánico, de herrería y talabartería, con su maestro y ayudantes. Estos oficios eran necesarios para la reparación de los instrumentos agrícolas. El administrador de la hacienda era Francisco Gil Piñón, el niño huérfano que en 1913 le dio la bienvenida al general Villa al pueblo de San Buenaventura con un discurso que enterneció al Centauro, quien lo abrazó conmovido para adoptarlo como uno más de sus hijos y enviarlo a estudiar a Estados Unidos. En dicha labor lo auxiliaba Alfredo Paz Gutiérrez, eficaz tenedor de los libros de cuentas de la hacienda.

Eustaquio Fernández recordó también que era común que hasta 25 o 30 comensales compartieran la mesa con el general Villa. De igual modo rememoró cómo era un día común en Canutillo para el general Villa:

Vivió una vida pacífica. Él se levantaba mucho muy temprano, salía y regresaba ya a almorzar a las nueve o diez de la mañana, y siempre almorzábamos todos juntos allí; y en sus horas que se podrían llamar de ocio, ya cuando caía el sol, nos ponía a todos los que tuviéramos una voz más o menos clara, a que le leyéramos distintos textos, sobre todo de tácticas militares y de historia de México. Nos relevaba a tres o cuatro para que le siguiéramos leyendo y él sentado.²¹

²⁰ Entrevista de Guadalupe Villa a Eustaquio Fernández Terrazas, 3 de septiembre de 1983, PHO/1/226, p. 21.

²¹ *Ibid.*, p. 25.

En Canutillo, el general Villa era cariñoso pero enérgico en la educación infantil, tanto así que platicaba continuamente con los maestros e incluso tomaba clases nocturnas con algunos de sus “muchachos”. Había una iglesia y un padre que oficiaba servicios religiosos y a quien Pancho Villa le confió dinero en efectivo. Todos los días los niños se bañaban en una acequia o iban al río, en el que también nadaba el general. Villa compró tractores e implementos agrícolas en la Casa Mayers de El Paso, Texas.

En Canutillo, el general Pancho Villa era un trabajador más que incluso utilizaba la misma ropa que sus antiguos soldados. El gusto por los caballos y los gallos lo siguió cultivando, tenía caballerizas especiales para sus 14 jamelgos angloárabes “a los que trataba como si fueran niños”. El adolescente Eustaquio Fernández solía montarlos para pasearlos, otros eran tan especiales que sólo “se dejaban montar de él, eran animales de una resistencia tremenda”.²²

Los problemas seguían existiendo para los villistas de Canutillo. El deseo de venganza seguía presente en muchos de los enemigos de Villa. Además, la rectificación carrancista en Chihuahua le había devuelto sus haciendas al clan Terrazas, incautadas por la Revolución en 1914. El gobernador Ignacio C. Enríquez (1920-1924), fiel exponente del obregonismo triunfante en Chihuahua, encontró un estado devastado económicamente por la pérdida del ganado y por la destrucción de la propiedad. El gobernador se mostró renuente al reparto ejidal, mientras impulsaba un proyecto de desarrollo con McQuatters que implicaba la compra de las propiedades de Luis Terrazas por los capitalistas estadounidenses, quienes las venderían a mexicanos una vez rehabilitadas con ganado y transformadas en valles fértiles mediante su irrigación. Ante las críticas de diversos sectores de Chihuahua y del país, el presidente Obregón canceló el proyecto.²³

La vida de paz, trabajo y tranquilidad de Canutillo terminó de manera abrupta el 20 de julio de 1923 con el asesinato del general Villa en Parral, Chihuahua. Unos días antes, el adolescente Eustaquio Fernán-

²² *Ibid.*, p. 37.

²³ Luis Aboites, *Breve historia de Chihuahua*, pp. 155-158.

dez estaba en cama con principios de pulmonía, había sido apartado de los demás infantes porque no estaban seguros de su padecimiento. Villa lo visitó para decirle que su padre Nicolás ya venía a verlo y que un médico de Parral lo auscultaría por la tarde. Pocos días después notó movimientos extraños y personas que sacaban monturas del cuarto donde se recuperaba: “Y entonces él me dijo que habían matado al general. No lo creí, me tapé con una cobija hasta la cabeza y salí y encontré a Octavio y a Agustín llorando y me dijeron que sí era cierto”.²⁴

Al enterarse del asesinato, Nicolás Fernández fue a Canutillo por su hijo Eustaquio y juntos fueron a Parral, al lugar del asesinato, donde el joven Fernández tomó uno de los casquillos vacíos que estaban tirados en la calle. En Parral, el pueblo reaccionó con dignidad y acompañó al Centauro al panteón. El cortejo fue un desfile multitudinario encabezado por 50 Dorados de Canutillo. En la oración fúnebre se señaló que su asesinato era un crimen político. En los días posteriores, en espera de un ataque contra la hacienda, los villistas de Canutillo se prepararon para tomar las armas, defender su propiedad y vengar la muerte del general Villa.

REBELDE A LAS INSTITUCIONES

Los villistas de Chihuahua y Durango se unieron a la rebelión delahuertista encabezados por Manuel Chao, Hipólito Villa, Nicolás Fernández, Jesús Moreno y Jesús Villanueva. De nueva cuenta, el general Fernández mandó a su familia a Estados Unidos para no exponerla a la represión del gobierno. Según el testimonio de Eustaquio Fernández, Hipólito Villa, afectado por el asesinato de su hermano, se dedicó a lanzar “arengas y amenazas”. Nicolás Fernández lo reconvino porque no tenían elementos con qué combatir, excepto unas ametralladoras Thompson y las armas de la escolta; también le indicó que si se pronunciaban perderían la hacienda. Sin embargo, ante los intentos de asesinatos de más villistas, incluido el del general Fernández, abando-

²⁴ Entrevista de Guadalupe Villa a Eustaquio Fernández Terrazas, 3 de septiembre de 1983, PHO/1/226, p. 40.

naron Canutillo con la caballada y se pronunciaron a favor de Adolfo de la Huerta a fines de 1923.²⁵

En sus recuerdos, el hijo del general Fernández aseguró que los villistas se levantaron por la “deuda moral” que tenían con Adolfo de la Huerta por haber propiciado su pacificación. También señaló que fueron 500 los alzados en Chihuahua y Durango, todos ellos “perfectamente montados”.²⁶ Por su parte, el gobernador de Chihuahua, Ignacio C. Enríquez, reorganizó a las Defensas Sociales y armó a los agraristas para que combatieran los brotes rebeldes. A principios de 1924, el general Manuel Chao organizaba el movimiento, provisto de recursos por Rafael Zubarán Capmany. Muchos antiguos soldados se negaron a secundarlo, pero el contingente armado encabezado por Chao se incrementó a finales de enero cuando se le unieron Hipólito Villa, Nicolás Fernández y sus muchachos. Juntos asaltaron el tren México-Ciudad Juárez en la estación Corralitos, donde “dinamitaron las vías, se apoderaron de los fondos que transportaba el ferrocarril y cortaron las comunicaciones”.²⁷

El 30 de enero, los rebeldes chihuahuenses tomaron Jiménez: “dinamitaron un tren, sin que se destruyera la vía ni se interrumpieran las comunicaciones, desarmaron a los soldados y se apropiaron de 22 000 pesos del fondo que llevaba consigo la escolta”.²⁸ Se les unieron entonces Juan B. García, Petronilo Hernández y, en Ojinaga, apareció Domingo Arrieta también con intenciones de unirse a la causa. Los levantados secuestraron hacendados mexicanos y empleados de empresas estadounidenses para obtener recursos, a pesar de las críticas que les hizo Adolfo de la Huerta. El 10 de febrero, los rebeldes de Manuel Chao, Hipólito Villa y Nicolás Fernández fueron derrotados en la población de Rosales, donde perdieron caballada y armamento. Los villistas se dispersaron en grupos pequeños para eludir la persecución. Volvieron a combatir en Satevó y volvieron a ser derrotados. A

²⁵ *Ibid.*, p. 44.

²⁶ *Idem.*

²⁷ Edgar Saéñz López, “La rebelión delahuertista en Chihuahua”, en *BiCentenario. El ayer y hoy de México*, en línea.

²⁸ *Ibid.*

finales del mes, los rebeldes villistas “habían sido arrojados a Durango y la zona minera de Chihuahua operaba sin ningún contratiempo”. El gobernador aseguró que sólo se mantenía en armas el general Chao, pero señaló que pronto sería capturado.²⁹

Entonces, los rebeldes de Chihuahua se unieron a los de Durango, encabezados por Miguel V. Laveaga y Martín Triana. El grupo de rebeldes se enfrentó en el Cañón de Mexicanos, sobre la línea del ferrocarril Durango-Tepehuanes, a las fuerzas del gobierno, a las que derrotaron. Se apropiaron del tren en que viajaban, del archivo, de 40 000 pesos y muchas armas y parque. Obregón envió entonces al general Marcelo Caraveo, provisto de una escuadrilla de aviones y de un regimiento. Los soldados federales los derrotaron en Boca de Avino y en Panuco, dispersándolos de nueva cuenta.³⁰

El general Manuel Chao, que había regresado de su exilio en Costa Rica para encabezar el movimiento, fue capturado a fines de junio de 1924 junto a un “mocetón oriundo de Coahuila, sencillo y leal, al que Chao había salvado la vida en 1914. Su nombre era Pedro Quiñones”.³¹ Fueron capturados en la población de Estanzuela, después de ser denunciados por campesinos del lugar. Fueron trasladados a Jiménez, donde se les formó consejo de guerra. Chao declaró contar con 41 años, “casado, agricultor, antes maestro de escuela, después militar; natural de Tuxpán, Veracruz”. El consejo indultó al muchacho Quiñones, pero declaró a Chao culpable de rebelión y lo condenó a ser pasado por las armas. Fue fusilado el 26 de junio, en el cuartel del 3 Regimiento, en el paredón del fondo.³²

Hipólito Villa se rindió en los primeros días de octubre. Aunque se le respetó la vida, los bienes y propiedades de Canutillo y de San Isidro les fueron incautados a los villistas por el gobierno de Obregón. Sin mediar rendición al gobierno obregonista-callista, Nicolás Fernández se mantuvo rebelde, pero también a salto de mata. El general

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Luis Monroy Durán, *El último caudillo: apuntes para la historia de México, acerca del movimiento armado de 1923 en contra del gobierno constituido*, pp. 236-237.

³¹ *Ibid.*, pp. 58-60.

³² *Idem.*

villista envió a su familia a El Paso, donde tuvieron que cambiar su nombre a causa del asalto a Columbus. En dicha ciudad fronteriza los hijos del general continuaron sus estudios. La partida del general Fernández se mantuvo en rebeldía, hasta que se disgregaron, cansados por la falta de elementos para sostenerse. Cruzó la frontera en 1926 acompañado de cuatro de sus hombres: “Allí los tuvimos escondiendo, trataron de aprehenderlo, nunca lo localizaron y fue a parar al estado de Colorado. Allá lo localizaron”.³³

EN LA CRISTIADA

La Liga Nacional de Defensa Religiosa tuvo presencia importante en el estado de Chihuahua desde abril de 1925. El delegado regional de la Liga en Chihuahua era Agustín Escobar, dirigente principal de los católicos chihuahuenses. Gracias a su organización, los católicos lograron la apertura de colegios clausurados en la capital, como el del Verbo Encarnado, el Palmore y otros. Pese a ello, el gobierno mantuvo un talante represor al clausurar en abril de 1926 *El Correo de Chihuahua*, periódico afín a los católicos, dirigido por el periodista y exvillista Silvestre Terrazas. Algunos miembros de la Liga consideraron llegado el momento de tomar las armas y se pusieron en contacto con el general villista Nicolás Fernández. Por su parte, el dirigente René Capistrán Garza también había entrado en negociaciones con el general delahuertista Enrique Estrada, quien intentaba reavivar el fuego de la rebelión de 1923-1924.³⁴

En diciembre de 1926 se tuvieron noticias del rebelde Nicolás Fernández, quien cruzó la frontera en un lugar llamado Fabens, a unos kilómetros de El Paso, donde lo esperaban 25 hombres armados. Eran los representantes de la Liga, que lo habían reclutado para que encabezara el movimiento armado cristero. Para el general villista era otra oportu-

³³ Entrevista de Guadalupe Villa a Eustaquio Fernández Terrazas, 3 de septiembre de 1983, PHO/1/226, pp. 46-47.

³⁴ Javier Contreras, *El mártir de Chihuahua: persecución y levantamientos de católicos. Vida y martirio del P. Pedro Maldonado*, pp. 195-197.

nidad para hacerle la guerra al Estado obregonista-callista, responsable de la muerte del general Villa, pero también fue la ocasión para hacerse de recursos para mantener a su familia, la que ahora se encontraba desamparada por la muerte de su esposa y madre de sus hijos, la señora Juana Terrazas: “hubo dinero, no sé de quién. Juntó más gente y se vino y ahí estuvo otra vez batallando para defenderse”.³⁵

A pesar de que la Liga era favorable a la rebelión, el obispo Antonio Guízar y Valencia criticó las posturas bélicas católicas e intervino de manera decidida para que los creyentes del estado grande repudiaran a los grupos levantados. Incluso se señaló como responsabilidad del obispo el fracaso de la Liga en Chihuahua. Las noticias que se tuvieron de los rebeldes de Chihuahua aseguraron que Nicolás Fernández y su partida se pronunciaron en favor de la Cristiada en octubre de 1926. En los primeros días de diciembre se informó que había asaltado un tren en Tepehuanes, acto seguido sus “voluntarios” incendiaron el Puente Norte, también cortaron los cables telegráficos para evitar las comunicaciones y ser perseguidos. La partida estuvo activa en los límites de Chihuahua y Durango, la zona de influencia tradicional villista. En comunicaciones oficiales posteriores se señaló que el grupo se dirigía a Chihuahua sin que pudieran ser detenidos por los contingentes federales que se encontraron con ellos.³⁶

El general Fernández se mantuvo al frente de un importante contingente de soldados que se enfrentaron a tropas del ejército en los primeros días de enero de 1927 cerca de Aguaje de Reforma o El Aguaje, al sureste de Chihuahua. *El Paso Herald* informó que se habían hecho 14 muertos a los hombres de Nicolás Fernández, “quienes fueron puestos en retirada a las montañas” por el general federal Miguel Valle. El 8 de enero el rotativo volvió a comunicar sobre la partida, ahora aseguraba que el jefe de los cristeros fue herido en un hombro y que algunos rebeldes fueron capturados y fusilados al momento. Reportes

³⁵ Entrevista de Guadalupe Villa a Eustaquio Fernández Terrazas, 3 de septiembre de 1983, PHO/1/226, p. 47.

³⁶ Jean Meyer, *La Cristiada. La guerra de los cristeros*, vol. 1, p. 206; Mark Lawrence, *Insurgency, Counter-insurgency and Policing in Centre-West Mexico, 1926-1929: Fighting Cristeros*, pp. 41-42.

posteriores aseguraban que Nicolás Fernández andaba con siete hombres cerca del límite de Durango y Chihuahua. En su libro, Javier Contreras señaló que los cristeros de Chihuahua acataron los lineamientos del obispo Guízar y Valencia y se retiraron de la rebelión, por ello la Cristiada no prendió en esa entidad.³⁷

El 10 de enero de 1927 se conoció una proclama del Ejército Nacional Libertador, firmada por los generales Nicolás Fernández y Juan B. Galindo, además del líder regional Agustín Escobar, publicada en *El Correo de Chihuahua*. En ella se establece como jefe supremo de la rebelión a René Capistrán y encargado de la logística militar a José Gándara. El documento también demandó libertad religiosa y de conciencia, así como una “justa dotación ejidal y la creación de la pequeña propiedad”, sin duda las demandas villistas por las que luchaba Nicolás Fernández. Los generales llamaron al pueblo mexicano y al ejército a unirse bajo las banderas de la libertad. Desconocieron a los tres poderes de la federación, de los estados y a los ayuntamientos. Para finalizar, sentenciaron: “queda a cargo del Gobierno Nacional Libertador la reorganización política económica y social del país”.³⁸

A pesar de la proclama, los cristeros de Chihuahua fueron dispersados tras la batalla del Aguaje. Nicolás Fernández rechazó entonces las propuestas de pacificación, en una de las cuales intentaron asesinarlo: “no podía estar en ninguna parte porque lo mataban. Hasta que se acercó el movimiento de Escobar”.³⁹

CON ESCOBAR

El general Nicolás Fernández también se unió al movimiento escobarista, encabezado por antiguos generales obregonistas desafectos con el nuevo orden callista, surgido a raíz del asesinato del presidente electo Álvaro Obregón a manos de un militante católico en el restaurante La Bombilla de San Ángel, el 17 de julio de 1928. Los obregonis-

³⁷ Javier Contreras, *op. cit.*, pp. 232-234.

³⁸ *Ibid.*, pp. 223-224.

³⁹ Entrevista de Guadalupe Villa a Eustaquio Fernández Terrazas, 3 de septiembre de 1983, PHO/1/226, p. 47.

tas radicales también se opusieron a la fundación del Partido Nacional Revolucionario y a la unificación propuesta por Calles. Desaparecido el caudillo, los militares y políticos se dividieron y le dieron tiempo a Calles para formar su grupo político y reconstruir el poder.⁴⁰

El 3 de marzo de 1929 inició la rebelión en Veracruz encabezada por el general de división Jesús M. Aguirre, la que fue secundada por el gobernador de Sonora, el general Fausto Topete, así como por políticos sonorenses y militares, entre ellos Francisco R. Manzo, jefe de operaciones del estado, quienes proclamaron el Plan de Hermosillo. La rebelión fue apoyada por jefes militares vinculados al obregonismo. Los gobernadores de Chihuahua y Durango, Marcelo Caraveo y Juan Gualberto Amaya, se unieron también al pronunciamiento, junto a los jefes militares de sus estados, Jesús Ferreira y Francisco Urbalejo, y el de Coahuila, José Gonzalo Escobar. Los rebeldes tuvieron deserciones, como la de Manuel Pérez Treviño y Abelardo Rodríguez, gobernadores de Coahuila y Baja California, quienes se pasaron al callismo.⁴¹

El Plan de Hermosillo señaló que la rebelión estaba dirigida contra el general Plutarco Elías Calles, a quien se acusó de imponer a su sucesor, Emilio Portes Gil, en la silla presidencial; de violar la soberanía del estado de Sonora; del asesinato de Álvaro Obregón, de Pancho Villa, del general Serrano y del general Samaniego. En resumen, se le acusó de haberse convertido en el “matón máximo” de la Revolución. A Portes Gil se le culpó de ser un instrumento vil del callismo. El Plan de Hermosillo desconoció al presidente, declaró cesados a los poderes de la Unión, a los gobernadores, diputados y magistrados de los estados de la República. Llamó también a las fuerzas organizadas del país a sumarse al movimiento y a integrar el Ejército Renovador de la Revolución. El plan reconoció como jefe supremo del movimiento al general de división José Gonzalo Escobar, quien quedó en libertad de tomar las medidas necesarias para el triunfo del pronunciamiento.⁴²

⁴⁰ Pedro Salmerón, “La fundación”, p. 46.

⁴¹ *Idem.*

⁴² Antonio Campuzano Rosales, *La rebelión escobarista de 1929... el último movimiento cuartelazo en México*, pp. 62-63.

En un primer momento, los insurrectos controlaron los estados de Oaxaca, Veracruz, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua y Sonora. Con la toma de Monterrey, tras 10 horas de combate, los rebeldes escobaristas pudieron hacerse de recursos humanos y económicos de importancia. Ciudades fronterizas, como Agua Prieta, Naco y Nogales también quedaron en poder de los pronunciados. A pesar de los buenos augurios, en pocos días la rebelión escobarista se concentró en los estados de Sonora y Chihuahua. El 14 de marzo, *El Correo de Chihuahua*, dirigido por el exvillista Silvestre Terrazas, publicó una entrevista al general Fernández en la que informó “estar de acuerdo en todo y secundar los principios del movimiento revolucionario renovador, diciéndonos que él siempre ha estado en rebelión, pues nunca ha depuesto las armas, luchando contra el general Calles desde que es presidente de la República”.⁴³

La rebelión que al iniciar había tenido una extensión territorial considerable se encontró de derrota en derrota, perseguida por diferentes fuerzas federales al mando del general y secretario de Guerra Calles, del general Juan Andrew Almazán, encargado de la división expedicionaria del Norte, y del general Lázaro Cárdenas, al frente de la división expedicionaria del Noreste. En retirada de Torreón, los escobaristas se concentraron en Ciudad Jiménez, donde decidieron presentar la batalla definitiva de la campaña. Nicolás Fernández se unió a sus antiguos enemigos de armas, los obregonistas, en su lucha contra los callistas en esta población. Fue reclutado por el general Escobar en Ciudad Juárez para que participara en la decisiva batalla de Jiménez, Chihuahua. El 25 de marzo de 1929, el general Fernández se incorporó a la fuerza comandada por el general Juan Gualberto Amaya, en la que también militaba el general Miguel Valle, antiguo enemigo suyo de la Guerra Cristera. A la 3 de la mañana del 28 de marzo, las fuerzas de Amaya y Fernández, en número cercano a los 250 soldados, llegaron a la estación Rellano, adonde también arribó el general Cesáreo Castro,

⁴³ Javier Contreras, *op. cit.*, pp. 236-237.

perseguido por una columna federal de 9000 hombres comandados por el general Juan Andrew Almazán.⁴⁴

El general Castro entregó a Amaya a un cabo y a un soldado que:

simulando haberse desertado de la columna de Almazán, desempeñaban una comisión que les había conferido el general Eulogio Ortiz para que entregaran una comunicación al general Nicolás Fernández, que se encontraba a mis órdenes juntamente con algunos pequeños contingentes de filiación villista. El pliego enviado por Ortiz tenía por objeto invitar a Fernández para que abandonara nuestras filas juntamente con las fracciones a que antes me refiero y sin vacilaciones se incorporara a la columna de Almazán, y hasta recuerdo que entre otras cosas le decía “que cómo era posible que los hombres a quienes más había distinguido Villa militaran en aquellos momentos al lado de Jesús Salas Barraza, que villanamente había asesinado a su querido jefe.”⁴⁵

En sus memorias, el general Amaya, quien era jefe de la vanguardia, refiere que el general Fernández no tuvo conocimiento de dicho pliego. Por ello, el 28 de marzo se presentó puntual para la batalla de Jiménez, junto a sus 400 voluntarios. También lo hicieron así las fuerzas de los antiguos generales villistas Raúl Madero y Lorenzo Ávalos. Extendidas las operaciones en el terreno, al general Fernández se le confiaron las exploraciones previas en Rellano: “vigilaban los movimientos enemigos en todos sus rumbos a una distancia no mayor de un kilómetro”. Los informes precisos del general Fernández y la falta de comunicación con el cuartel general obligaron a las fuerzas rebeldes a contramarchar hacia Estación Corralitos para evadir el cerco de Almazán. La marcha por el camino real los volvía vulnerables al pasar por el cañón de la Hacienda de Cañas, ocupado por federales. Para sortear la situación, el general Fernández sugirió seguir un “camino de herradura” que se

⁴⁴ General Juan Gualberto Amaya, *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes “peleles” derivados del callismo*, pp. 271-272.

⁴⁵ *Idem.*

dirigía a los “Ranchos de Corrales”: “sólo con la dirección del general Fernández pudimos localizarlo, porque se trataba de una noche tan lóbrega que, sin un perfecto conocimiento del terreno, muy difícilmente hubiéramos podido caminar”.⁴⁶

Una vez restablecida la comunicación, el general Escobar ordenó a Amaya avanzar de nuevo a Rellano, debido a informes falsos del general Valle o a un ardid del enemigo. Por si fueran pocos los desatinos, Valle se cortó de la columna quedándose en el rancho de “Corrales”. Amaya envió entonces al general Fernández con comunicaciones para al general Valle, pero éste le impidió volver con Amaya, “movilizándose a su arbitrio al poniente en dirección al Presón de Asúnsulo y después a las Vinatas que se encuentran al poniente de Estación Corralitos, donde Valle se hartó de mezcal juntamente con su tropa, según informes que me proporcionó el mismo general Fernández”.⁴⁷

Mientras Amaya continuaba en el rancho de “Corrales”, Escobar movilizó sus trenes hasta Rellano: “sin que el enemigo obstaculizara su marcha, lo cual me parecía inexplicable”. Concentrados en Estación Corralitos, las “fracciones de filiación villista” de los generales Raúl Madero y Lorenzo Ávalos fueron sorprendidas por una columna de 1000 hombres comandada por el general Juan B. Vargas, también ex-villista. Según Amaya, el combate de la mañana del 30 de marzo fue una escaramuza de escasa importancia en la que los rebeldes hicieron huir a los soldados de la federación, aunque luego se batieron en retirada ante fuerzas superiores. Sin embargo, el informe del general Almazán señaló que los hombres del general Anacleto López dispersaron a la caballería rebelde, “dejando en nuestro poder 98 muertos y 65 prisioneros. Por datos posteriores supe que estaban en ese lugar en el momento de iniciarse el ataque de nuestra caballería, los generales Escobar y Urbalejo, quienes encabezaron la fuga”.⁴⁸

Los rebeldes de Corralitos fueron incapaces de establecer comunicaciones con el cuartel general escobarista, asentado en Jiménez. Por

⁴⁶ General Juan Gualberto Amaya, *op. cit.*, pp. 276-277.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 279.

⁴⁸ Froylán C. Manjarrez, *La jornada institucional*, vol. II, p. 164.

su parte, el general Valle había perdido 750 hombres en el rancho de “Corrales”. Durante su borrachera sus fuerzas fueron localizadas por el enemigo que se dispuso a atacarlas:

abandonó entonces sus fuerzas a carrera tendida, acompañado de Ubaldo Garza en dirección al puente de Dolores, lugar en que logró alcanzarlos el general Nicolás Fernández acompañado de solamente 40 hombres que había reunido de las mismas fuerzas de Valle, incorporándosele enteramente solos Valle y Garza, con cuyos elementos se concentraron en Jiménez al día siguiente, sin volver a saber jamás lo que había pasado con su famosa brigada.⁴⁹

Además de la confusión e incompetencia militar reinante entre los jefes, los antiguos villistas no estaban de acuerdo en que las fuerzas de Escobar impusieran préstamos a los comerciantes de Parral, además de militar entre enemigos obregonistas. Una de las características de la campaña fue el bombardeo sistemático de los campamentos rebeldes en Jiménez y Escalón en los días previos a la batalla. El general Antonio I. Villarreal denunció que una “magnífica escuadrilla de aeroplanos de combate y bombardeo” procedente del campo de aviación de Michel Field, Nueva York, “prestaría distinguido servicio el Ejército mexicano”.⁵⁰ El antiguo general revolucionario aseguró que estos aviones contaban con “inagotables” reservas de bombas de 50, 65 y 100 libras:

Corsario llaman con exactísima propiedad al tipo de aeroplanos que más daño nos causó: majestuoso, en tono gris discretísimo, de perfiles sobrios y elegantes, alas bien cortadas, con primor de líneas y refinado gusto. [...] Pronto nos acostumbramos al siseo rítmico de su vuelo pausado de

⁴⁹ General Juan Gualberto Amaya, *op. cit.*, p. 284.

⁵⁰ *Memorias del general Antonio I. Villarreal sobre su participación en la rebelión escobarrista de 1929 y otros documentos*, p. 91.

observación, al seco traqueo de sus ametralladoras y a la sorda explosión de sus bombas repletas de esquirilas.⁵¹

El 1 de abril inició la batalla en Ciudad Jiménez con la llegada de las fuerzas federales al sur y poniente de la urbe. Se inició entonces un certero tiroteo, los federales tomaron posesión de una cadena de haciendas, en una de ellas, La Gloria, encontraron agua y forraje suficiente, mientras que en la de La Mota emplazaron la artillería. Almazán ordenó a una pequeña fuerza situarse en la retaguardia de los rebeldes para cortar la posible retirada en Estación Reforma. El general Rodrigo M. Quevedo, antiguo colorado orozquista y huertista, combatió por el poniente de la ciudad, se posesionó de la Hacienda Las Delicias. Los escobaristas organizaron entonces un contraataque del todo ineficaz, en la obscuridad de la noche terminaron enfrentándose entre ellos mismos.

Finalmente, el general Escobar encomendó una carga suicida de caballería al general Nicolás Fernández y al coronel Florencio Martínez contra la línea defendida por Eulogio Ortiz:

El general Fernández, seguido del coronel Martínez y de las fuerzas puestas bajo sus órdenes, atacó con una abnegación digna de mejor causa, las posiciones que Escobar les había señalado logrando llegar con el agua arriba de la rodilla hasta la mitad del río Florido, siempre bajo el certero fuego enemigo, que a un promedio de 40 a 60 metros de distancia mermaba notablemente a los atacantes.⁵²

Amaya señaló que la fuerza del general Fernández fue sacrificada “sin objeto verdaderamente justificable”, que, destrozada, se reconcentró en su punto de partida. Aun así, Nicolás Fernández cumplió la misión de rescatar el cadáver del coronel Florencio Martínez, quien le había confesado al general escobarista el día previo: “Mira, Amaya, fueron

⁵¹ *Idem.*

⁵² General Juan Gualberto Amaya, *op. cit.*, p. 296.

tantos mis sufrimientos, que prefiero que me maten y me entierren en un basurero antes que volver a Estados Unidos”.⁵³

Después del infructuoso contraataque, los escobaristas empezaron a retirarse al norte por la tarde del 2 de abril, acción en la que fueron hostilizados por la artillería y la aviación. En la mañana del día 3, los aviones federales localizaron a los escobaristas en Estación Reforma, encabezados por el general Marcelo Caraveo, donde trataban de reparar la vía y lugar en el que fueron nuevamente derrotados y dispersos. El general Escobar pudo concentrar en Chihuahua alrededor de 2000 hombres con los que huyó a Sonora, pero en el camino desertaron casi 500 soldados.⁵⁴

Los escobaristas se retiraron hacia Santa Rosalía de Camargo, de ahí se dirigieron a la ciudad de Chihuahua, retirándose después a Ciudad Juárez, Casas Grandes y luego cruzaron al estado de Sonora por el Cañón del Púlpito hasta llegar a Agua Prieta. Por su parte, el 22 de abril, Rosalío Hernández, que militaba bajo las órdenes del general Antonio I. Villarreal, y Nicolás Fernández se rindieron convencidos por el general Eulogio Ortiz, antiguo compañero de batallas. Dos días después entregaron las armas 525 hombres. El 26 de abril, *El Heraldo* informó que el general Eulogio Ortiz salía a Sonora a combatir los últimos reductos del escobarismo y agregaba la nota: “También va gente de Nicolás Fernández y de Rosendo de Anda a combatir a los rebeldes”.⁵⁵

Finalmente, el general y jefe máximo Calles entendió que los antiguos villistas, comandados por Nicolás Fernández, no serían derrotados y tampoco depondrían las armas a menos que se les ofrecieran garantías de vida y de subsistencia. Eustaquio Fernández afirmó que el general Calles “lo trató de una forma correcta y desmedidamente cordial, [...] ordenó que se le dejara al mando de su gente (unos 150 hombres)”. Incluso, don Eustaquio afirmó que Calles intervino para

⁵³ *Ibid.*, pp. 295-297.

⁵⁴ Froylán C. Manjarrez, *op. cit.*, pp. 170-175.

⁵⁵ Javier Contreras, *op. cit.*, p. 237.

que pudiera estudiar en el Colegio Militar, por su puesto, en el arma de caballería.⁵⁶

De acuerdo con el relato del general Fernández, el general Calles ordenó que se le reconociera el grado, pero el secretario de la Defensa Nacional, general Amaro, “con quien siempre había peleado en contra, no quería reconocérmelo, pero como el que mandaba era Calles, entonces Amaro reconoció la orden”. Incluso el propio Jefe Máximo quiso conocerlo en persona. Fue entonces que a manera de chanza le cuestionó sobre su lealtad a Villa, a lo que el general Fernández le mostró un recibo que demostraba que Calles y Villa habían intercambiado ganado por parque a inicios de la revolución constitucionalista. Gracias a que había guardado el recibo con la firma de Calles, el general Fernández pudo responderle altivo: “así fue como me reconocieron el grado y anduve doce años con tropas a mi mando”. El general Fernández combatió entonces a los cristeros del Volcán de Colima, Michoacán y Jalisco: “hasta que vine a resultar acá por Tampico”.⁵⁷

CARDENISTA

Durante el cardenismo, ya pacificado, el general Nicolás Fernández Carrillo viajó de manera constante a la ciudad de México para realizar diversos trámites en la Secretaría de la Defensa Nacional y ante otras instancias. El hijo del general, don Eustaquio Fernández, señaló que no sabía por cuáles conductos se habían hecho amigos su padre y el general Cárdenas, pero que, durante su presidencia, como parte del reparto agrario en la región, la Laguna de la Estacada “volvió a poder de mi padre”.⁵⁸ El general Fernández y sus hombres se convirtieron en un sostén importante para el reparto agrario de la Laguna, como también lo fueron los generales Lorenzo Ávalos y Severino Ceniceros.

⁵⁶ Entrevista de Guadalupe Villa a Eustaquio Fernández Terrazas, 3 de septiembre de 1983, PHO/1/226, pp. 45-46, 51.

⁵⁷ Píndaro Urióstegui Miranda, *Testimonio del proceso...*, op. cit., p. 92.

⁵⁸ Entrevista de Guadalupe Villa a Eustaquio Fernández Terrazas, 3 de septiembre de 1983, PHO/1/226, p. 17.

En 1938, el general Juan B. Vargas empezó a publicar sus recuerdos de la Revolución en las páginas de la revista *Mujeres y Deportes*, en el primero de ellos dejó constancia del cambio de suerte del general Fernández:

Actualmente presta sus servicios como general de brigada de la milicia de auxiliares. [...] Vive actualmente en Ciudad Lerdo, donde cultiva tierras de algodón y utiliza en su rancho soldados que estuvieron en la División del Norte, es decir, que trocó nuevamente el fusil por el arado, ejemplo digno de seguirse por todos los buenos revolucionarios que están despojados de ambiciones y que fueron a la Revolución por ideales y no por la ambición de una recompensa.⁵⁹

El general Francisco L. Urquizo dejó constancia de una de las visitas del general Fernández a la Secretaría de la Defensa Nacional:

Tengo ante mí, al general de división Nicolás Fernández y a un grupo de antiguos villistas, amigos y compañeros suyos. No puede negar el general Nicolás Fernández su tierra de origen: Chihuahua; tiene el tipo inconfundible de la mayoría de los norteños: alto, erguido, seguramente en su juventud fue delgado, ahora mismo con sus sesenta y pico de años, no es grueso y apenas su edad podría apreciársele por su pelo entrecano y por el fino bigote con algunas hebras blancas.⁶⁰

Nicolás Fernández le relató entonces algunos hechos vividos al lado del general Francisco Villa. En 1939, en su paso por la Hacienda de Canutillo, el presidente Cárdenas dejó constancia del cambio social operado en la región, en el que participaban activamente los maestros rurales, “verdaderos soldados de la lucha social”. Después de la fiesta

⁵⁹ Juan Bautista Vargas Arreola, *A sangre y fuego con Pancho Villa*, pp. 37-38.

⁶⁰ Francisco L. Urquizo, *op. cit.*, p. 237.

escolar, el general Cárdenas pudo escuchar los relatos de los viejos campesinos y soldados villistas:

Nos contaron cómo vivía el general Villa en Canutillo y de su actividad en el trabajo; su capacidad como agricultor; de su preocupación por educar a la niñez; de su generosidad para remediar las miserias; de cómo murió asesinado en su automóvil en una de las calles de Parral. Crimen político. Y nos hablaron también de los viejos generales Nicolás Fernández y Lorenzo Ávalos, jefes de la División del Norte, que comandó el general Villa y que fue tan decisiva en la derrota del viejo Ejército federal.⁶¹

La historia del villismo se convirtió en un relato colectivo, compartido a las nuevas generaciones en charlas de sobremesa o en el campo a la luz de las fogatas y en reuniones familiares o de antiguos compañeros de armas. En estas reuniones afinaron y perfeccionaron una historia oral de la gesta que se convirtió en una memoria colectiva de la lucha. Más allá de discusiones en periódicos y libros, la memoria villista sobrevivió en los relatos de los lugareños y en los corridos de la gesta. Tanto así, que personas interesadas en investigar los hechos reales de la Revolución entrevistaron a estos viejos revolucionarios en las décadas siguientes. Nicolás Fernández fue informante del general Federico Cervantes, de Alberto Calzadías, de Víctor Ceja Reyes, de Ángel Rivas López y, finalmente, de Píndaro Urióstegui en 1970.

A partir de la publicación, en 1960, del libro *Francisco Villa y la revolución*, del general Federico Cervantes, en diversos lugares del país se bautizaron sitios públicos con su nombre y se organizaron colectivos de exvillistas que demandaron su reivindicación histórica, como el Patronato Nacional de Homenaje a la Memoria del general Francisco Villa, integrado por los generales Federico Cervantes, Roque González Garza, Nicolás Fernández, Práxedes Giner Durán, entre otros. Los combatientes demandaron la inscripción en letras de oro del nombre de Francisco Villa en el Muro de Honor de la Cámara de Diputados, la

⁶¹ Entrada del 11 de mayo de 1939.

erección de una estatua ecuestre del Centauro, le emisión de un timbre de correos con la imagen del general, así como una moneda conmemorativa. También pidieron la inclusión de un orador sobreviviente de la “gloriosa División del Norte” en los actos oficiales y que “se honre de manera adecuada la memoria del caudillo que con su genio guerrero quebrantó el poderío de Victoriano Huerta, haciendo posible, con otros caudillos, el triunfo de la Revolución armada”.⁶²

En 1962, el general Nicolás Fernández fue miembro fundador del Frente Nacional Villista División del Norte A. C., adherido a la Unificación Nacional de Veteranos de la Revolución Mexicana. En 1964, se unió también a la Legión de Veteranos de la Revolución “División del Norte”. Entre los actos que organizaban estos colectivos se cuentan los homenajes luctuosos a la memoria del Centauro. Cabe señalar que el general Nicolás Fernández presionó a las autoridades para que se reconociera a Francisco Villa en el Muro de Honor de la Cámara de Diputados. Cuando Píndaro le preguntó si lo consideraba un acto de justicia, el veterano villista respondió enfático:

Claro que fue un acto de justicia. Lo primero que logramos fue que grabaran su nombre con letras de oro en la Cámara de Diputados; ahí tengo copias de las cartas que mandé a todos los presidentes pidiéndoles eso y el hombre que nos hizo justicia fue el presidente Díaz Ordaz.⁶³

El 25 de noviembre de 1966, finalmente, se develó el nombre de Francisco Villa en letras de oro en el Muro de Honor del Congreso de la Unión. Los veteranos villistas, entre los que estaba el general Fernández, lanzaron un “¡Viva Villa!” al momento de la develación. Don Nicolás Fernández murió el 30 de abril de 1973, a la edad de 97 años. En Zacatecas, en el municipio de Sombrerete una población lleva su nombre en su honor.

⁶² Germán Roberto Ávila Hernández, *La última batalla del general Francisco Villa, la lucha por la legitimidad histórica*, p. 79.

⁶³ Píndaro Urióstegui Miranda, *Testimonio del proceso...*, *op. cit.*, p. 135.

FUENTES CONSULTADAS:

Orales

Entrevista de Guadalupe Villa a Eustaquio Fernández Terrazas, 3 de septiembre de 1983, PHO/1/226,

Bibliográficas

- ABOITES, Luis, *Breve historia de Chihuahua*, México, FCE, 2006, 234 p.
- AMAYA, Juan Gualberto, *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes "peleles" derivados del callismo*, México, edición del autor, 1947, 456 p.
- Así fue la Revolución mexicana*, 8 vols., México, SEP, 1985.
- ÁVILA HERNÁNDEZ, Germán Roberto, *La última batalla del general Francisco Villa, la lucha por la legitimidad histórica*, tesis de maestría en historia, UNAM-FFYL, 2019, 146 p.
- CAMPOBELLO, Nellie, "Apuntes para la vida del general Villa", *Obra reunida*, México, FCE, 2007, 380 p.
- CAMPUZANO Rosales, Antonio, *La rebelión escobarista de 1929... el último movimiento cuartelazo en México*, tesis de maestría en Historia, UNAM-FFYL, 2014, 269 p.
- CONTRERAS, Javier, *El mártir de Chihuahua: persecución y levantamientos de católicos. Vida y martirio del P. Pedro Maldonado*, Chihuahua, edición del autor, 1992, 464 p.
- Diccionario de generales de la Revolución*, Tomo I, México, INEHRM/SEP/Sedena, 2014, 590 p.
- GOJMAN DE BACKAL, Alicia, *Camisas, escudos y desfiles militares. Los Dorados y el antisemitismo en México (1934-1940)*, México, FCE/UNAM-ENEP Acatlán, 2000, 568 p.
- GONZÁLEZ COMPEÁN, Miguel, y Leonardo Lomelí (coords.), *El Partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999)*, México, FCE, 2000, 816 p.
- JAUURRIETA, José María, *Seis años con el general Francisco Villa*, México, FCE, 2023, 288 p.
- LAWRENCE, Mark, *Insurgency, Counter-insurgency and Policing in Centre-West Mexico, 1926-1929: Fighting Cristeros*, Londres, Bloomsbury Academics, 2020, 208 p.

- MANJARREZ, Froylán C., *La jornada institucional*, vol. II, México, PRI, 1987, 250 p. +LXXXVIII.
- Memorias del general Antonio I. Villarreal sobre su participación en la rebelión escobarista de 1929 y otros documentos*. Introducción, selección y notas de Georgette José Valenzuela, México, INEHRM, 2006, 180 p.
- MEYER, Jean, *La Cristiada. La guerra de los cristeros*, vol. 1, México, Siglo XXI, 1999, 382 p.
- MONROY DURÁN, Luis, *El último caudillo: apuntes para la historia de México, acerca del movimiento armado de 1923 en contra del gobierno constituido*, México, José S. Rodríguez, 1924, 156 p.
- NARANJO, Francisco, *Diccionario biográfico revolucionario*, México, INEHRM, 1985, 317 p.
- NAVARRO, Pavel, *El cardenismo en Durango. Historia y política regional 1934-1940*, Durango, Instituto de Cultura del Estado de Durango, 2005, 352 p.
- PÉREZ MONTFORT, Ricardo, "Por la patria y por la raza". *La derecha secular en el sexenio de Cárdenas*, México, UNAM-FFYL, 1993, 232 p.
- SAÉNZ LÓPEZ, Edgar, "La rebelión delahuertista en Chihuahua", en *BiCentenario. El ayer y hoy de México*, núm. 48., en línea: <<http://revistabicentenario.com.mx/index.php/archivos/la-rebelion-delahuertista-en-chihuahua/>>. (Consultado: 02/10/2023).
- SALMERÓN, Pedro, con la colaboración de Felipe Ávila, *Breve historia del villismo*, México, Crítica, 2018, 344 p.
- SALMERÓN, Pedro, *La División del Norte. La tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo*, México, Planeta, 2006, 536 p.
- , "La fundación", en Miguel González Compeán y Leonardo Lomelí (coords.), *El Partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999)*, México, FCE, 2000, p. 46.
- TAIBO II, Paco Ignacio, *Pancho Villa. (Una biografía narrativa)*, México, Planeta, 2006, 888 p.
- URIÓSTEGUI MIRANDA, Píndaro, *Desaparición de poderes*, tesis de licenciatura en Derecho, UNAM, 1959, 138 p.
- , *Testimonios del proceso revolucionario de México*, México, INEHRM, 1987, 704 p.
- URQUIZO, Francisco L., *Charlas de sobremesa*, México, SDN, 1992, 288 p.
- VARGAS ARREOLA, Juan Bautista, "Los Dorados, uno a uno", *A sangre y fuego con Pancho Villa* (Berta Vargas de Corona, comp.), México, FCE, 1988, 368 p.





Sr. General Nicolás Fernández Carrillo.

ENTREVISTA CON EL C. GENERAL DE BRIGADA NICOLÁS FERNÁNDEZ CARRILLO, CELEBRADA EN LA CIUDAD DE TORREÓN, COAHUILA, EL DÍA 28 DE FEBRERO DE 1970¹

Píndaro Urióstegui Miranda

DATOS SOBRE SU ORIGEN

28 de febrero, 1970. —Torreón, Coahuila.

Píndaro Urióstegui Miranda: Señor general, primeramente, platíquenos sobre su origen.

Nicolás Fernández Carrillo [NFC]: Yo nací en un poblado que se llama Valle de Allende, Chihuahua; ahí fui bautizado y ahí crie mis primeros años. Mis padres fueron Francisco Fernández y Gertrudis Carrillo. Mi abuelo Zenón Carrillo era hermano de don Lauro Carrillo, que fue gobernador de Chihuahua. Mi padre era de un poblado que se llama San Miguel y San José Babícora, municipio de Camargo, Chihuahua; ahí me hice yo medio hombre y comencé a trabajar; así me fui enderezando hasta llegar a administrar unas haciendas ganaderas de Sabás e Hilario Lozoya, en Guanaceví, Durango. Cuando empezó la Revolu-

¹ Píndaro Urióstegui Miranda, *Testimonios del proceso revolucionario de México*, INEHRM, 1987, Capítulo Segundo, pp. 81-135. [Nota del editor: la entrevista, llevada a cabo en 1970, es presentada en esta edición con un estilo más ágil para facilitar su lectura. El contenido, desde luego, ha sido respetado en su totalidad.]

ción, ahí fue donde trataron de conquistarme Francisco Villa —que no lo conocía, yo era un joven— y Tomás Urbina.

ÍBAMOS CON DON ABRAHAM GONZÁLEZ ARRIANDO 10 SEMENTALES

Pregunta: ¿Cómo se incorporó a la Revolución?

NFC: Cierta día íbamos con don Abraham González arreando 10 sementales para cría de caballos finos, pero en el camino nos topamos con una gavilla como de 20 hombres que encabezaban Francisco Villa y Tomás Urbina; al verlos preparé a don Abraham González para que intentáramos conquistarlos con dinero y así evitar que nos quitaran esos caballos que valían 10 000 pesos cada uno. Afortunadamente aceptaron que les diéramos 200 pesos oro nacional, a cada uno, para que nos respetaran los caballos con los que finalmente llegamos adonde debíamos entregarlos. Al poco tiempo se me presentó una noche, en el rancho donde yo estaba, Tomás Urbina, que era al que yo conocía de nombre, quien venía acompañado de un individuo que después supe se llamaba Francisco Villa. Me propusieron que me levantara en armas. Yo tenía 40 hombres bien montados y armados, con malas armas por supuesto, las que más bien teníamos porque había mucho león y tigre, así como para defender nuestros intereses. Villa no hablaba, nada más observaba. Tomás Urbina fue el que me dijo:

—¿Por qué no te puedes levantar?

Por este motivo, le dije:

—¿Cómo voy a conquistar a 40 personas? Y si alguno se nos escapa y nos denuncia, cuando menos piense me caen aquí los rurales, me aprehenden y me fusilan. ¿No ve cuántos han colgado ya?

Francisco Villa y Tomás Urbina ya estaban organizados en una sierra que se llama La Molar, donde tenían 1 000 hombres, aunque no tenían armas, pero yo no lo sabía; entonces les dije:

—Mejor les serviría afuera que adentro.

—¿Por qué? —me inquirió.

—Porque yo tengo que ir a Parral tal día, entro y salgo y me firman en la Jefatura una libreta con el sello.

—¿Por qué? —me volvió a repetir.

—Porque voy a pasear unos caballos que ahí estoy cebando para luego soltarlos a las manadas.

—Bueno, ¿y por qué no los traes? —me dijo.

—Porque todavía no es tiempo.

Entonces Urbina me respondió:

—¿Qué crees que no podemos montar esos caballos?

—Sí, sí pueden montarlos, pero se les cae una herradura y además esos caballos comen en el pesebre, y no en el llano, por eso no les sirven; pero tengo otros 500 caballos de esos mismos a sus órdenes.

Yo tenía también 200 carabinas que me habían traído para que me levantara en armas a favor de la Revolución; las tenía escondidas en una cueva, nuevecitas; tenía también parque, pero las cajas decían “talachas” y otras, “tuercas y tornillos”. Todas estas armas, el parque y los caballos se los entregué. Luego me mandaron de correo con don Pancho Madero, que estaba en la Hacienda de Bustillos. Hice siete días para llegar con él por la vía noreste que va a Ciudad Madera. De allá me mandó en un caballo que no necesitaba remuda, me dio 50 000 dólares para que se los entregara a Tomás Urbina y otros 100 000 dólares para que se los entregara a Francisco Villa. Me los eché debajo de la ropa, a lo que me dijo don Pancho:

—¿Por qué los llevas ahí?

Y le contesté:

—Porque se me puede caer del caballo y se los lleva, entonces yo con qué salgo, o me agarran.

Ya no dijo más y llegué hasta donde estaban Villa y Urbina. La contraseña para identificarme era que tenía que ponerles un humo muy espeso, arriba de un cerro, y ellos me contestaban con un humito delgado y ahí los tenía que esperar hasta que ellos bajaran. Ya con ellos, los llevé y los senté mero donde tenía yo las carabinas. Después de que estuvimos platicando, les entregué la correspondencia de don Pancho Madero, donde ordenaba que Francisco Villa —entonces supe que se llamaba Francisco Villa— se fuera con 2 800 hombres y Urbina se que-

dara para darle auxilio a don Guillermo Baquen para que tomara Ciudad Parral el 20 de noviembre, a lo que Tomás Urbina dijo:

—Muy bien, pero si no tenemos armas.

—Mire —le contesté—: aquí tengo yo algunas garritas. —Y ya les descubrí las cuevas donde tenía las armas y el parque. Entonces Rosendo Gallardo, que era secretario de los dos, al ver las cajas y leer lo que decía sobre ellas, dijo que eran simples “talachas”.

—¡Desclávalas! —le indiqué, pero no traían con qué y yo que traía todo, las abrí; todavía estaban engrasadas las carabinas, las que al verlas quedaron conformes, luego les entregué los 500 caballos. Así fue como me incorporé a la Revolución. Ya no volví a la casa, sino que me fui con Francisco Villa.

ME INCORPORÉ DEFINITIVAMENTE CON VILLA

Pregunta: ¿Y cuándo se incorporaron con don Francisco I. Madero?

NFC: Ya con el dinero que le había entregado de parte de don Francisco I. Madero y con las armas y los caballos que les había yo dado a él y a Urbina, me incorporé definitivamente con Villa y con él me vine hasta la Hacienda de Bustillos donde se encontraba Madero con don Abraham González y 100 hombres más. Mientras tanto, Pascual Orozco tenía encampanado a Juan J. Navarro en un cañón que se llama “el Malpaso”, por donde transitaba el ferrocarril cuya vía le había quemado atrás y adelante, por lo que no podía salir de ahí. Pero volviendo al encuentro de Villa con Madero, éste le dijo a aquél:

—Aquí tiene su nombramiento como coronel. —Entonces eran cabecillas, no había jefes ni oficiales—. Va usted a ser el secretario de Pascual Orozco.

A lo que Villa contestó:

—Señor presidente, yo no puedo ser secretario de Pascual Orozco.

—¿Por qué razón?

—Porque no sé leer ni escribir.

—¿Pero trae el corazón bien puesto para la Revolución?



Primer gabinete revolucionario de Francisco I. Madero. Sentados, de izquierda a derecha: José María Pino Suárez, Guadalupe González, Venustiano Carranza, Francisco Vázquez Gómez, Francisco I. Madero, Abraham González, José María Maytorena, Alberto Fuentes, Pascual Orozco. De pie: Francisco Villa, Gustavo A. Madero, Francisco Madero padre, Federico González Garza, José de la Luz Blanco (erróneamente identificado como Abraham Oros), Juan Sánchez Azcona, Alfonso Madero y personaje no identificado.

Ciudad Juárez. Mayo de 1911. Consejo Revolucionario en la "Casa de Adobe".
Colección Elmer y Diane Powell. Universidad Metodista del Sur. Estados Unidos.

A lo que Villa contestó:

—¡Sí, señor, hasta derramar la última gota de sangre!

—¡Tenga usted el nombramiento! Mañana llega Pascual Orozco y se presenta usted aquí.

Al otro día, efectivamente, llegó Pascual Orozco y Madero le presentó a Villa. Orozco era el único general que hubo en esa División, que había integrado con pura gente del distrito de Guerrero que era grande y con gente muy peleadora. Orozco había tenido dos encuentros con Navarro, pero ahora lo tenía encampanado ya 10 días en el cañón de Malpaso, de donde no lo dejaba salir ni para Chihuahua, ni para Ciudad Guerrero. Villa, atendiendo indicaciones de Orozco consiguió, en el mineral cercano de Cusihuiriachi, dinamita con la que empezó a volar los relices. Esto obligó a que Navarro saliera huyendo, dejándole a Villa sus trenes. Navarro enfiló entonces para el pueblo de Cerro Prieto, llevando 4 cañones, 8 ametralladoras y 16 000 hombres todos de pelea y muy de Porfirio Díaz. Cuando Orozco intentó tomar Cerro Prieto perdió 10 000 hombres y no lo logró. Al enterarse de esto, a Madero, que estaba escondido en la sierra, se le cayeron las alas, pero en 15 días volvió a alentarse cuando se enteró que Orozco tenía otra vez 20 000 hombres; la gente se levantaba en masas. El general Navarro logró salir de Cerro Prieto, se refugió después en Casas Grandes, donde nuevamente fue atacado por Orozco, pero ya aquí recibió auxilio de Ciudad Juárez, con lo que se puso más duro el asunto. En la pelea de Casas Grandes hirieron a don Pancho Madero del brazo derecho, por lo que usaba un sarapito saltillero y así andaba arriba del caballo, donde tenían que montarlo porque era muy chaparro y el caballo era de esos caballos árabes grandes, enmielado. Entonces ya Navarro pudo salir en trenes a Ciudad Juárez, mientras que nosotros tuvimos que seguirlo por tierra. Para cuando llegamos a Ciudad Juárez el ejército federal ya había recuperado toda la gente que había perdido y le pusimos sitio. A don Pancho Madero lo dejamos en un pueblo que se llama Zaragoza con una escolta de 100 hombres. Ya en pleno combate Navarro pidió conferenciar con Madero, por lo que éste fue a Ciudad Juárez concediéndole una tregua de tres semanas, lo que comunicó a

Pascual Orozco para que no fuera a combatir. Entonces Villa se alborotó y le dijo a Orozco:

—No, señor, ahora es cuando debemos atacarlos porque están derrotados, no tienen elementos.

—Pero mire... que es una orden del presidente. —Ya se decía presidente.

—Pues aunque sea, él no tuvo la atención para juntar a todos sus jefes con mando de tropa; ¿qué la gente que nos han matado no vale nada?; ¿por qué vamos a permitir eso?; ¡déjeme usted la cosa, nada más autoríceme!

—Haga usted como quiera —le contestó Orozco.

—Deme usted a don Félix Terrazas con 4 000 hombres y verá cómo lo desarmo (a Navarro).

Entonces Villa atacó por el frente, por donde estaba Madero, al que respondió saliendo Navarro, pero entonces Villa le pegó por la retaguardia con 8 000 hombres haciendo prisionero al propio Navarro y desarmando a todas sus tropas, ordenando a los trompetas que tocaran rendición. Ya rendidos todo los jefes y oficiales, el general Navarro informó a don Porfirio Díaz de cuál era la situación en Chihuahua; que no era una simple partida de bandoleros, sino que eran todos los pueblos los que se habían levantado en masa. Entonces Porfirio Díaz reconoció que era el pueblo el que ya no lo quería; le pidió entonces a Navarro que le dijera a Madero que desarmara todas sus tropas y que se fuera a recibir el gobierno que le entregaría a don Francisco León de la Barra y así fueron las cosas.

Pregunta: ¿Qué hizo entonces Madero al enterarse del reconocimiento que don Porfirio Díaz hacía del triunfo de su revolución?

NFC: Don Pancho Madero nos trajo a Chihuahua y nos dijo un discurso muy alentador. Nos dio caballo ensillado, carabina y 50 pesos. Todos estábamos muy desalentados. Entonces Villa le dijo:

—Mire, señor presidente, si lo dejan durar un año en el poder es mucho; lo van a asesinar. ¿Qué hago yo con estos soldados analfabetas que lo llevamos al poder?, ¿por qué no nos pone en el Colegio Militar?

Madero contestó:

—Llévate unos 20 o 30 hombres y ven conmigo a México.



Villa y Orozco en una fuente de sodas en El Paso, Texas. Reprografía. 1911.

© (33432) SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.



En marzo de 1912, Pascual Orozco se levantó en armas contra el gobierno de Francisco I. Madero. Villa fue uno de los primeros en enfrentarse a los rebeldes orozquistas. Madero ascendió a Villa a general.

Francisco Villa y sus hombres, *ca.* 1912.

Colección Elmer y Diane Powell, México y la Revolución Mexicana.

Universidad Metodista del Sur.

Ya le digo y así pasó: se echó en brazos del enemigo y lo asesinaron. Pascual Orozco no tardó en levantarse allá en Chihuahua, en contra del gobierno de Madero y lo mismo hacía Zapata en el sur. Entonces Villa le entró a los trancazos a Pascual Orozco a favor de Madero y empezó a ganar las primeras peleas. Luego Villa se vino a San Andrés del Parral, donde fue sitiado por Pascual Orozco, pero logró romper el sitio informando a Madero que Orozco ya se había volteado. Entonces fue enviado Victoriano Huerta con una columna de 10 000 hombres que se llamaba también División del Norte. Por su actitud, Villa fue ascendido por Madero a general brigadier y Tomás Urbina recibió nombramiento de coronel y así nos fue ascendiendo a todos. Cuando ya dominamos a Pascual Orozco nos fuimos a Ciudad Jiménez, Chihuahua.

FRANCISCO VILLA Y VICTORIANO HUERTA

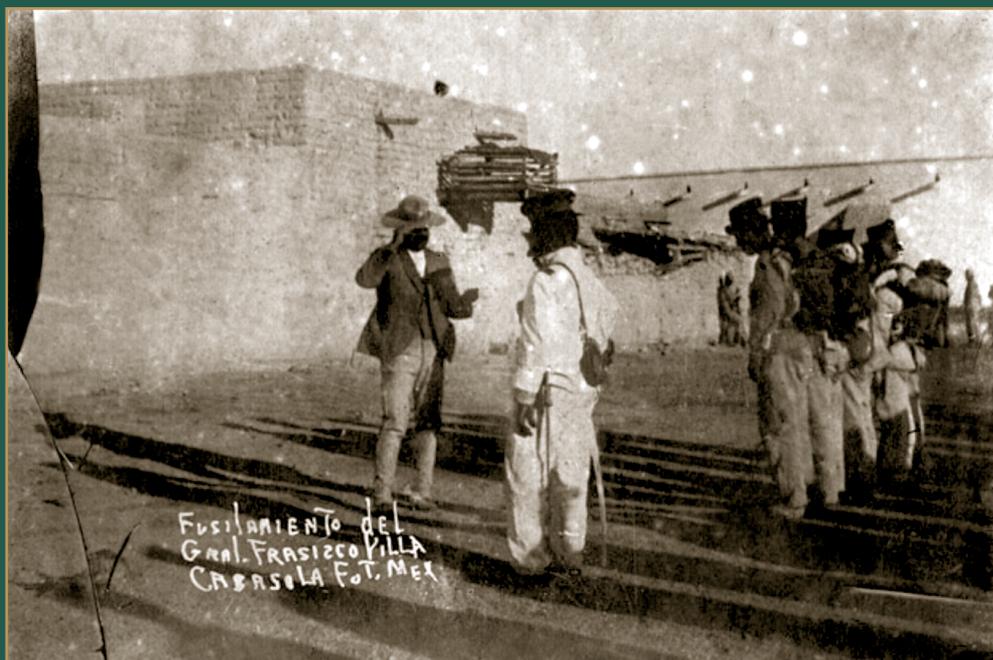
Pregunta: ¿Cómo fueron los nexos entre Francisco Villa y Victoriano Huerta?

NFC: Pues mire usted, le voy a contar un incidente que le contesta a esta pregunta.

Un día, ya estando en Ciudad Jiménez, Villa le pidió permiso a Huerta para ir a Parral. Fuimos cinco hombres con él y al pasar por un lugar que se llama Plaza de don Marcos, nos salió una yegua inglesa; yo la agarré y me dijo el general Villa:

—Vaya y lleve a ese caballo al cuartel y diga que no lo entreguen sin una orden superior y que le den un recibo.

Me dieron el recibo y cuando regresó Villa de Parral se presentó al cuartel general con Huerta. Venía de espuelas y polainas y, entrando, la guardia le puso los rifles en el pecho. Yo me fui cejando para atrás con los caballos, me retiré del cuartel y fui a buscar a don Emilio Madero. Le rendí parte de que iban a fusilar a Villa. Entonces fue a poner un telegrama a don Francisco I. Madero, pero no se lo quisieron pasar en la estación, por lo que nos fuimos a la oficina central y lo envié



Fusilamiento del general Francisco Villa. 4 de junio de 1912.

© (65449) SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.

por línea de Estados Unidos. Huerta para entonces había nombrado a un artillero de apellido Mondragón para que fusilara a Villa, pero como aquél veía que no había ninguna razón para que lo fusilaran por una yegua, sino que era un simple pretexto, pues Huerta se había dado cuenta ya del empuje que para la pelea tenía Villa, al que mucho auxiliaba el general Rábago, dio una tregua para fusilarlo. Mientras tanto llegamos al cuartel don Emilio Madero y yo y nos encontramos con que ya habían desarmado a toda la gente de Villa, la que tenían rodeada de ametralladoras y cañones. Así se encontraba la cosa cuando llegó la orden de don Pancho Madero para que se llevaran preso al general Francisco Villa a la ciudad de México y lo metieran a la cárcel de Santiago Tlatelolco. Así se salvó Villa de ser fusilado por Huerta.

VILLA SE FUGA DE LA PRISIÓN DE SANTIAGO TLATELOLCO

Pregunta: ¿Cómo logró fugarse Francisco Villa de la prisión de Santiago Tlatelolco?

NFC: Ahí en la cárcel Villa conoció a un abogado que era de Michoacán cuyo nombre no recuerdo. Este abogado lo enseñó a leer y a escribir en un año. Cuando logró salir —el abogado— se fue a incorporar a las fuerzas de Emiliano Zapata. Mientras tanto, Villa empezó a idear su fuga y se fijó en un licenciado que trabajaba allí en la cárcel de Santiago Tlatelolco, que entraba a hacer las diligencias a los presos y que dejaba su sorbete y su bastón en un perchero. Al mismo tiempo conoció ahí en la cárcel a otro empleado, un joven de unos 20 años llamado Carlos Jáuregui, al que poco a poco fue cultivando, regalándole dinero del que cada 15 días le mandaba Madero, hasta conquistarlo definitivamente. Así accedió Carlos Jáuregui a ayudarlo a que se fugara. Para esto le preguntó qué necesitaba.

—Necesito una lima —le dijo Villa, y le dio dinero para que se la comprara.

Jáuregui le llevó varias limas con las que empezó a romper la reja. Junto con Jáuregui planearon la fuga, ideando suplantar al licenciado

que iba a tomar las declaraciones a los reos. De esta manera Jáuregui fue adiestrando a Villa, aprovechando el tiempo que el abogado estaba adentro para que Villa se pusiera el sorbete, la levita y la mascada con la que se cubría la boca y tomar el bastón paseándose para que lo viera la guardia; lo rasuró muy bien todo y así lo estuvo entrenando varios días. Cuando ya se dio cuenta de que estaba listo, Villa le dijo a Jáuregui:

—Ahora vaya y cómpreme dos pistolas y traiga un carro y espéreme cerca de la puerta.

Jáuregui le trajo las pistolas, las que Villa se encajó en el cinturón, con parque que se echó a la bolsa, agarró el sorbete y la levita y se las plantó; empezó a jugar con el bastón y a caminar imitando al abogado; la guardia se le cuadró y llegó a la puerta en donde estaba Jáuregui esperándolo en el carro, al que de inmediato se subió huyendo así los dos.

Pregunta: Señor general, ¿quisiera platicarnos con qué grado empezó su carrera militar?, ¿cómo fue obteniendo sus ascensos y algunos incidentes relacionados con ellos?

NFC: Como le iba diciendo, combatimos a Pascual Orozco desde Bermejillo hasta hacerlo pedazos en Chihuahua. Madero ya estaba en el poder y había mandado una columna al mando de Victoriano Huerta. Yo pertenecía al Regimiento Morelos, mandado por Francisco Villa y Tomás Urbina. Cuando llegué a Chihuahua ya se habían llevado preso a Francisco Villa a la ciudad de México, por lo que habían quedado al frente del Regimiento Morelos Tomás Urbina y Román Arreola. En este entonces yo era cabo, que es el grado con el que yo empecé. Recuerdo que por aquellas fechas, en San Pablo de Meoqui no había suficiente agua para toda la tropa. Los soldados federales de Victoriano Huerta nos llamaban a nosotros los revolucionarios “comevacas”, “cebosos”. Debo decirle que ya era sargento segundo, nombrado por don Pancho Madero. Entonces llegué a darle agua a mi caballo y un sargento de la escolta de Huerta me dijo:

—Arrímate y quítale las bridas a mi caballo para que tome agua.

Yo, que no sabía que era de los de Huerta le contesté:

—Pues bájate tú, yo no vengo a hacer asistente de nadie.



A pesar de sus súplicas al presidente Madero, Villa estuvo preso, primero en Lecumberri y después en la prisión militar de Santiago Tlatelolco, de junio a diciembre de 1912. En esta imagen Santiago Méndez Armendáriz comunica a Francisco Villa las causas de su proceso en la puerta de su crujía. 18 de junio de 1912.

© (68116) SECRETARÍA DE CULTURA, INAH, SINAFO, FN, MX.

Entonces me echó el caballo encima, que me pisó y me batió en el zoquete (lodo), pero no me hizo quitarle las bridas al caballo; entonces quiso darme un riflazo, pero le metí el brazo y le quité el rifle, con el que entonces yo le pegué en el pescuezo y lo batí en el lodo; se fue, pero al rato ahí viene una escolta a hacerme preso para fusilarme, pero me salvó Román Arreola. Ya le explicaron las cosas a Huerta y así no me fusilaron.

Entonces nos fuimos; llegamos a Chihuahua. Como ya no había enemigo pues a todos habíamos batido hasta el cañón de Bachimba, Huerta se paró el cuello con la entrada a Chihuahua y a nosotros los maderistas del Regimiento Morelos, donde todavía iban Tomás Urbina, Román Arreola, Guadalupe Gardea, y otros, nos dejaron atrás en un arroyo. Entonces al Regimiento Morelos lo mandaron a Ciudad Guerrero, Chihuahua, y al otro regimiento que mandaba Maclovio Herrera lo mandaron al Valle de San Buenaventura y así nos fueron distribuyendo a todos a distintas partes. A nuestro regimiento mandaron a un coronel del ejército federal de apellido Zárate, muy bravo. Ahí en Ciudad Guerrero, todos los prisioneros que le agarrábamos a Pascual Orozco se los mandábamos al coronel Zárate y en la noche los mandaba fusilar. La primera vez se echó como a 50 hombres y en otra ocasión por poco me fusila a mí al fugárseme de la cárcel, que yo cuidaba, un profesor que no me habían entregado en el libro de registro. Al fin no me hizo nada, pero me mandó de destacamento a Miñaca, siendo ya Sargento Primero. Estaba en Miñaca y yo era el que movía la tropa, los 100 hombres que estaban de destacamento para hacer frente a las partidas de orozquistas que a cada rato amenazaban con atacar a Miñaca, que es un pueblo que está en una llanura, pero como a un kilómetro hay un cerro donde dejaban la caballada para atacar al pueblo. No tardé en agarrarle 60 prisioneros y se los mandé al coronel Zárate, quien esa misma noche los fusiló. Los Arrieta eran los que comandaban estas partidas de orozquistas, los que al rendirse pidieron garantías antes de que los mandara a Ciudad Guerrero, de donde los enviaron a Chihuahua. Ya en esos días no hallaba qué hacer porque no nos pagaban; el coronel Zárate no nos entregaba los haberes, ya andá-

bamos muy mal de ropa y de todo, por lo que teníamos que pedirle fiado al comercio. Recuerdo que un capitán José Rodríguez me dijo:

—Ahí te voy a mandar a mi asistente para que te dé unos datos, te lleva unos papeles.

Así supe que ya habían asesinado a Madero y a Pino Suárez. Entonces me habló el coronel Zárate y me dijo:

—Sargento, haga movimiento rápido y se viene usted para acá, que no le falte ni un caballo, ni un soldado porque lo fusilo.

Era muy enérgico. Tres veces me estuvo llamando así y yo le contesté:

—Usted me ordenó que soltara la caballada al campo y yo la solté, pero se me juntaron los caballos con unas yeguas ladinas y los andan agarrando ahorita; iré más tarde.

Pues ya le digo, se llegaron las 5 de la tarde y me volvió a hablar diciéndome:

—¿Por qué no se ha venido?

—Porque ahorita vienen con la caballada. —Y me volvió a repetir el fusilamiento.

Entonces le contesté:

—Para que no se moleste en fusilarme y venir hasta acá, desde estos momentos desconozco su autoridad y la de Victoriano Huerta.

—¡Ahorita salgo a fusilarlo!

—Muy bien, aquí lo espero.

Yo tenía cinco hombres y él sólo contaba con 50 federales; ya todos los del Regimiento Morelos estábamos de acuerdo. Entonces le dije al presidente de la Cámara de Comercio que juntara a todos los comerciantes para pagarles porque ya me habían llegado los haberes, pero lo que hice fue aprehender a todas las autoridades y saqué el dinero que había en la recaudación de rentas y telégrafos. Acabulé así 60 000 pesos con los que pagué los 50 000 pesos que debía a la Cámara de Comercio y le dije a don Manuel, no recuerdo el apellido, que era el presidente de la Cámara:

—Lea estos periódicos a los señores, ya mataron a Madero.

—¿Y usted qué va a hacer?



En septiembre de 1913, los principales jefes revolucionarios de Durango, Chihuahua y La Laguna se reunieron en la Hacienda de la Loma en Lerdo, Durango, lugar donde Francisco Villa fue nombrado jefe de la División del Norte. Aquí Francisco Villa y parte de sus tropas, *ca.* 1913-1914.

Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.

—Ya me voy —le dije—. Voy a salir de aquí a las 12 de la noche. — Era el mes de febrero y estaba nevando.

—¿Y nos vamos a quedar a merced de esa gente que anda en la sierra de Gazachi [Guachochi]? —me dijo don Manuel, y le contesté:

—Formen una guardia civil, hay buenos hombres.

—Pero no tenemos armas —me replicó.

Entonces les regalé 100 rifles que me sobraban a mí, con 50 cartuchos para cada uno, con lo que me perdonaron la cuenta y devolviéndome el dinero, además me vistieron a todos mis soldados. De 100 que salimos ya llegamos como 200 a Valle de Allende con todos los que se me vinieron arrimando; la misma gente me ascendió a Capitán Primero.

Luego vino Tomás Urbina, que fue el primero que se fugó de la cárcel de Durango y me reconoció el grado. Después vino Villa y ya me recogió porque yo era de su Estado Mayor y así fui ascendiendo hasta ser jefe de su guardia personal, o sea, de los Dorados de Villa, ascendiendo hasta el grado de general de brigada. Cuando Villa se fugó de Santiago Tlatelolco con Carlos Jáuregui, entró por Manzanillo y llegó a Sonora, donde se presentó con el gobernador Maytorena, mismo que le prestó 2 000 dólares con los que se vino a Ciudad Juárez; ahí se le presentó el coronel Juan N. Medina y un señor Manuel Ochoa, de Camargo, que después fue general, con nueve hombres. Con estos hombres mandó a Juan N. Medina a buscar a Venustiano Carranza, que fue localizado en Cuatro Ciénegas. Ya platicó con él y entonces don Venustiano le mandó a Villa la orden para que organizara las partidas maderistas de Chihuahua, Durango y Coahuila, nombrándolo jefe. En esa forma ya también el general Villa me fue ascendiendo a mí.

MÁS DATOS BIOGRÁFICOS

Pregunta: ¿Usted en qué fecha nació, señor general, y con quién casó?

NFC: Nací el 10 de noviembre de 1875 y me casé en 1903 con una señorita llamada Juana Terrazas en el poblado de La Concepción; actualmente soy viudo, pero tuve seis hijos: tres hombres y tres mujeres;

pero ya en la pelea, se me murieron tres en Ojinaga, dos hombres y una niña; me quedan vivos tres: dos mujeres y un hombre.

Pregunta: ¿Y qué puestos públicos ha desempeñado usted, señor general?

NFC: Todo lo que he desempeñado son comisiones de la Revolución. Así serví 12 años al gobierno constituido. Después de andar con el general Francisco Villa, se me comisionó por el gobierno a Colima, Michoacán y Jalisco durante el levantamiento de los cristeros hasta que vine a resultar acá por Tampico. Cuando era presidente provisional el licenciado Emilio Portes Gil, Calles ordenó que se me reconociera el grado, pero el secretario de la Defensa Nacional, que era el general Amaro, con quien siempre había peleado en contra, no quería reconocérmelo, pero como el que mandaba era Calles entonces Amaro reconoció la orden. Calles me mandó llamar y me presenté con él y luego me rodearon unos de sus oficiales, pero me puso su mano en el hombro. La manera de ver de Calles era siempre hacia abajo, y así me dijo:

—Oye, ¿por qué le fuiste tan leal al bandido de Villa?

Yo me sofoqué y no podía hablar, pero pensé: “Si me fusilan, que me fusilen”, y le contesté:

—Pues mire, general, quiero decirle que me permita, pues, contestar lo que me pregunta.

—¡Sí! —me dijo— ¡Habla con franqueza!

—Yo hablo fuerte —le dije—, no con enojo, pero hablo fuerte. Así como le fui leal al bandido de Villa le hubiera sido leal al bandido de Calles. —Y luego di un paso atrás, pero me rodearon. Entonces les dije—: Por eso pedí permiso, no voy a sacar arma.

A lo que Calles repuso:

—¿Lo puedes probar?

Y le contesté:

—Sí, señor, permítame meter la mano a la bolsa.

—¡Métela!

Yo traía en la bolsa de mi cartera una mica con un recibo que me firmó Calles cuando era profesor de segunda categoría en Agua Prieta, Sonora, no de primera. En aquel entonces, el general Villa le mandó a un emisario para que consiguiera parque, porque nosotros no podíamos conseguirlo.



Calles durante la campaña contra maytorenistas y villistas en 1915.

© (186265) SECRETARÍA DE CULTURA, INAH, SINAFO, FN, MX.

Calles le contestó que le mandara 5800 novillos de cuatro años para arriba. Como todo el ganado era de la Revolución, me mandaron a agarrar los novillos y se los llevé a Calles con una carta que me dio Villa. Llegué a los siete días y me dediqué a localizarlo. El ganado lo dejé retirado y entré al pueblo buscando al profesor Calles; una persona me dijo: “Mira, es aquel vestido de negro”. Yo le salí adelante, me bajé del caballo y le pregunté:

—¿El profesor don Plutarco Elías Calles?

—A sus órdenes —contestó.

Yo le entregué la carta, la leyó y me preguntó:

—¿Y dónde está el ganado?

—Mire, donde están esos humitos está el ganado; está echado ahorita bebiendo agua y descansando.

—¿Cuánto ganado trae? —me volvió a preguntar.

—Traigo 1800 novillos, quizá un poco más —a lo que me contestó:

—Dentro de tres horas arrímelo más cerca, voy a ver si lo trato. —Y se fue.

A las 4 de la tarde regresó y me dijo:

—Ya está arreglado, vamos a verlo. —Venía acompañado de tres americanos, uno hablaba muy bien español y Calles también hablaba inglés; entonces empezaron a meterse con sus carros entre el ganado y el ganado empezó a alborotarse. Entonces les comenté:

—Si siguen en los carros se nos va el ganado porque es muy ladino. —Les di caballos y reunieron el ganado. Como a la hora ya vinieron a arreglar el trato y entonces Calles me dijo:

—Arrimas el ganado a tales horas allá en la puerta de la línea divisoria, te han de entregar estos señores cinco millones de cartuchos, cada caja trae 2000, ábrelas y cuando ya estés seguro de que es parque entonces tú entregas el ganado y que te den un recibo.

—¡Muy bien! —Y así lo hice.

Entregué el ganado, pero me sobraron 100 novillos; entonces uno de los americanos me dijo: “Déjalos ir”, y me regalaron 50 pistolas por ellos. Vino Calles y entonces me pidió un recibo, yo se lo di y le pedí otro que era el mismo que le presenté en esa ocasión y que me sirvió para salvarme. Así fue como me reconocieron el grado y anduve 12 años con tropas a mi mando.

CÓMO SE VIVÍA EN EL NORTE DEL PAÍS

Pregunta: Señor general, ¿quisiera comentarnos cómo eran las condiciones de vida aquí en el norte del país antes de iniciarse la Revolución, la actitud del gobierno y el ambiente popular?

NFC: Lo tengo muy grabado, éramos unos esclavos de todos los terratenientes. Yo trabajé 18 años con don Luis Terrazas. Ahí me empecé a formar hombre y aprendí mucho cómo tratar a la gente. Era el hacendado que mejor pagaba a la gente y apenas si les daba 15 pesos al mes, “la ración” y monturas, pero éramos unos esclavos. De Chihuahua para acá se pagaban siete pesos a los hombres del campo y su ración, mientras que a los hombres de labor sólo les pagaban dos o tres reales cuando más; era una esclavitud tremenda. Me tocó ver a un señor licenciado Muñoz, en una hacienda de Valsequillo, al que un trabajador le reclamó que no le pagaban más que una peseta por su trabajo y ya era un hombre hecho y derecho que tenía a 10 de familia. ¡Bueno!, pues por esa reclamación el licenciado ordenó se le encerrara en un cepo de campaña, lo ponían en posición de cuclillas y le colocaban por debajo de los brazos una barra de hierro y lo amarraban y así lo azotaban. Eso me tocó verlo, por lo que le digo que las condiciones de vida en aquel tiempo eran terribles; no había escuelas como ahora las hay, más que en uno que otro pueblo. De la región de donde yo era, no había más que en el Valle de Allende y en el pueblito El Cerrito; fuera de ahí no había en ninguna otra parte.

Pregunta: Señor general, ¿cómo recuerda usted el inicio de la Revolución?

NFC: Voy a contarle a usted. Los primeros que iniciaron la Revolución por aquí fueron un licenciado llamado Ricardo Flores Magón y su hermano Enrique; ellos se fueron a Galeana, un pueblo de Chihuahua, del municipio de Casas Grandes, y ahí conquistaron a un tal Ponce. Este individuo Ponce era primo hermano de Silvestre y Rodrigo Quevedo que trabajaban junto conmigo para don Luis Terrazas en San Miguel de Babícora. Éramos 100 hombres armados para defender

los intereses de don Luis Terrazas, porque azotaban mucho los yaquis y se robaban el ganado, por eso nos tenían armados en los linderos de Sonora y Chihuahua. Entonces Ponce conquistó a los Quevedo, sobre todo a Silvestre que era el mayor y éste convenció a su hermano Rodrigo. Así entre los Quevedo y Ponce fueron sumando a todos, y nos juntamos unos 30 para levantarnos en armas.

Por aquellas fechas se celebraban unas fiestas que se hacían en el Valle de San Buenaventura. En ellas se colocaban toros, se jugaban carreras de apuesta y se tomaba vino. Aprovechando la cuestión esa de las fiestas, le pedimos buenos caballos al administrador don Jacobo Anchondo y escogimos lo mejor de caballos para venir a la jugada. Pero eso sólo era un pretexto, porque ya nos íbamos a levantar en armas, creíamos que ya era oportuno el golpe. Así llegamos a esas fiestas, nos metimos a una vinata y los emborrachamos y ya una vez ebrios empezaron a bravear todos, pero los de más experiencia no tomábamos. Como éramos sirvientes de don Luis Terrazas y andábamos armados, nadie nos decía nada, hacíamos lo que queríamos; entonces cuando llegamos al pueblo de Galeana, me dice Rodrigo:

—Oye, ¿por qué no asaltamos la Presidencia Municipal? —a lo que le contesté:

—¿Pues quién manda aquí, tú o Silvestre?

—No, pues Silvestre.

Entonces le dije:

—Pues que diga Silvestre.

Le preguntamos y nos contestó:

—Sí, lo haremos.

Entonces yo repliqué:

—Miren, es bueno tener precauciones, ustedes son muy valientes, pero no sabemos lo que haya dentro de la Presidencia Municipal.

La Presidencia tenía un cercado de adobe como de dos metros de altura.

Entonces me dice Silvestre:

—Lo que pasa es que tienes miedo —a lo que le contesté:

—No es que tenga miedo, pero creo que debemos tomar precauciones, vienen borrachos y quién sabe lo que haya ahí.

Silvestre dijo:

—Yo voy solo.

Y a pesar de mis advertencias se fue, encarreró el caballo y brincó hasta dentro, pero le pusieron los rifles en el pecho, pues en la Presidencia Municipal había unos 100 rurales. Un muchacho como de 15 años que estaba en una azotea vio todo y fue a avisarnos. A Silvestre, a Quevedo y a Ponce se los llevaron presos a San Juan de Ulúa, donde se encontraron con Flores Magón. Los carearon, pero los Flores Magón dijeron que no los conocían. Como no les hallaron documentos, ni les comprobaron nada, los dieron libres y así pudieron regresar acá al norte. Ya después asumió el mando don Pancho Madero que fue quien levantó la gallera.

CÓMO SE INCORPORÓ VILLA A LA REVOLUCIÓN

Pregunta: ¿Y cómo se incorporó Villa a la Revolución?

NFC: Pues mire, le voy a contar todo desde el principio. Francisco Villa nació en un pueblito llamado La Coyotada, del Municipio de San Juan del Río, Durango. Un señor de nombre López Negrete le había arrendado al padre de Villa una yunta para que sembrara y ese alquiler le causó una deuda de 300 pesos. Francisco Villa se llamaba Doroteo Arango, mismo nombre que tenía su padre, que al morir ocasionó que López Negrete mandara a su familia a un pueblo que se llama Santa Isabel de Berros, en otra hacienda de su propiedad. Ya ahí, López Negrete fue a hablar con la mamá de Villa para preguntarle quién le iba a pagar la deuda que había dejado su esposo. Villa, que era un jovencito de 10 años, andaba con la camisola de fuera, descalzo, estuvo escuchando las reclamaciones de López Negrete y al darse cuenta de que su mamá estaba asustada y muy achicopalada le dijo:

—Yo se la pago.

El terrateniente se le quedó mirando y le contestó:

—Tú estás muy chiquillo, ¿cómo podrías pagar la deuda que dejó tu padre si es de 300 pesos?

—¡Muy bien, señor, nada más deme una yunta para trabajar, ya sé hacerlo!

Ante tal respuesta, López Negrete le habló a su mayordomo y le ordenó que le dieran una yunta a Villa y así empezó a trabajar aquel muchacho. Villa tenía tres hermanos: Antonio que era el mayor, Hipólito y Martina; así es que mientras Villa araba con la yunta, sus dos hermanos varones iban echando el grano. En esta forma, en el primer año logró abonarle a López Negrete 50 pesos con el maíz y 25 con el frijol, y además apartaba el dinero suficiente para que tuvieran en el año.

Así las cosas, como a los dos años, ya no se presentó a cobrar el viejo López Negrete, sino que mandaba a su hijo, un muchacho de unos 20 años, quien al cobrar los abonos conoció a la hermana de Villa, que era una muchacha muy bonita. A partir de entonces el muchacho ya no iba a la labor a cobrar, sino que se presentaba a la casa de Villa. Al darse cuenta Villa de las continuas visitas de ese muchacho a su casa, increpó a su mamá, la cual le contestó:

—Mira hijo, él tiene derecho a venir, es el hijo del dueño de las casas.

—¡No, señora! —le contestó Villa—. ¡Las casas en la actualidad son de nosotros, porque por eso nos las rentan y yo no permito que ese muchacho venga aquí, porque no viene para platicar con usted, sino que viene para ver a mi hermana y ya verá usted lo que va a pasar!

Entonces la mamá le dice:

—Pues mira, mi hermano mayor está enfermo, pero anda a ver cómo siguen sus males y si te da cuenta que está bien, le platicas cómo están las cosas por acá, para que nos diga qué hacemos.

Villa fue entonces a visitar a su tío y lo puso en antecedentes, contestándole el señor:

—Dile a tu mamá que estoy enfermo, pero que a ver si me puedo levantar para ir a Durango a ver a López Negrete.

Al salir Villa de la casa de su tío se dio cuenta que en un rincón de la misma había una pistola calibre 44 con la carrillera llena de parque; la estuvo observando y luego se fue a visitar a su otro tío. Al estar frente a él, le platicó lo que estaba sucediendo, a lo que le respondió:

—Mira, dile a tu mamá que yo no puedo hacer nada, porque tengo una docena de hijos y mujer, si me meto en este lío capaz que me mandan al contingente rural, me ponen preso y mi familia se muere de hambre y eso sería una ingratitud. ¿Por qué no vas y le dices a mi hermano?

—Ya le avisé, tío —contestó Villa—, pero él está enfermo.

Pasaron los días y la cosa seguía igual. Villa y sus hermanos acostumbraban a estar trabajando ya en el campo a las 6 de la mañana y entre las 8 y 9 iba su hermana a llevarles sus alimentos, pero un día en que iba Martina con su canasta en la cabeza a servirles su comida, al tratar de atravesar un puente, le salió al paso el hijo de López Negrete con intenciones de llevársela, pero ella se defendía como podía. Ya como a las 12 del día, Villa empezó a preocuparse de la tardanza de su hermana, por lo que mandó a su hermano Antonio a que se subiera a una loma y de ahí viera qué pasaba; regresó rápidamente Antonio y le dijo a Francisco:

—El muchacho Negrete la tiene detenida en el puente y no la deja pasar.

Villa tomó la garrocha con la que arreaba la yunta y corrió hacia donde estaba su hermana. En cuanto lo vio López Negrete, inmediatamente la dejó pasar y él montando en su caballo se fue.

La muchacha le contó a Villa toda la historia camino a su casa y él se lo dijo a su mamá.

—Ahora verás cómo esto no tiene buen fin.

Pasaron algunos días y él y sus amigos no permitían pasar a nadie, pero Villa tenía necesidad de ir a traer leña al monte para toda la semana y se llevaba unos burritos que le prestaban sus amigos, así es que se iba los sábados y regresaba los domingos con sus carguitas de leña. En una de esas salidas, al regresar con su leña y sus burros, encontró a López Negrete tironeando a su hermana para sacarla de la casa y la mamá prendida de la muchacha atrancándose de la puerta. Villa dejó a los burros y se fue corriendo a la casa de su tío y se robó la pistola que había visto. Cuando regresó ya el mozo de López Negrete venía con caballos para llevarse a la muchacha en uno; se acercó rápido y le llegó por la espalda a López Negrete dándole un empujón, éste se dio vuelta y quiso sacar la pistola, pero Villa lo aseguró pegándole un tiro

en la pierna y se la quebró; cayó López Negrete y Villa agachándose le quitó la pistola y en el mismo caballo del terrateniente se montó y huyó a la sierra. A los cuantos meses lo agarraron, pues Villa no conocía más allá de San Juan del Río y no hallaba por dónde irse, por lo cual nada más andaba en los alrededores y por eso lo aprehendieron. Fue llevado a San Juan del Río, en donde trataron de fusilarlo, pero el Juez del lugar le dijo al Presidente Municipal que no podían fusilarlo porque era menor de edad. Entonces lo mandaron a Durango, donde lo tuvieron preso dos años, pero no lo sentenciaron. Mientras tanto, López Negrete pagaba porque lo fusilaran.

La penitenciaría de Durango estaba fuera de la ciudad, en unos llanos. Ahí conoció y conquistó a un compañero. Todos los días los echaban fuera a tirar el “barril”, pero un día que estaba soplando una fuerte tolvanera le robaron un caballo a un carnicero y se fugaron rumbo al Cerro del Mercado. Salió la policía a buscarlos, pero en lo que ensillaban sus caballos, Villa y su compañero agarraron ventaja; más delante empezaron a balacearlos y el otro hombre le dijo a Villa:

—Mira, bájate y métete en aquella cueva que pasa al otro lado del cerro, allá te espero, porque ya el caballo se va cansando.

Villa hizo lo que le indicaba su compañero, pero la cueva no tenía salida; sin embargo, se escondió en ella y se salvó. Luego no halló para dónde ganar y se regresó a San Juan del Río, en donde ya daban 50 000 pesos por su cabeza. Fue aprehendido por unos cazadores y lo llevaban para presentarlo con López Negrete; era el mes de octubre en que ya estaban maduras las labores; entonces Villa les dijo a los cazadores:

—Hombres, ¿por qué no nos comemos unos elotes? Ya está haciendo hambre.

Éstos pensaron que tenía razón y bajándose de los caballos acamparon, eran tres, uno fue a traer los elotes y otro fue a buscar leña, mientras que el tercero lo vigilaba. A Villa le habían quitado la carabina y la pistola que traía clavada en el cinto, pero no se habían dado cuenta que traía otra pistola debajo del sobaco y no se la quitaron. Villa se levantó de repente y le dijo al que lo vigilaba:

—Hombre, éstos han de haber ido a sembrar el maíz y los mezquites, no vienen ni con la leña.

Entonces el que lo cuidaba se levantó también y se volteó para gritarles a sus compañeros que regresaran; esa oportunidad la aprovechó Villa para matarlo. Montó en el mejor caballo y se les fue. Poco tiempo después agarraron a Villa y lo llevaron a Durango, donde ya habían dado orden de fusilarlo. Lo tuvieron preso, pero como el pueblo quiso alborotarse para sacarlo, lo metieron en una huerta y lo amarraron con una cadena fuera de la celda. A los ocho días llegó la orden para que lo fusilaran y entonces el comandante del pelotón le dijo a Villa:

—Te vamos a fusilar a las 6 de la mañana, aquí en la huerta.

Francisco le contestó:

—Hombre, mi comandante, les voy a recomendar que no me peguen en la cara para ver si así me conoce mi madre, para que me dé sepultura.

—Escríbale una carta —le dijo el soldado.

—No tengo papel ni lápiz —le respondió Villa.

—Yo te lo voy a traer. —Y el soldado le trajo papel y lápiz.

Se llegó la hora del fusilamiento. Villa dobló el papel y el sobre y se lo echó en la bolsa de la camisa del lado derecho. Debajo de la axila traía su pistola, la cual no le habían quitado porque no le esculcaban donde la traía fajada debajo de la camisa. Le quitaron la cadena y entonces el comandante dijo:

—Véndenle los ojos —a lo que Villa respondió:

—¿Para qué me los vendan? Le supliqué que no me peguen en la cara para que me reconozca mi madre.

—Oye, ¿y la carta? —dijo el comandante, acercándose.

—Aquí la traigo —respondió Villa, sacando la carta con la mano izquierda y con la derecha la pistola y disparándole lo mató.

Inmediatamente los soldados le dispararon y una bala le dio un rozón en la cabeza. Villa manoteó el rifle del comandante y mató a otro policía, mientras que los otros corrían. Francisco corrió y se subió por el muro de la huerta hasta encontrar las ramas de un nogal que daban hacia afuera y por ahí se dejó caer, pero al hacerlo se lastimó una pierna. Como pudo y cojeando atravesó un arroyo y huyó. Cuando la policía ensilló sus caballos y dieron vuelta a la huerta, que era muy grande, ya Villa estaba muy lejos. Ya por la noche Pancho se sentía

muy malo porque en la caída se lastimó el cuadril. Estaba quejándose y el rifle que llevaba le servía de bordón. En esos momentos pasaron por ese lugar unos 8 o 10 hombres de un tal Ignacio Parra que era un bandido que había en Durango, y al ver un bulto en el suelo, el jefe de ellos que era un tal Orozco, dijo:

—Miren, es un cabrito, sáquenlo para hacer barbacoa.

Y uno de ellos dijo:

—¡No, es un hombre!

El tal Orozco increpó:

—A ver tú, levántate.

—¡No puedo! —respondió Villa, que tenía el rifle entre las piernas y con ganas de disparar, pero no lo hizo.

Entonces se le acercaron y otro exclamó:

—¡Miren, si hasta tiene rifle!

—Sí, al cabo me han de matar —dijo Villa—, porque ustedes han de ser del gobierno.

—No, nosotros no somos del gobierno —le respondieron—. ¿Quién eres tú; por qué estás aquí?

—¡Porque maté a unos policías esta mañana!

¿Por qué? Por esto y por esto otro; y ya les dijo todo. Después de eso lo sacaron y como no se podía parar, un viejo que venía con esos hombres dijo:

—Yo lo compongo. —Usaban ellos un sebo de res que se llama riñonada. Le calentaron el cuadril y el viejito se lo compuso.

—Bueno, ¿te vas con nosotros? —le preguntaron.

—Sí me voy —respondió Pancho.

—¡Pues te vamos a vendar los ojos, nosotros somos soldados de Ignacio Parra, que maneja una partida de 30 hombres para asaltar y repartir el dinero entre los pobres!

Así fue como Villa vino a dar a Chihuahua con Ignacio Parra, quien le ordenó que se llevara toda la caballada y la mulada de López Negrete. Una vez logrado esto se vinieron con ella desde Durango hasta Presidio, Texas, y ahí la vendieron. Luego regresaron por Chihuahua. Entre los hombres iba un Claro Reza que era compadre de Villa y que también

pertenecía a la partida de Ignacio Parra, que lo utilizaba para asaltar las diligencias que corrían de Chihuahua al mineral de Cusihuirachi.

Cuando don Pancho Madero estaba haciendo la documentación para el levantamiento en Chihuahua, se encontraba en una casa muy grande en un cerro llamado Cerro del Coronel junto con don Abraham González y otros dos más. Ahí estuvieron haciendo toda la documentación. A Claro Reza, que era compadre de Villa, lo había conquistado don Abraham González para que se levantara con Madero y Claro Reza les dijo que sí. Claro Reza era carnicero. Entonces éste habló con Francisco Villa tratando de conquistarlo para que se fuera con él, pero Villa le contestó que lo iba a pensar y así anduvo. Entonces lo que hizo fue andarlo vigilando. A los ocho días de hacerlo vio que Claro Reza entraba al cuartel de los rurales. Villa se disfrazaba: se puso un poncho y así lo anduvo calando. Claro Reza venía a la comandancia de los rurales y daba parte de los movimientos de Madero y luego se iba con don Abraham González adonde estaba Madero, de modo que estaba segura la cosa para él. Al darse cuenta Villa de los planes de Reza, rápidamente conquistó 15 hombres y los puso a caballo sobre la vía del ferrocarril que va al noroeste. Mandó preparar un coche muy bueno con caballos finos y cuando salieron 100 rurales a aprehender a don Pancho Madero y a don Abraham González, Villa salió volando en el coche que había mandado preparar, adelantándose a los rurales fue y recogió a don Pancho Madero y a don Abraham y se los llevó, así ya no pudieron agarrarlos. Entonces los condujo hasta San Andrés y luego se regresó. Agarró a su compadre Claro Reza que iba a la vanguardia de los rurales y lo mató. Ya Villa se siguió con don Pancho Madero y ahí se vino formando toda la historia de Pancho Villa que también se llamaba Doroteo Arango.

POR QUÉ ADOPTÓ EL NOMBRE DE FRANCISCO VILLA

Pregunta: ¿Por qué adoptó el nombre de Pancho Villa?

NFC: Voy a decirle. Usted ha de saber que en Cananea hubo un levantamiento muy antiguo y lo encabezaba un Francisco Villa, y cuan-



Francisco Villa y sus "Dorados" en Aguascalientes. 28 de octubre de 1914.
Colección Elmer y Diane Powell. Universidad Metodista del Sur. Estados Unidos.

do ya el gobierno los desbarató allá en Cananea, el Pancho Villa, ese de Cananea, se les fugó y vino a dar a Zacatecas. Cuando ya tenía dos años en Zacatecas lo volvieron a denunciar, quisieron agarrarlo, pero se les peló; le mataron el caballo, pero se les fue por un bosque y así fue a aparecer a La Coyotada, Durango, en donde vivía Doroteo Arango a quien no conocía y con el cual vivió algún tiempo. Un día vio a aquel hombre, Doroteo (Villa) hijo, que ya estaba grandecito, le preguntó a su padre que quién era.

—Es tu tío —le contestó.

—¿Y cómo se llama?

—¡Francisco Villa!

Por eso agarró el nombre de Francisco Villa.

RELACIONES DE VILLA CON MADERO Y CARRANZA EN CAMPAÑA

Pregunta: Señor general, ¿recuerda usted cómo se conocieron Villa y Madero?

NFC: Por conducto de don Abraham González.

Pregunta: ¿Y cómo entró en contacto Pancho Villa con don Venustiano Carranza?

NFC: Mire, don Venustiano era gobernador de Coahuila, de donde también era Madero. Desde que Madero inicia la Revolución, Carranza está a su lado. Cuando Villa llega ante Madero, entre otras gentes conoce y empieza a tratar a don Venustiano. Luego si don Venustiano siguió o no siendo leal a Madero ya es otra cosa, el caso es que, a la muerte de Madero, Pancho Villa reconoce a Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y juntos pelearon contra Victoriano Huerta. Ya iniciada la “bola dura”, Villa comenzó a moverse más rápido, por lo que don Venustiano empezó a desconfiarle. A Villa no hubo quien le diera un cartucho, ni una carabina, él y sus jefes se los proporcionaban sacándoles dinero a los terratenientes. Agarraban a cuatro o cinco hombres de mucho dinero y les pedían 100 000 pesos y con eso se sostenían y había también un poquito de pasadas de contrabando de

parque y armas. Con todo esto se fueron formando y organizándose en la sierra de La Molar. Y como le digo, de ahí se dividieron: Tomás Urbina se fue por órdenes de Madero a Parral y Santa Bárbara para auxiliar a Guillermo Baca, mientras Villa se fue con el resto de la gente a la Hacienda de Bustillos.

Pregunta: ¿Cómo se iniciaron las actividades militares de Villa al lado de don Venustiano Carranza?

NFC: Ahora verá. Tomás Urbina, Maclovio Herrera y Manuel Chao, se levantaron en contra del gobierno de esa época que estaba en poder de Victoriano Huerta. Tomás Urbina con su gente tomó Ciudad Jiménez, mientras que Maclovio Herrera y Manuel Chao hacían lo propio en Camargo y Parral. En esos combates cuando se tomó Camargo, surgió un general, don Rosalío Hernández, que tenía mucha gente y al ocurrir el levantamiento lo hallaron firme allí. Entonces nombraron una comisión, al mando de un capitán Juan Mora Salcido, con 20 hombres, que fue a buscar a don Venustiano Carranza para ponerse a sus órdenes, pero no lo encontraron porque don Venustiano se encontraba en Sierra Mojada. Juan Mora Salcido y sus hombres se metieron a Sierra Mojada, pero se encontraron con unos 100 rurales con los que trabaron combate, perdiendo Mora Salcido todos sus hombres, por lo que tuvo que devolverse sin poder cumplir la comisión. En aquellos días llegó Villa, con nueve hombres, procedente de Estados Unidos: acababa de fugarse de la penitenciaría. En cuanto llegó a Camargo don Rosalío Hernández se le presentó con 800 soldados; ya Villa traía el nombramiento de general firmado por don Venustiano Carranza. Inmediatamente mandó a hablarles a Maclovio Herrera y a Manuel M. Chao a Parral, pero éstos se negaron no queriendo reconocerlo. Entonces Villa les habló fuerte y les dijo: “Ya les mandé la copia que manda el Primer Jefe —así se le decía a don Venustiano—, si ustedes no vienen a estas conferencias voy a comenzar con ustedes”. Luego Urbina y Chao se fueron a Camargo y se pusieron a sus órdenes. Cuando don Venustiano desconoció a Victoriano Huerta, él peleó, pelearon sus tropas al mando de un general Pancho Coss que fue el más activo de Saltillo. Así ya se fueron a la Hacienda de Guadalupe y firmaron el Plan de Guadalupe. De ese lugar don Venustiano mandó a Breceda a buscar

al general Villa que se encontraba en Rosario. Se presentó Villa y firmó para desconocer al gobierno espurio de Huerta y así fue la cosa.

Pregunta: ¿Cómo se fue realizando la campaña propiamente de Villa en el lapso desde que Carranza se levanta hasta que entra a la ciudad de México?

NFC: Mire usted, el general Francisco Villa dominó la situación durante toda la campaña. Había limpiado desde Ciudad Juárez, todo Chihuahua, Durango y Coahuila, y ya habiendo dominado todo se trajo a don Venustiano Carranza y lo puso en el gobierno de Coahuila. El señor Carranza provocó una entrevista entre el general Villa y un general Scott en el puente internacional. Yo fui acompañando a Villa con la mitad de los hombres más o menos, pero eso solamente fue un pretexto de Carranza para alejar a Villa de Torreón, porque durante la ausencia del general Villa, Carranza pasó a Durango y le mandó a hablar a Pánfilo Natera a Zacatecas y a los hermanos Arrieta para completar entre las dos divisiones 8000 hombres sin gran cosa de parque y sin artillería. Su idea era la de ocupar Zacatecas e impedir que Villa avanzara más. La plaza de Zacatecas estaba ocupada por un general Medina Barrón con 18000 hombres y tenía bastantes cañones y ametralladoras. Pánfilo Natera y los Arrieta atacaron, pero fueron rechazados sufriendo bastantes bajas, por lo que tuvieron que retirarse. Como usted sabe, la ciudad de Zacatecas se encuentra en el pozo de unos cerros. Al conocer Carranza la derrota de las tropas de Natera y los Arrieta, le ordenó a Villa, que ya se encontraba en Saltillo, que mandara al general J. Isabel Robles con 10000 hombres y que le diera los 60 cañones que tenía, a lo que Villa contestó que no podía mandar a J. Isabel Robles porque se encontraba herido de un brazo y de una pierna. Nuevamente Carranza ordenó en esta vez que fuera Tomás Urbina, pero éste dijo:

—Hombre, dígame usted a Carranza que yo no puedo tomar ese mando, porque me expongo a que me pase lo mismo que a Natera y a lo mejor nos quitan la artillería que tantos sacrificios nos ha costado hacernos de ella, yo no voy, ¡rotundamente me niego a ir!

Todos los jefes con mando de tropa nos encontrábamos en un hotel y ahí llegó la orden de Carranza diciendo: “Que vaya Maclovio Herre-

ra". Maclovio Herrera era sordo y cuando empezaron a hablar por la hebra, seguramente se enojó porque dijo que Carranza era un "hijo de una mala madre", por no decir tal como se dice de la madre. Entonces Carranza dijo: "Que vaya pues Villa, pero han de saber que viene un tren cargado de parque para la División del Norte, ya viene de Tampico y no lo voy a dejar pasar; tampoco cuenten con el carbón de las minas de Rosita, Coahuila; a ver si puede ir Villa con toda su División". Inmediatamente Pancho convocó a una junta de generales allí mismo, entre los que se encontraba Felipe Ángeles. Habló con todos los jefes que tenían mando de tropa y ellos le contestaron que fuera él quien nombrara a los que iban a ir a ponerle sitio a Zacatecas, a lo que Villa respondió:

—Que vayan el general Ángeles y Tomás Urbina y que se lleven todas las tropas.

Urbina preguntó:

—¿Con qué carbón vamos a mover las máquinas?

—Con leña las movemos —dijo Villa. Y empezaron a traer leña de todas partes.

Villa se quedó en Saltillo con todos los Dorados, mientras que el general Ángeles y Tomás Urbina echaron a caminar las máquinas con leña y se trasladaron a Zacatecas con toda la tropa y le pusieron sitio.

El general Barrón del ejército federal tenía dominado un cerro llamado La Bufa, así como el Cerro del Grillo que está al norte de La Bufa. En ese Cerro del Grillo tenían 4 cañones y 10 ametralladoras, lo cual impedía los movimientos de Urbina y Ángeles. Avisaron por telégrafo a Villa que ya tenían puesto el sitio y entonces éste se arrancó de aquí con todos los Dorados y a su retaguardia traía al general Chao con 5000 hombres de Chihuahua. Llegamos a una estación que se llama Calera y ahí desembarcamos; ya estaban esperándonos Tomás Urbina y Felipe Ángeles. Entonces esa misma noche el general Villa ordenó que saliéramos junto con 25 hombres, el general Ángeles, Urbina y su servidor, a fin de reconocer los alrededores de Zacatecas para ver dónde estaba la clave. Vio el general Villa cómo estaba todo y nos dijo:

—Que comience el fuego a las 6 de la mañana, la parte del Cerro del Padre me la dejan a mí. —El Cerro del Grillo era el sostén de La Bufa.

Entonces me dijo el general Villa que bajara con mis hombres a una quebradita que hay allí, con Rosalío Hernández y su gente a mi derecha. En eso llegó el general Ángeles y le dijo a Villa que le habían desmontado dos cañones, pero que ya había escondido la artillería en donde no la viera el enemigo. Medina Barrón estaba bombardeando desde Zacatecas, pero no sabía dónde estaba la artillería del general Ángeles.

—Nos falta nada más quién va a tomar el Cerro del Grillo —dijo Villa y luego agregó—: ¡Lo va a tomar aquí el coronel Nicolás Fernández con los Dorados! ¿Quién es el segundo de él? —replicó Villa; alguien le contestó:

—Rodolfo Fierro y José Ruiz Núñez.

—¡Muy bien!

Luego Villa me habló y me dijo:

—Póngase usted a las órdenes del general Ángeles.

Así lo hice y entonces Ángeles me dijo:

—Mire, coronel, cuando yo dé el primer cañonazo usted pone el pie en el estribo; al segundo usted se monta y al tercero usted se arranca a todo lo que corran sus caballos sin hacer caso del que muera. A su derecha va a ir Rosalío Hernández, porque si usted no toma el cerro lo toma él.

Y así fue, señor. Cuando escuché el último cañonazo, salí a todo galope con mi gente hasta los fortines de los federales que eran cercados de piedras con tierra. Dominé la situación y puse la bandera de los Dorados. Al ver eso, el general Ángeles empezó a disparar contra el cerro de La Bufa y me dijo:

—Como a 1 000 metros dentro de Zacatecas hay una bandera blanca, nomás llegue hasta ahí y ordene a Rosalío Hernández que levante el campo del Cerro del Grillo.

Así lo hice cuando vi que bombardeaban el cerro de La Bufa y la misma ciudad de Zacatecas, le entregué a don Rosalío el Cerro del Grillo y me dejé ir para adentro. Bajamos a una casa muy grande, como bodega, muy alta, de pura cantera. En ese lugar los federales habían enterrado unas minas porque creían que nos íbamos a meter allí y creo que por eso mandó poner el general Ángeles esa bandera blan-

ca, para que no me metiera, pero tuve que entrar para sacar de ahí a nuestra gente que ya había entrado y la eché para afuera. Apenas nos habíamos retirado tres cuadras cuando estallaron las minas y mataron a los que todavía quedaban ahí, tanto soldados federales como gente pacífica.

A Urbina le tocó la parte del sur, o sea la Hacienda de Guadalupe, y le ahorcó las ametralladoras a Medina Barrón en el arroyo de Guadalupe. Ese arroyo de Zacatecas a Guadalupe tiene una extensión de unos cinco kilómetros. En el arroyo no corría agua, ¡corría sangre, señor! De ahí salió Argumedo con sólo 50 hombres, Marcelo Caraveo con 12 y Pascual Orozco con 2; a Medina Barrón le mataron el caballo y salió huyendo herido. Un minero adelante de Guadalupe, Zacatecas, lo escondió en una mina y ahí se favoreció. Entonces ya Argumedo se fue hasta México junto con Caraveo y se presentaron al gobierno de la Convención que ya estaba en Cuernavaca y los admitieron, mientras que Pascual Orozco dio media vuelta, pero en Parras de la Fuente le quitaron los caballos y se tuvo que ir a pie desde aquí hasta los Estados Unidos. Ahí se acabó Pascual Orozco. Esa fue cosa de Villa a las órdenes de don Venustiano Carranza.

CARRANZA FRENA A VILLA

Pregunta: Y ya después de la toma de Zacatecas, ¿qué hizo Villa?

NFC: Carranza le ordenó a Villa que no avanzara más. Entonces Villa regresó sus tropas a Chihuahua. A Maclovio Herrera lo mandó, con 2000 hombres que traía, a Parral de donde era Maclovio y Villa se quedó solamente con los Dorados y con 1000 hombres más en Guadalupe, Zacatecas, y a los demás les ordenó se fueran a Chihuahua. Cuando estábamos peleando en Zacatecas, Villa pidió que le mandaran a las tropas de Obregón en su auxilio desde Sonora, pero Obregón no quiso venir, se anduvo entreteniendo por Sonora y Sinaloa y no llegó a la pelea de Zacatecas. Mientras esto sucedía, Carranza ordenó a don Pablo González que avanzara por Monterrey a tomar México y

al general Obregón lo mandó por Guadalajara. Para cuando llegaron ellos ahí ya no había enemigo al frente.

Luis Gutiérrez andaba con Carranza y su hermano Eulalio estaba en la Convención de Aguascalientes. En dicha Convención, Eulalio Gutiérrez le ganó por dos puntos a Obregón y fue nombrado presidente provisional para hacer las elecciones, cosa que fue aceptada por don Venustiano Carranza. A estas convenciones vinieron todos los jefes del general Villa, así como todos los jefes de don Emiliano Zapata, pero Carranza no quiso ir, sino que mandó en su representación al general Obregón, mismo que firmó la bandera en nombre de don Venustiano. También los zapatistas y villistas firmaron esa bandera que creo que la tiene uno que fue gobernador de Michoacán y que se llama Gildardo Magaña.

PROPÓSITOS DE LA CONVENCIÓN DE AGUASCALIENTES

Pregunta: Señor general, ¿y con qué propósito se reunió la Convención de Aguascalientes?, ¿cuál era su fin?

NFC: El único propósito era nombrar un gobierno provisional para después convocar a elecciones. Ese fue el acuerdo de la Convención, pero don Venustiano no lo aceptó y por eso no quiso presentarse, sino que mandó a Obregón. Carranza quería ser el jefe y lo logró. Cuando la División del Norte de Villa y la División del Sur de Emiliano Zapata avanzaron sobre México, Carranza salió para Veracruz con 14000 hombres al mando de don Pablo González y se llevó también a todo el gobierno.

Pregunta: Durante la Convención de Aguascalientes prevaleció la fuerza villista, porque creo que Villa llegó hasta Aguascalientes, ¿verdad?

NFC: No, señor, las tropas no avanzaron, sólo se vino Villa con su escolta. A las tropas las dejó por acá (Torreón) y las demás estaban en Parral con Maclovio Herrera.



Francisco Villa asistió a la Soberana Convención Revolucionaria en Aguascalientes. La asamblea decidió destituir a Villa y a Carranza de sus cargos. Villa aceptó, pero Carranza no. Francisco Villa firma la bandera convencionista. 19 de octubre de 1914.

© (655735) SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.

Pregunta: ¿El general Eulalio Gutiérrez ya tenía nexos con el general Villa?

NFC: Sí, señor, ya los tenía.

Pregunta: ¿Quiénes iban por la delegación villista a la Convención de Aguascalientes?

NFC: La delegación la presidía el general Roque González Garza. Luis Gutiérrez, hermano de Eulalio, se quedó con Carranza en Veracruz. Entonces don Venustiano nombró a Obregón, por lo que Villa puso a Eulalio Gutiérrez y como le dije antes, sólo por dos puntos le ganó Eulalio Gutiérrez a Obregón para ser presidente provisional.

MI GENERAL VILLA ME ENCOMIENDA UNA COMISIÓN

Pregunta: ¿Ya después de haber sido nombrado por la Convención de Aguascalientes presidente provisional, Eulalio Gutiérrez nombra al general Francisco Villa Jefe del ejército revolucionario, es decir, descansó su supervivencia en las fuerzas de Villa?

NFC: Sí, señor, después de eso ya nos regresamos a Chihuahua todos, pero entonces siguieron provocando el asunto. Eulalio Gutiérrez le avisa al general Villa que no tiene dinero con qué sostener el gobierno de la Convención y que don Venustiano no les ayuda con nada. Entonces Villa le contestó: “No se desespere, voy a ver cómo le hago para ayudarlo”.

Nos encontrábamos en Guadalupe, Zacatecas, y le habían denunciado al general Villa que unos señores millonarios de Zacatecas se habían pelado para México y recordando eso me mandó llamar. Ahí también se encontraba Luis Aguirre Benavides, así es que estábamos sólo los tres. Entonces el general Villa me dijo:

—Mire, se me va usted a México a traerse unos individuos que son de Zacatecas, son hacendados, ganaderos y mineros, son muy ricos; también se trae a los dueños de las talabarterías más grandes de México y a otros que venden colambres de Oaxaca.

Cuando escuché sus instrucciones le respondí:

—Oiga mi general, no quisiera contradecirle, pero yo no me creo capaz de desarrollar esa comisión, aquí tiene usted hombres muy preparados, diplomados, porque esa comisión es muy delicada y para mí es muy dura —a lo que Villa repuso:

—¡Esos hombres muy preparados, diplomados y todo lo que usted quiera, no cumplen con lo que yo ordeno y usted sí cumple, así es que se va a desempeñar esa comisión!

—Deme usted 15 días o un mes para pensar un plan —le dije.

—¡No, señor, le doy sólo 10 días para que lo piense usted y me venga a resolver!

Yo no hallaba qué hacer. Al fin desarrollé mi cabeza y me presenté con él, que al verme preguntó:

—¿Ya viene listo?

—¡Sí, señor! —le respondí.

—¿Qué se le ofrece? —me dijo.

—¡Quiero que me dé dos millones de pesos!

—¿Tanto dinero?

—Sí, señor, voy a comprar ganado en las haciendas de esos señores García para llevarlo a México; también quiero que me dé una carta sin que mencione el grado que tengo, solamente mi nombre y que diga que soy un introductor de ganado para que no carezca México de carne. Así les podré pedir a los administradores de las haciendas que me den una carta para su patrón y el día que agarre a uno, los tengo que agarrar a todos al mismo tiempo.

Entonces el general me dio una carta para el cónsul español que había en la ciudad de México y que se llamaba don Ángel del Caso; también me dio otra para don Eulalio Gutiérrez y una última para José Isabel Robles, que era el Ministro de la Guerra. Al llegar a México, inmediatamente vendí el ganado y me fui a visitar primero a don Eulalio Gutiérrez, quien al verme me dijo que no le fuera a pedir dinero porque no lo tenía. Yo le contesté:

—No, señor; no lo necesito, yo traigo.

—¿Y cómo se hizo de dinero? —me preguntó.

—¿Recuerda usted que le puse un mensaje informándole que traía 10 000 novillos y 10 000 carneros para la población de aquí de México? Pues ya los vendí y con eso me sostengo.

Toda esta conversación fue escuchada por J. Isabel Robles, quien fue el que me introdujo con el presidente Eulalio Gutiérrez, quien me preguntó:

—Muy bien, ¿y en dónde se aloja usted?

—Todavía no lo sé, voy a ver en dónde me hospedo.

Yo salí junto con J. Isabel Robles que fue a encaminarme a la puerta y en el camino me dijo:

—Oiga usted, compañero —nos tratábamos de compañeros—, ¿puedo saber cuál es la comisión que trae usted de mi general Villa?

—Claro que sí, compañero, pero ahorita no se la digo, sino hasta que esté cumplida. ¿Qué le parece? Entonces usted será el primero en saberla —le contesté.

—¡Está bien! —me dijo.

Yo llevaba 30 hombres todos vestidos de civil y los rifles los llevábamos escondidos en unos costales adentro de un carro. Luego me fui a las casas de los señores que me había nombrado mi general Villa y procuré hacer dos mancuernas con mis hombres para que fueran conociendo las casas de cada quién para dar el golpe el mismo día.

Uno de esos señores era sobrino de los hermanos García, se llamaba don Jesús, pero le decían Jesusito; apenas tenía ocho días de casado, así es que andaba en plena luna de miel. Este señor era un hombre muy rico, pero su esposa lo era más que él. A este señor lo dejé al último. Don Jesusito tenía cinco hombres armados hasta los dientes ahí en su casa, así es que cuando llegué ahí y soné el timbre salió el jefe de ellos con carrilleras puestas y rifle.

—¿Don Jesusito García? —le pregunté.

—¿Qué se le ofrecía a usted, señor?

—¡Mire, vengo de su hacienda y traigo esta carta, pero tengo que entregársela a él personalmente!

—Yo se la llevo —me dijo.

—¡No, señor, hágame favor de avisarle porque la tiene que recibir personalmente!

Entonces este hombre descolgó el teléfono que tenía en la puerta y le avisó a don Jesusito. Luego ordenó que me pasaran; le entregué la carta, la abrió y la leyó. Cuando terminó dijo:

—Muy bien, estoy a sus órdenes. —Yo les pagué a los administradores de las dos haciendas 280 000 pesos por el ganado que compré y en esa carta le rendían parte de que yo me había portado muy bien, que les habíamos dado garantías y mostrado un salvoconducto de que era introductor de ganado—. Yo le puedo vender a usted todo el ganado que tengo para que lo traiga a México.

—¡Y yo se lo compro! —repuse—. ¿Cuánto dinero quiere usted que le deposite?

—Ni un centavo, con esa carta tengo yo, con el informe que me rinde mi administrador estamos bien.

Entonces le habló a su capataz y le dijo:

—Mira, cuando venga el señor Fernández, se me retiran de aquí y se me van al fondo de la casa.

Así es que al otro día que me presenté, el capataz me abrió la puerta y se fue junto con los otros cuatro hombres al fondo de la casa. Ya había yo puesto de acuerdo al capitán Mora para que llevara un coche a la puerta y le advertí:

—Mire capitán, cuando yo le diga manos arriba a don Jesús, usted cierra inmediatamente la puerta y saca su pistola 45 por si ellos nos quieren atacar tengamos con qué defendernos.

Don Jesús venía bajando la escalera y me di cuenta que traía una pistolita en el cinturón, su señora venía tras él en bata. Entonces me fui arrimando para cortarle una posible salida y poniéndole la pistola en el pecho le dije a don Jesús:

—¡Manos arriba! —Y lo desarmé. La señora empezó a llorar y me preguntaba que por qué lo secuestrábamos—. Señorita —le dije—, mejor vaya a ponerse ropa para que acompañe a su esposo y así sepa dónde está; esto no es un secuestro, es una orden de vida o muerte para mí, del general Francisco Villa.

Subió la señora a ponerse su traje, cuando oí ruido de movimiento en la parte trasera de la casa, seguramente de los hombres que custodiaban a don Jesusito, por lo que le grité a Mora:

—¡Ya nos van a atacar éstos, ya se dieron cuenta!

Corté el teléfono y rápidamente saqué a don Jesusito y a su señora, los subí al coche y me los llevé. Cuando llegué a la casa que me había prestado don Ángel del Caso, ya mis hombres estaban peleando con los agentes de Mateo Almanza que era el Inspector de la Policía. Todos mis soldados se fortificaron en los pilares mientras que a la gente la teníamos abajo en unos subterráneos. El único que faltaba era don Jesusito, porque a todos los agarramos el mismo día. Viendo la pelea, ya no pude entrar a la casa y entonces me metí al consulado y le pedí permiso al cónsul español que me permitiera su teléfono. Me comuniqué con J. Isabel Robles y le dije:

—En estos momentos me está atacando Mateo Almanza, ya hay muchos muertos y heridos de la policía y mi general Villa no tarda en llegar.

—¿Pues cómo le avisó usted? —me preguntó.

—¡Pues bien, nosotros tenemos una clave! —Yo le puse un telegrama a Villa, donde se encontrara, diciéndole: “Los pájaros están en la jaula y estoy corriendo peligro”, y como ese telegrama lo había mandado un día antes, ya el general Villa venía entrando a México—. Y mi general Villa no dilata ni una hora, ¡así es que usted sabe!

J. Isabel Robles se presentó inmediatamente y ordenó que levantaran los muertos y barrieran todo aquello. Entonces Almanza preguntó:

—¿Y qué hacemos con los balazos que están en las paredes? —a lo que le contesté:

—¡Villa no viene a ver los balazos que están en las paredes, él viene a lo que viene! —Y lo hice a un lado.

Al ratito llegó Villa. Yo ya tenía a la familia de don Jesusito, a la que mandé traer con muchas atenciones.

—Oiga, mi general —me dijo la esposa de don Jesusito—, yo quisiera que el general Villa recibiera primero a mi esposo para que me lo entregue. Le voy a dar al general Villa dos millones por mi cuenta y otros dos millones por cuenta de mi marido, y a usted le voy a regalar un millón.

—¡Ni soy general, ni me regale ningún millón! Esto lo arregla usted con el general Villa, ¡voy a consultárselo!

Subí y le informé a Villa.

—¡Tráigalos! —dijo. Ya los subí a los dos y le señalé a la señora:

—Mire, aquí tiene usted al general Francisco Villa.

—¡Mi general, entrégueme usted a mi marido!

—Pues ahí lo tiene, ¿qué no está con usted?

—¡No es eso, mi general! Quiero ofrecerle cuatro millones de pesos en oro, dos por mi marido y dos por mi parte, para que nos deje libres y nos dé garantías y también le voy a regalar aquí a su general un millón de pesos. Él sabe si los recibe o no.

Entonces Villa me ordenó:

—Póngale una escolta de 25 hombres para que nadie le toque su casa. —Y así lo hice. Cada uno dio dos millones de pesos oro nacional. Así sacamos 30 millones de pesos. Después Villa mandó llamar a Aguirre Benavides y le indicó:

—Vaya usted y haga un oficio al Presidente de la República y le entrega 20 millones de pesos. Le dice también que me dejé 10 millones para el sostenimiento de mis tropas.

Aguirre Benavides hizo la carta y entregó el dinero. Yo fui con él en el coche a entregar los 20 millones de pesos a don Eulalio Gutiérrez.

Con Eulalio Gutiérrez, J. Isabel Robles, Benavides y Mateo Almanza ya tenían pensado voltearse, desconociendo al gobierno de Carranza y a la División del Norte y llevándose los 20 millones de pesos se salieron de la ciudad de México con cerca de 20 000 hombres. En México sólo quedó Manuel Medinaveytia con unas cuantas tropas. Al enterarse Villa de la traición, mandó a un general Manuel Banda con tropas y les cortaron la retirada en San Felipe Torresmochas. Don Eulalio era un hombre muy jugado y listo; iba en un coche de caballos junto con Mateo Almanza. Entonces ordenó que se desviarán hacia Concepción del Oro; ahí pelearon y mataron al tal Almanza, pero Eulalio se fue. J. Isabel Robles, Benavides y otros se llevaron el dinero en un atajito de caballos y se fueron a San Luis Potosí; llegaron, y el Jefe de Operaciones les dio un salvoconducto. Salieron hacia Matamoros, en donde se encontraba un general Nafarrate y éste, seguramente avisado por el Jefe de Operaciones de San Luis Potosí que ahí le iban esos señores, salió con tropas a esperarlos en el camino. En esa época todavía no ha-

bía labores, era pura montaña el camino a Matamoros. J. Isabel Robles, que era un hombre muy de campo, vio venir a lo lejos un chorrillo de polvo. Como hombre conocedor se dio cuenta que eran tropas, pero no les dijo nada a sus compañeros, sólo pidió que pararan el coche para internarse un momento en el monte que estaba muy cerrado y se fue mientras que a Aguirre Benavides y al otro los agarraron, les quitaron el dinero y los fusilaron. Esa fue la historia.

VILLA Y ZAPATA

Pregunta: ¿Y cómo entraron en contacto Francisco Villa y Emiliano Zapata?

NFC: Mire usted, ellos entraron en contacto y se convencieron por cartas, porque mientras Zapata repartía tierras en el estado de Morelos, Villa las repartía acá en el norte. Cuando se reunieron las dos divisiones, la del sur y la del norte, en Xochimilco, nada más 40 hombres fuimos acompañando a mi general Villa cuando fue a recibir a Zapata. Ahí fue donde se conocieron bien y quedaron de entrar juntos a la ciudad de México. La mujer de Zapata le ofreció una comida de puro mole al general Villa y a todos los que llegamos con él. En esa comida platicaron y se pusieron de acuerdo para que al otro día a las 6 de la mañana comenzaran a entrar a la ciudad de México. Don Venustiano al enterarse de esto inmediatamente se fue a Veracruz.

Pregunta: Señor general, ¿recuerda algunas anécdotas que pinten a Francisco Villa como revolucionario justiciero y de leyenda?

NFC: Bueno, cuando Pancho Villa comenzó las peleas aquí en Torreón, le pidió al cónsul español que le prestara cinco millones de dólares, pero el cónsul se negó rotundamente alegando que no tenía dinero; se hicieron de palabras, entonces Villa, viendo que el cónsul estaba muy aferrado a no dar nada le dijo:

—Bueno, ya que usted no quiere prestarme los cinco millones de dólares, quiero que sepa que ya di órdenes a mis tropas para que fusilen a todos los españoles que encuentren fuera de la ciudad, así es que me trae usted a toda la colonia española aquí a la plaza principal en el

entendimiento de que todos los españoles que no se presenten a esta cita serán fusilados de inmediato.

Pues juntaron a toda la colonia española y al cónsul. A los hombres de más dinero los subieron al kiosco junto con Villa. A un lado del kiosco estaba yo a caballo en espera de sus órdenes: antes mandó bloquear con los Dorados todas las calles que daban al jardín para que no se saliera nadie. Toda persona que entraba ya no salía. Entonces Villa siguió insistiéndole al cónsul sobre el dinero, pero éste se siguió negando.

Entonces varios de los españoles más ricos dijeron: “Mire, señor cónsul, vamos pidiéndole una tregua de ocho días al general Villa mientras vendemos todas las pacas de algodón que tenemos y le damos los cinco millones de dólares; no nos exponga usted a cosas más duras”.

—¡No daremos nada! —contestó el cónsul.

Entonces Villa, levantando la cabeza me dijo:

—Háblele a Fierro.

Le hablé y de inmediato le ordenó a Fierro:

—Vaya usted y ponga 25 carros caja por cada máquina y tú —me dijo— te llevas a esta gente y la embarcas en los carros caja.

Hubo españoles que protestaron diciendo que no eran cerdos para que los llevaran amontonados en carros cajas, a lo que Villa contestó:

—Bueno, Nicolás, los que no quepan los fusilas.

¡Sobraron carros, señor! Así fue como Villa expulsó a los españoles a Estados Unidos; Rodolfo Fierro se encargó de llevarlos. A los dos días se presentaron con Villa los señores Jesús y Rodolfo Pamanes, Félix y Doroteo Ramírez y otros, que no recuerdo cómo se llamaban y que se hicieron ricos ahí; estos señores le preguntaron a Villa lo que hacían con las haciendas que habían quedado abandonadas y Villa les respondió:

—¿Quiénes son ustedes y qué necesitan?

“Yo era rayador de tantos ranchos”, dijo uno. “Yo era tenedor de libros de tantos”, y así le fueron informando. Entonces Villa les dijo:

—Tráiganme la cuenta de las pacas de algodón que hay en cada despepite. ¿Cuántos días necesitan para hacerlo?

—¡Dos días!

El general Villa pidió una conferencia telefónica con su agente confidencial en El Paso, que era don Lázaro de la Garza y le dijo: “Necesito 10 millones de dólares y tengo tantas pacas de algodón para pagarlos”. “¡Muy bien, mi general, haré los tratos correspondientes!”. Los gringos aceptaron y mandaron los 10 millones de dólares. Entonces Villa mandó ocho trenes con algodón a El Paso y sobró algodón: llamó a los agricultores y les dijo:

—Aquí tienen cinco millones de dólares para que trabajen las tierras y comiencen a repartirlas inmediatamente, desde este momento ya no habrá peones.

Después de esto, Villa le mandó hablar al ingeniero Allen que se encontraba en Lerdo, Durango, y le dijo: “Aquí tiene usted tanto dinero —no recuerdo la cantidad— para que haga un puente sobre el río Nazas y también aquí tiene tanto más para que pague a los profesores”. Villa puso la primera piedra del puente, echó la primera cucharada de pavimento en la ciudad y colocó también la primera piedra para edificar un mercado (Mercado “Francisco Villa” que todavía existe). El ingeniero Allen era de don Porfirio Díaz: hizo el puente, nada más que como era de madera se lo llevó el río. Después ya se pusieron de acuerdo los gobiernos de Durango y Coahuila y lo hicieron de hierro.

Pregunta: Y cuando Villa entró a la ciudad de México junto con Zapata, ¿qué hicieron?

NFC: Ahí están, mire (me señaló una fotografía). Villa sentado en la silla presidencial; mire, este hombre es Emiliano Zapata y este otro su hermano Eufemio.

Pregunta: Pero en ese periodo, ¿recuerda alguna de las actividades de Villa?

NFC: Sí, señor, sí recuerdo. Villa era el jefe que había en esos momentos en la nación; puso en orden a los zapatistas que eran muy desordenados y les daba dinero a manos llenas para que no hicieran destrozos. Entonces se presentó un general Rafael Buelna, el más joven de los generales villistas. Uno que le decíamos “el Agachado”, Juan Banderas, era un hombre muy grandote y Buelna era un muchachito muy joven, a quien atropelló Banderas, y si no lo mató fue por respeto

al general Villa. Entonces Buelna fue a quejarse con el general Villa y él mandó traer a Banderas. Me dijo:

—Lo va a matar Banderas.

—O me mata —dije yo— o nos matamos.

¡No! ¡Ni las manos metió! Me llevé unos cuatro o cinco de los Dorados que traía, le atravesé los carros y lo rodeé, y ya para cuando quiso hacer uso de las armas, ya encima tenía las mías; me lo llevé y sólo así los convenció Villa, los hizo que se dieran un abrazo y ya no hubo pleito.

Pregunta: ¿Cuánto tiempo estuvo Villa en México?

NFC: Pues la verdad es que no tengo presente, pero sí duró algún tiempo.

Pregunta: ¿Y cómo fue la recepción del pueblo de México, a Villa y a Zapata, cuando entraron?

NFC: ¡Si usted lo hubiera visto, señor! Yo iba a la retaguardia de ellos, cuando iban en el desfile. Zapata usaba sombrero muy grande que la gente le llenaba de coronas y ramos de flores, el sombrero se le caía y yo se lo levantaba, lo sacudía y se lo daba; por todo el trayecto los balcones estaban cubiertos de flores, fue un gran recibimiento el que el pueblo le hizo a esa División. Don Eulalio estaba en Palacio Nacional y ahí nos recibió. Villa, Zapata y algunos jefes más salieron al balcón a presidir el desfile.

El pueblo se entregó y para nosotros fue una gran satisfacción que premiaran así nuestra lucha revolucionaria; sentimos una gran responsabilidad, por eso hasta el último hemos peleado por los ideales de la Revolución, a la que tanto sirvió el general Villa.

EL TRIÁNGULO: CARRANZA, OBREGÓN Y VILLA

Pregunta: ¿Y qué papel jugó el general Obregón en las relaciones entre don Venustiano Carranza y Francisco Villa?

NFC: El general Obregón fue comisionado por el señor Carranza para que fuera a ver a Villa y junto con él visitaran a Maytorena que era



El 4 de diciembre de 1914, Francisco Villa y Emiliano Zapata se reunieron en Xochimilco para firmar un pacto de colaboración entre ambas fuerzas. Dos días después, el 6, ambos ejércitos entraron triunfantes a la capital.

© (655733) SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.

el gobernador de Sonora y al general Calles, que era Jefe de Operaciones del estado. Obregón temía que, subiendo Villa, cayera de la gracia de Carranza y aprovechó la oportunidad para malinformar a Villa con Calles y con Maytorena y los puso de punta en contra de Villa. Obregón regresó a México a informar a Carranza y le dijo que los había recibido Maytorena y que todo había quedado arreglado. Entonces Carranza le dijo: “Vaya usted con esta carta y la entrega al general Villa para que le permita pasar revista a sus tropas en Chihuahua”. Villa lo recibió de buena fe; fue a esperarlo a la estación —el general Manuel Chao era el gobernador de Chihuahua—; lo llevó a Palacio y anduvo enseñándole, a Obregón, todos los elementos que tenía, que eran más de 60 000 hombres de las tres armas. Las tropas se encontraban vestidas como el mejor soldado americano. Entonces lo pasó a Saltillo, Chihuahua, Coahuila y Durango, que ya estaban limpios de enemigos.

A su regreso a la ciudad de México, Obregón se presentó con Carranza y le informó que Villa tenía más de 70 000 hombres perfectamente armados, con muy buena artillería y con unas infanterías muy bien vestidas; además, que todo el mundo en Chihuahua consideraba ya Presidente de la República a Villa y que ya no mencionaban a don Venustiano ni a los demás. Don Venustiano se lo creyó todo, pero no fue más que una mala interpretación; Obregón sugestionó a don Venustiano. Eso que hizo Obregón es imperdonable en todo el mundo.

Pregunta: ¿Fue cuando Villa estuvo a punto de fusilar a Obregón?

NFC: Sí, señor, fue cuando Villa quiso fusilar a Obregón. Después del informe que Obregón rindió a don Venustiano, volvió otra vez a Chihuahua. Ya Villa estaba enterado de su actitud y en cuanto éste llegó, lo mandó desarmar y lo puso preso; luego me ordenó que trajera una escolta y que lo llevara a fusilar. Todos los hombres de Sonora que estaban en la División del Norte con Villa decían: “Si no fusilas a este hombre nos va a traicionar, nos está traicionando”. Pues ya le digo, me dieron la orden y me lo entregaron para fusilarlo. En eso llegaron Roque González Garza, don Evaristo Madero y otros abogando por Obregón para que no se le fusilara; que era esto y que era el otro y que se pondrían muy duras las cosas si lo fusilaba. Si Villa no les hubiera hecho caso no sucede nada, lo fusilan y se acabó

la historia, porque lo que estaba haciendo Obregón era traicionar a Villa para que no subiera más. El general Villa nombró una comisión presidida por Roque González Garza para que llevara a México a Obregón. Salió Roque González Garza llevando a Obregón en un tren y nuevamente se arrepiente el general Villa, le pone un telegrama a Tomás Urbina, que se encontraba en Gómez Palacio, Durango, ordenándole que aprehenda a Obregón a su paso por esa ciudad, que lo baje del tren y que lo fusile, pero el telegrama cayó en manos de Roque González, el cual lo ocultó y hasta que el tren salió de Coahuila se lo dio a Urbina, pero ya no había remedio. Así fue como Roque González Garza llevó a Obregón hasta México; ellos tuvieron la culpa, porque si fusilan a Obregón no vuelve a haber otro balazo, y así estuvo esa historia.

Pregunta: ¿Y Obregón se enteró del telegrama?

NFC: Sí, cómo no; se lo presentó Roque González Garza.

Pregunta: ¿Villa tenía realmente influencia sobre los tres presidentes surgidos de la Convención?

NFC: Sí, señor, sí tenía influencia, lo querían mucho, pero él no ambicionaba nada; Villa decía: “Yo quiero nada más que sea un gobierno constituido, que el pueblo lo nombre, retirarme y que me dejen trabajar; ya buscaré la manera de comprar una hacienda para ponerme a trabajar con mi gente y nos quitamos de líos, ¿qué voy a hacer de Presidente de la República, ni de Jefe de la Defensa Nacional, si no sé ni cómo me llamo? En la guerra estoy listo para defender al gobierno constituido que haya, para lo demás yo no puedo”.

VILLA FRENTE A OBREGÓN EN CELAYA. CARRANZA EN VERACRUZ

Pregunta: Señor general, ya después, estando Carranza en Veracruz procuró la reorganización del Ejército Constitucionalista bajo la jefatura del general Obregón, para nuevamente avanzar sobre la ciudad de México. Esta campaña culminó con esa serie de batallas que se inician

en Celaya, Guanajuato. ¿Recuerda cómo y en qué condiciones se llevaron a cabo?

NFC: Ese episodio fue de esta manera: cuando las tropas de Carranza entraron a la ciudad de México, Carranza nombró Ministro de la Guerra al general Obregón. Entonces citaron a una Convención para nombrar Presidente de la República, pero Carranza no quiso aceptar, él pretendía que un tal Bonillas fuera el presidente pero el pueblo no lo quería y ahí empezaron las diferencias; total que nos picaron la cresta, señor, y que nos vamos a la pelea. Entonces avanzamos con nuestras tropas a pelear contra Carranza. Las tropas de don Venustiano venían al mando de Obregón. Si no nos hubiera fallado el parque, Obregón no gana la guerra. En la primera pelea fue donde surgió Fierro ya como general y le dieron tropas a su mando, porque era un tigre. Entonces el general Ángeles atinó unos cañonazos en un lugar que creo que se llama Santa Ana Acatlán y le mocharon el brazo a Obregón; ya estaba perdido, nada más que las tropas de los yaquis atacaron con un empuje tal, que ganaron la pelea. El último parque que nos vino de Nueva York y que eran 20 millones de cartuchos, fue detenido por don Venustiano Carranza y no lo dejó pasar; ya no hubo parque para nosotros. Entonces don Venustiano Carranza formó sus caballerías al mando de don Cesáreo Castro, por lo que Villa mandó al general Jesús Cántora con 12 000 hombres a atacarlo; entonces Cántora le rinde parte a Villa de que el enemigo que viene es muy poderoso y que son de 15 a 18 000 hombres al mando de don Cesáreo Castro; Villa le mandó al general Agustín Estrada, del Distrito de Guerrero, con 3 000 hombres; rechazaron a las tropas de don Cesáreo Castro y Cántora vio polvaredas por otros rumbos y abandonó su línea de fuego, se fue y dejó a Agustín Estrada solamente con sus 3 000 hombres y le acabaron la gente y hasta Estrada murió ahí. Yo rechacé a don Cesáreo Castro como unos 15 o 20 minutos y saqué a Agustín Estrada ya herido grave; lo llevé a la Estación del Guaje, llegando muerto, y de allí lo enviaron hasta Guerrero para que le dieran sepultura; eso fue lo peor, señor, por Cántora abandonó su línea de fuego en el flanco de la derecha.

Pregunta: ¿Cuáles fueron los generales más sobresalientes con Villa al iniciarse las batallas de Celaya?

NFC: Pues mire usted, iba José Rodríguez como jefe de las caba-
llerías. Tomás Urbina era el segundo de Villa, Rosalío Hernández, To-
ribio Ortega,² Porfirio Ornelas, Toribio de los Santos, Felipe Ángeles,
Severino Ceniceros, Calixto Contreras, Hilario Rodríguez, Pablo Ro-
dríguez, Canuto Reyes, Julio Aviña, Orestes Pereyra, Mariano López
Ortiz, Gregorio García, Máximo García, Benito García, Juan García,
Gregorio Núñez, su servidor y cuatro o cinco de Sonora cuyos nom-
bres no recuerdo.

Pregunta: ¿Y Obregón a quiénes llevaba, general?

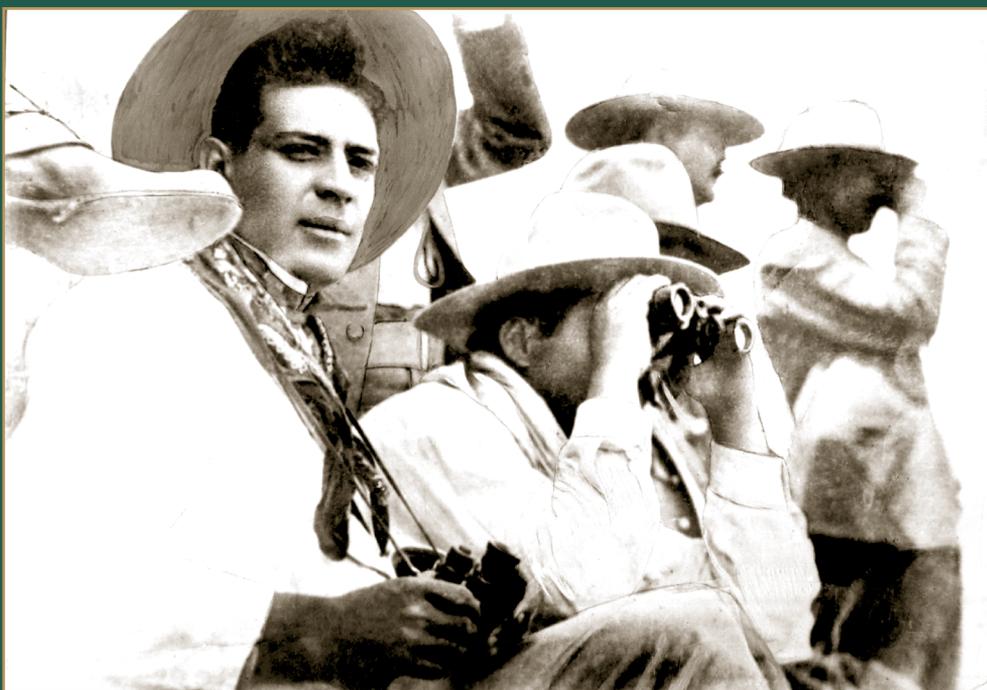
NFC: Pues yo no conocí a los jefes que llevaba Obregón.

Pregunta: ¿Manuel M. Diéguez?

NFC: ¡Ése sí que era gallo! El general Joaquín Amaro, que era de
Durango, se encontraba comisionado en Michoacán. Allá se le incorpo-
ró a Gertrudis Sánchez. Éste tuvo una conferencia telegráfica con Villa
informándole que ya no tenía ni armas ni parque, a lo que el general
Villa le dijo: “¡Venga por armas y por parque aquí!”. Vino Gertrudis
Sánchez y traía como su segundo a Joaquín Amaro. Villa me ordenó
que les entregara 10 millones de cartuchos y 5 000 rifles. Se regresaron
a Michoacán, pero llegando allá se enfermó Gertrudis Sánchez, lo que
aprovechó Amaro para irse con las armas, el parque y la tropa para
presentarse con don Venustiano Carranza. Entonces en Michoacán
quedó Jesús Cíntora, un coronel que era muy bravo, el general Chávez
García y otro que le decían “el Chivo Encantado” [Luis B. Gutiérrez];
todos esos hombres vinieron a incorporarse con nosotros, ya habían
peleado bastante en Michoacán. El general Cárdenas era federal. En
un combate fue herido y hecho prisionero³ por las tropas del general
Buelna, quien ordenó que lo curaran y lo dio libre; no quiso fusilarlo.

² Nota del editor: El general Fernández menciona a Toribio Ortega como uno de los generales más sobresalientes en las batallas de Celaya, pero había muerto un año antes, el 16 de julio de 1914.

³ Nota del editor: El general Fernández menciona que Cárdenas fue herido y hecho prisionero por las tropas del general Buelna. Eso fue durante la rebelión delahuertista, el 26 de diciembre de 1923 en Huejotitlán, cerca de Teocuitlán, Jalisco.



Entre abril y junio de 1915, la División del Norte y las fuerzas carrancistas al mando del general Álvaro Obregón se enfrentaron en cruentas batallas en el Bajío: Celaya, León y Trinidad de Guanajuato. En todas, las fuerzas villistas fueron derrotadas. Aquí Francisco Villa observa con binoculares los movimientos de sus tropas. 30 de mayo de 1915.

© (68028) SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.

Pregunta: Las batallas de Celaya continuaron hasta León, ¿cuánto tiempo anduvieron en ese tramo, general?

NFC: Desde el mes de abril hasta junio; tres meses, señor.

LOS RECURSOS ECONÓMICOS DE LA DIVISIÓN DEL NORTE

Pregunta: Es común escuchar que la División del Norte siempre anduvo bien uniformada, con magnífico armamento y siempre contó con suficientes recursos económicos para movilizarse, ¿de dónde obtenía el general Villa esos recursos económicos?

NFC: Ahora verá usted: el general Villa agarró en Chihuahua preso a don Luis Terrazas Jr. y a su hijo Guillermo Terrazas Bobadilla. Eran unos hombres muy ricos; yo había trabajado con ellos y sabía que a don Luis se le debía tratar con suavidad. Villa mandó a Rodolfo Fierro a traerlo y Fierro lo hizo, pero en el camino lo quiso asustar con quererlo matar. “¡Mátame —le decía—, desgraciado!”, jijo de aquí, jijo de allá. Como Fierro llevaba órdenes de no matarlo no le hizo nada. Entonces me dijo el general Villa:

—Oye, ¿cómo se trata a ese hombre?

—¡Con otro político! —le contesté—. Ahí tiene usted a Luis Aguirre Benavides.

—Nada pues, tráelo tú.

Me dio el carro y fui a traer a don Luis. En el camino me dice don Luis Terrazas:

—Oye, Nicolás, ¿ahora sí ya me van a fusilar?, porque me mandaron un tigre, pero conmigo se topó, porque le menté la madre y nada más se ponía como león, pero no me disparaba, me arrimaba a él para que lo hiciera y también pensé: cuando yo vea que me va a disparar le pego un trancazo.

Ese Terrazas era también muy bragado y por eso Fierro no le pudo sacar nada. Nuevamente me preguntó:

—Oye, ¿ahora sí me van a fusilar?

—¡No, señor —le dije—, lo quieren para que dé usted detalles de dónde dejó su papá el tesoro!

Al escuchar esto me dijo:

—Mire, cómo voy a saber si mi padre se llevó o dejó el tesoro; él se fue con Pascual Orozco y con el ejército federal; si digo que se lo llevó y aquí está, me fusilan por embustero, pero yo me supongo que el dinero está en los pilares que tiene la puerta del Banco Minero. Son ocho pilares, si en el segundo o el tercero no está, seguramente que en el cuarto está, ahí pueden agujerar hasta que lo hallen.

—Lo voy a presentar con una persona que se va a entender bien con usted —le dije—, también se llama Luis; llámense tocayos.

Yo ya había preparado a Luis Aguirre Benavides y le había indicado: “Prepare usted un poco de café caliente y un piquete de coñac o whiskey para que se ponga a tono don Luis”. El general Villa se escondió tras las cortinas de la habitación y yo me paré a su lado; Aguirre Benavides preparó una taza de café y le echó un piquete de whiskey y después le repitió otro; don Luis le pidió permiso para fumar y se empezaron a tratar de tocayos. Entonces, ya más en confianza, Terrazas le dijo a Aguirre Benavides:

—Mire, tocayo, yo no puedo engañar a nadie, ni le tengo miedo a la muerte, pero la verdad es que no sé si mi padre se llevó el dinero; él tenía todo su oro dentro de ocho pilares que tiene el Banco Minero, son ocho pilares bastante gruesos; si él se lo llevó con las tropas de Salvador Mercado y Pascual Orozco y no lo encuentran, entonces me cuelgan o me arrancan la lengua por haber contado mentiras, pero esa es la verdad.

El general Villa escuchó todo y corriendo la cortina salió y llamándome me dijo:

—Mira, llévate a don Luis Terrazas y hazte cargo de él, ponle escolta y hallemos o no el asunto, tú lo sacas y te lo llevas hasta Estados Unidos junto con su hijo, a caballo.

Así lo hice y le informé a don Luis:

—Ya prepararé a Ramón Fernández para que vaya a llevarlo a usted por un lado de Ojinaga hasta Bosque Bonito, para que en Ballantine

agarre usted el tren junto con su hijo. Tengan la seguridad de que no les va a pasar nada, van a mi cargo.

Cuando vine con la escolta de Dorados que había llevado, ya habían agujerado todos los pilares y caían los chorros de oro, señor. Con ese dinero, el general Villa contrató varias fábricas de armas de Nueva York para que le mandaran todo el parque y las armas que producían. De Nueva York le pidieron 100 millones de pesos oro nacional y se los mandó por conducto de don Lázaro de la Garza. ¡Y sobró dinero, señor! Ese fue el tesoro de don Luis Terrazas.

Pregunta: ¿Y después de las batallas de Celaya y León, Villa se siguió replegando al norte?

NFC: Sí, señor, como le dije antes, ya no contábamos con parque. Esas peleas estuvieron muy reñidas, señor. ¡Muy duras! En León yo tuve la oportunidad de meterme entre el enemigo sin que se dieran cuenta y les maté los jefes y me pude salir llevándome sus cañones a cabeza de silla, hasta que se los entregué a la artillería. Salimos a Aguascalientes y ahí fue la última pelea. Ya sin parque salimos rumbo a Zacatecas. Pánfilo Natera había jurado ser leal hasta la muerte, pero en cuanto llegamos a Zacatecas se volteó, sólo quedaron de parte de la División del Norte allá, los hermanos Bañuelos, Tomás Domínguez, Jesús Flores, un servidor y otros generales.

Pregunta: Señor general, quiero preguntarle ¿cuál fue la actitud de Francisco Villa cuando entró a México la Expedición Punitiva que dirigió el general Pershing?

NFC: Mire, cuando entró la Expedición Punitiva a México, Villa estaba atacando a un general Francisco Cavazos en Ciudad Guerrero, Chihuahua; este general tenía 3 000 hombres y peleamos allí. A mí me mandó atacar a un pueblo que se llama Miñaca y gané la pelea; había ahí 100 hombres de destacamento, pero les llegué de sorpresa y les gané quitándoles 30 000 cartuchos. Después de esta acción agarré el teléfono y me comuniqué a Ciudad Guerrero, que se encuentra como a unos ocho kilómetros de Miñaca. Contestó Martín López y me dijo:

—La novedad que tenemos es que está herido el general Villa.

—¿En dónde lo hirieron? —pregunté.



GEN. PANCHO VILLA



GEN. PANCHO VILLA RAID ON COLUMBUS, NEW MEXICO, MARCH 9TH, AT 4 A. M., 1916. ALSO U. S. SOLDIERS KILLED IN THE RAID. THE BODIES ARE READY FOR SHIPMENT HOME. VILLA KILLED MEN AND WOMEN AND BURNED THE TOWN. U. S. SOLDIERS ROUTED HIM, KILLING 200 OF HIS BANDITS, BURNING THEIR BODIES.
NO. 715
CAL. OSBON, PHOTOGRAPHER.
DOUGLAS, ARIZONA.

Postal de la Expedición Punitiva. 1916.
Colección Elmer y Diane Powell. Universidad Metodista del Sur. Estados Unidos.

—En una pierna, la tiene quebrada, pero ya se la entablilló el general Beltrán.

—Bueno —le dije—, ahí voy para allá. Dígale al general Villa que gané la pelea y que recogí todo el armamento, caballos y 30 000 cartuchos.

Entonces me dijo Martín López:

—Mira, allá va por el camino a Miñaca el general José Cavazos y lleva más o menos 200 hombres —a lo que le contesté:

—¡No te preocupes, yo también voy listo!

A la orilla del camino de Miñaca a Ciudad Guerrero hay un río que se llama Pahuírachi; eché a toda la tropa por abajo del río y me fui yo solo por el camino que es puro llano; cuando ya lo vi venir, calculé la gente que traía; eran un poquito más de los que yo llevaba, pero nunca se imaginó que yo venía con tropa, seguramente porque sólo vio a una persona. Entonces cuando llegué a cierta distancia puse a mi infantería en línea de fuego. Como el camino está como a unos 50 metros de la orilla del río y éste pasa al fondo, no vieron a mi gente; yo me dejé caer al río y volví a subir al camino; cuando ya los tenía como a 50 metros ordené que le dieran una descarga a José Cavazos y le maté como unos 20 hombres. Uno de mis capitanes se me salió del huacal, como luego dice uno; este capitán se llamaba Ramón Tarango; salió a galope de caballo y me dijo: “Yo he de lazar a uno de esos” y fue y lo lazó. Acostumbraba a lazar a muerte, o sea, amarraba la soga a la cabeza de la silla, pero al lazarlo le metieron una descarga y lo mataron, le dieron cuatro tiros en el estómago y cayó atravesado sobre el caballo con la cabeza por un lado, pero como el caballo iba encarrerado, sacó al soldado que había lazado Tarango y lo mató con la arrastrada; fue el único hombre que perdí. Seguimos y entonces mandé 10 hombres a avisarle a Martín que no se preocupara, que ya iba yo.

Al llegar, Martín me dijo:

—Vete tú solo con el general Ángeles a ver a Villa, pero antes acuartela tu tropa. —Ya la mandé acuartelar y me fui a ver al general Villa que estaba muy encendido (con fiebre) y malo; tenía la pierna quebrada.

FUI A ESCONDER A MI GENERAL VILLA A UNA CUEVA DE LA SIERRA ALTA DE CHIHUAHUA

Pregunta: ¿Cómo fue que hirieron al general Villa?

NFC: La cuestión de la herida del general Villa fue en la siguiente forma: José Cavazos tenía su cuartel general en un poblado que se llama San Isidro, y como el general Villa iba por abajo, le soltó una balacera y una bala pegó en una piedra, se dobló la bala y le pegó al general Villa abajito de la rodilla y le quiso salir por la parte de arriba pero no le salió; al arrollar el cuero de la polaina y de la ropa le creó bastante enfermedad; el general Beltrán le estuvo chupando con la boca toda la sangre que pudo, pero no le pudo sacar los huesos, así es que la bala le quedó entre cuero y carne; hasta al año se la venimos sacando.

Pregunta: En esas condiciones, ¿quién sustituyó al general Villa?

NFC: El general Villa me llamó y me dijo:

—Sin pedir perdón a nadie, voy a poner mi vida en tus manos; tú sabrás lo que haces conmigo y para dónde me llevas; no recibas órdenes de nadie.

—¿Entonces quién se queda en mi lugar? —le pregunté.

—Quien tú quieras.

Le pregunté:

—¿No me permite que tenga una junta de generales a ver a quién nombramos?

—¡Claro que sí! ¡Nomás no nombres a Martín porque está muy joven, ni a Julio Acosta porque es muy corajudo!

—Muy bien.

Me fui y junté a todos los generales con mando de tropa y les expliqué el caso. Julio Acosta saltó y me dijo:

—Mire, aquí hay escondites en la Sierra Alta de Chihuahua.

Lo dejé que me dijera todo y entonces repuse:

—¡Acuérdese usted que aquí se le volteó Ascensión Hernández con 1 000 hombres y andan muchas gavillas descolgadas y éstos son de los que denuncian, porque además conocen perfectamente este terreno! A

usted le tenemos una confianza ilimitada porque es buen compañero y es un hombre que ha perdido a sus hermanos en la Revolución, pero no podemos dejar por aquí a mi general Villa.

Ya se soltó otro general y dijo: “Entonces en tal parte”.

—¡No! —le dije—. Bueno, ahora quiero que me digan a quién nombramos como jefe en mi lugar.

Yo era segundo del general Villa en ese tiempo. Duraron como una hora mirándose unos a los otros y no se resolvían; entonces les dije:

—Bueno, ya que no se resuelven, ¿quieren que yo lo nombre?

—¡Nómbrelo! —contestaron.

—Pues al general Beltrán que es de Sonora, debemos darle la primacía.

—¡Muy bien, lo aceptamos!

—Levanten un acta y fírmennla.

Firmaron y le di el nombramiento al general Beltrán, al que le recomendé:

—Ahora usted se va a San Isidro, yo me iré comunicando con usted de donde pueda para informarle de la salud del general; si se me muere, pues a ver adónde lo entierro para que no lo hallen y si se alivia, pues ya sabré adónde me lo llevo.

Luego vino Julio Acosta y me dice:

—Oiga, quiero que me diga a qué hora va usted a salir con el general.

—¡No puedo decírselo porque todavía no he recibido órdenes!

Relevé a toda la gente que tenían allí y puse a 390 hombres de los míos. Villa me dijo:

—Tú me sacas cuando tú quieras, no recibas órdenes de nadie.

—¡Muy bien!

Pregunta: ¿Y ya una vez nombrado el sucesor de Villa?

NFC: Salimos a las 12 de la noche. Para esto, le dije a don Julio Acosta: “Oiga, necesito un carrito con un tronco de mulas bueno, valga lo que valga”. ¡Pues me lo trajo!, pero no lo pagó y la familia dueña del carro venía llorando y entonces yo les di 1500 por el carro y el tronco de mulas. Arreglé bien el carrito y le puse una camilla al general y así me lo llevé, con Bernabé Cifuentes y Joaquín Álvarez, primos

hermanos de él; uno tiraba del coche y el otro lo venía cuidando. De Ciudad Guerrero a La Junta, el terreno es parejo y macizo y es llano como una mesa; ya cerca de La Junta, como a unos dos kilómetros, cortaba un camino a un rancho ganadero que se llama San Antonio Tepeaca. Me llamó el general Villa, que venía muy mal y con bastante fiebre y me dice:

—¿No quieres ver si traen un trago los muchachos?

—¡Yo lo traigo!

Siempre cargaba una copita y le di una:

—Dame otra. —Le di otra.

En eso estábamos cuando el carrito siguió andando y dejó el camino de la derecha que era el de La Junta y agarró el de la izquierda, del rancho de San Antonio Tepeaca. A los pocos minutos el carrito empezó a ladearse y a brincar por las piedritas y entonces Villa se dijo:

—Oye, esto no es el camino de La Junta.

Yo, que no hallaba qué decirle, me ofusqué luego luego, pero reaccionando le dije:

—¡No, mi general!, es que vamos rodeando porque no quiero pasar por La Junta —yo estaba mintiéndole— para no ser sentido; ¡mejor me voy por el respaldo de la sierra de Bachíniva y voy a salir abajo de La Junta!

—¿Y cómo pasar los rieles? —me preguntó.

—¡Pues bien —le dije—, levantaremos las ruedas y pondremos cobijas para que no brinque el carro!

—Muy bien, entonces vámonos.

Seguimos adelante. En la salida para Chihuahua hay una muralla muy grande, en ese tiempo la había por lo menos; ahí estaba la casa de un compadre mío que cuando lo visitaba le tiraba una piedra a la ventana; eso nos servía de contraseña. Aquel día estaba nevando, aventé la primera piedra y salió aquel hombre y le pegué en la cabeza, hasta lo descalabré al pobre. Salió y me dijo:

—¿Qué anda haciendo, compadre? ¿Qué no sabe que hay más de 1 000 americanos que desde a mediodía están por aquí? Son muchos, no cupieron en el pueblo de La Junta —a lo que contesté:

—He estado oyendo ladrar a los perros, pero creo que ya pasaron el río. Mire, compadre, fíjese si ya se fueron.

—¡Sí, efectivamente ya no hay nadie aquí!

—Compadre —le dije—, quiero que me haga un favor, más bien un mandado.

—¿Adónde?

—¡A San Isidro!

—No tengo caballo.

—¡Ahorita viene un caballo!

Ya mandé a mi asistente que fuera a traerle un caballo ensillado, una buena cobija y unas chaparreras y puse a la señora de él que escribiera una carta al general Beltrán para informarle que el general Villa iba bien, que se estaba aliviando y que ya le seguiría informando, que le avisaba que iban a Ciudad Guerrero unos 1000 “gringos” y también le ordenaba: “Váyase usted inmediatamente a Ciudad Guerrero y se pone de acuerdo con todos los generales para ver si combaten o no. Si no combaten formen guerrillas y desbarátense para que no peleen, está grande la columna de los ‘gringos’, no trate de localizarme porque el general Villa no sabe nada de esto y no vaya a ser que se dé un tiro y se nos muera”. Bueno, ya se fue mi compadre y se fue con el general Beltrán a Ciudad Guerrero, se pusieron de acuerdo los generales y esperaron a los “gringos”; tres días estuvieron peleando con ellos.

Pregunta: ¿Y mientras tanto, qué hacía usted con el general Villa?

NFC: Mientras tanto, yo tenía que pasar por un cañón que salía rumbo a un mineral que se llama San Francisco de Bohorques, pero saliendo del cañón corta otro, camino a la izquierda, que se llama Ciénega de Nicolás Pérez, un ganadero muy rico que era de allí y con mucha gente armada; más adelante había un ranchito que se llama Los Avendaños; ahí estaban los padres de este señor, se habían venido de Satevó él y su señora, ya muy viejitos los dos. Entonces me dijo el general Villa:

—Oye, en esa cieneguita de Pérez el viejo es muy lobo, si está armado nos va a atacar.

—¡No le hace —le dije—, vamos preparados! Ya mandé al mayor Belisario Ruiz para que vaya con 100 hombres y lleve 10 más a la vanguardia y 10 más en cada flanco, que si hay pelea que me avise.

Yo no me había dado cuenta que traíamos dos prisioneros de la gente de Murguía (Francisco R. Murguía) que aprovechando esa parada que hicimos se nos fugaron y fueron a avisar a Cusihuiriachi, donde se encontraban 5 000 hombres del gobierno, bastante cerca de donde yo estaba; pero estos dos prisioneros se equivocaron e informaron que yo llevaba más de 5 000; afortunadamente estos hombres no sabían que llevábamos a Villa en el carrito.

Bueno, volviendo a lo anterior, el mayor Belisario Ruiz me mandó avisar que habían peleado y que le habían matado 10 hombres, pero que él ya había acabado con todos, que hasta las mujeres habían peleado aprovechando que tenían claraboyas las casas. Los mataron a todos con todo y viejas; eran 25 hombres armados, pero Ruiz llevaba 150 hombres; entonces, al terminar la lucha, agarraron una caja fuerte que había ahí, la abrieron a hachazos y sacaron 250 000 dólares. Yo le comenté a Marcos, cuñado del general Villa, que le dijera a Belisario que barriera bien para que el general no viera los muertos, ni viera nada, y que me prepararan una pieza para meter al general ahí porque la nevada estaba fuerte. Llegamos y lo bajamos; lo metimos a una pieza que tenía una buena camita y lo acostamos; cerramos todas las puertas y ventanas y acomodamos a toda la gente para resguardarlo del frío y de la nieve. Entonces yo le dije a Belisario:

—Oye, manda que maten unas reses para que coma la gente.

Después de mucho rato le dice Villa a Joaquín:

—Oye, háblale al general Fernández.

Y me habló:

—Ábranme las ventanas siquiera para que me pegue el aire, estoy muy sofocado aquí.

—¡No, mi general! —le contesté—, está soplando mucho el norte y está entrando la nieve hasta aquí.

—No me importa, abre las ventanas. Te digo que las abras.

Las abrimos, luego se quitó las cobijas de la cara y empezó a mover la cabeza como venteando y me dijo:

—Oye, Nicolás, me está dando aroma a sangre.

—¡Sí, mi general, es que están matando unos novillos para que coma la tropa!

—¡No, esto es sangre de gente! Porque recuerda que la sangre de gente apesta mucho y la sangre de res no; acuérdate que cuando matan una res hasta a puños bebemos su sangre, ¡no apesta!

Entonces fue cuando me vi obligado a decirle la verdad. Horas después le formé una camilla y sin que se diera cuenta mi gente, llamé a Bernabé y les dije:

—Miren, nos vamos a ir de aquí a Los Avendaños, que está a un kilómetro, allá viven los padres de José Rodríguez; no les vamos a decir que ya murió, que lo mataron a traición en la Hacienda de la Babícora.

Bueno, pues nos fuimos; pusimos sobre la camilla al general Villa y eché a Joaquín y a Bernabé adelante del cuerpo y yo en los pies; nadie se dio cuenta, todos estaban encerrados porque estaba nevando muy fuerte. Le puse unas lonas encima al general para que no le cayera la nieve y salimos con él. Cuando llegamos y metimos al general, como no nos acompañaba José Rodríguez, la viejita y el viejito se pusieron a llorar por su hijo. Yo les dije:

—No lloren, José tiene permiso para venir a verlos dentro de 15 días y aquí estará con ustedes. —Ya tenía tres meses de muerto el pobre.

Pregunta: ¿Y con qué objeto llegaron hasta aquí? ¿Dónde iban a esconder al general Villa?

NFC: Le dije a don José María:

—Venga para acá, por favor. —Lo saqué afuera y le pregunté— Oiga, ¿no hay por aquí una cuevita donde quepa el general? Viene muy malo, trae una pierna quebrada.

—¿Cómo se la quebraron? —preguntó.

—Se volteó un caballo, le cayó encima y se la quebró. Ya no puede avanzar más. —No le dije que lo habían herido. Entonces don José María me dijo:

—Venga acá, a ver, eche su anteojo ahí derecho a aquel cerro. —Hay un cerro que se llama Tierra de Santa Ana que tiene cuatro kilómetros de largo y más de 100 metros de altura. Entonces eché el anteojo—. Córralo más al sur. —Lo fui corriendo y le dije:

—Oiga, al pie de un reliz veo una ventana.

—¡Efectivamente, eso es una cueva de cuatro metros de ancho por cuarto de profundo, ahí caben cuatro personas!

—Bueno, está bien, pero para subir allá son 100 metros por lo menos y es mucho para subir a pie.

—Mire —me dijo—, tengo unas mulas muy mansitas, en esas lo subimos; le ponemos una pierna hacia el pescuezo para que no se lastime y usted lo cuida de un lado y los otros dos del otro, ¡yo jalo la mulita!

Así lo subimos. Las mulas no estaban herradas y continuaba nevando; ahí le dimos al general una tacita de café y unas tortillas. Nos dieron cuatro tortillas y unos asaderos; a mí me dieron además un frasquito para irlo curando, pero nada más se curaba por fuera porque por dentro no podía pasar la curación; también me dieron una zalea y un cojín con las iniciales de la señora. Llegamos allá, descansamos y el general Villa platicó un ratito con don José, el cual le dijo: “Oiga, general, voy a venir todas las mañanas a tales horas para que no se vayan a equivocar y le traeré unas botellas de leche, agua y tortillas que le haga mi viejita”.

—¡Muy bien —le dijo Villa—, como usted guste!

Entonces hablé yo y dije:

—Don José, creo que estaría bien que nos fuéramos; vamos a dejar que descanse el general.

Se retiró don José María y me quedé solo con el general Villa y le dije:

—Oiga, mi general, ¿no quiere que le meta unos nopales aquí al fondo de la cueva? Por las dudas; no vaya a ser que don José tenga problemas para llegar por la nieve y no pueda venir y se quede usted sin agua; los nopales, aunque sean crudos le proporcionan agua y le sirven de alimento.

—¡Sí —me dijo—, mételos!

Di vueltas al risco donde se encontraba la cueva y en donde no pegaba la nieve me encontré unos nopales bastante grandes, les escarbé por debajo con una daga y los saqué; en el hoyo que quedó coloqué una piedra que pronto fue cubierta por la nieve; sacudí los nopales y los metí a la cueva, corté unos tercios de zacate y le formé una cama, le puse encima la zalea y abajo de la cabeza, el cojín que me dieron.

Pregunta: ¿Todo ese tiempo que estuvo enfermo el general Villa, usted estuvo con él?

NFC: ¡No! Yo le pregunté:

—¿Cuáles son sus órdenes, mi general? —y me contestó:

—Usted se va al sur, hasta meterse a Durango; no pelee con nadie, no presente combate; dentro de tres meses 12 días ya puede venir a ver si estoy muerto o qué pasó conmigo.

—¡Muy bien, mi general, así lo haré!

—Recuerde: no obedezca órdenes de nadie, usted manéjese solo, no presente combate, ni dé razón.

—¡No, señor, no daré razón de ninguna clase, pero permítame su sombrero!

Me lo dio al tiempo que me preguntaba:

—¿Para qué lo quieres?

—Voy a matar su caballo y lo voy a enterrar con todo y su montura y el sombrero de usted, para que si descubren la sepultura crean que es usted el que está muerto y dejen de buscarlo.

La montura tenía las iniciales de Francisco Villa y el sombrero llevaba su águila. Después de esto, bajé de la cueva, recogí a mi gente y ya nos fuimos juntos al pueblo de Santa Ana, en una mesa que se llama Chiricote rumbo a Parral. Por esos lugares encontramos una patrulla de soldados americanos y aunque tratamos de eludirla empezaron a perseguirnos, así es que al llegar a Santa Ana, en donde se encontraba el coronel José María Iglesias con 800 soldados heridos, al verlo le pregunté:

—Oiga, mi coronel, ¿cómo siguen los muchachos?

—¡Muy bien —me contestó—, ya casi están aliviados todos!

—Entonces en cuanto pueda se va de aquí y me espera en Satevó dentro de cuatro días, y si ve que no llego en cuatro días se retira usted y se va rumbo a la línea divisoria de Durango y Chihuahua y allá nos veremos.

—¡Muy bien, mi general! —me contestó.

Empezamos a salir del pueblo; todavía llevábamos el carrito donde trajimos al general Villa y entonces empecé a gritarle al coronel Iglesias:

—¡Coronel, me vienen persiguiendo los “gringos” y yo traigo en este carrito al general Villa que viene herido! ¡Me tengo que apurar para pasar el cañón del Álamo, quiero salir antes de que me lo vayan a tapar!

Le grité fuerte lo del carrito al general, para que creyeran que ahí lo llevaba. Apenas un kilómetro adelante del cañón de El Álamo llegaron los americanos y taparon el cañón. No tuve más remedio que presentarles pelea, y combatimos con ellos durante todo el día, los rechacé y me les pelé; fui a amanecer a un pueblo que se llama Ojo de Obispo y ahí descansé. Luego que ya empezó a pardear la tarde me vine al Valle de Zaragoza que ya estaba muy cerca de Parral. En ese pueblo, el presidente municipal era compadre del general Villa y tal como lo había yo pensado, ya en todas partes se sabía que yo llevaba al general Villa en un carrito, así es que cuando llegamos a Valle de Zaragoza se acercó el presidente municipal y me dijo que quería ver al general Villa para saludarlo. Entonces le contesté que no podía hacerlo porque el general venía descansando y estaba durmiendo. Seguí avanzando hasta un lugar llamado Rancho de Enmedio que está en un llano, ahí acampé para que descansaran las tropas y para que comieran algo; mandé al coronel Tabares de espía a una loma alta desde donde se dominaba el Valle de Zaragoza. Poco después regresó para informarme que el chorro de gringos ya había pasado por Valle de Zaragoza en donde seguramente les habían dicho que llevaba al general Villa en el carrito; así es que tan pronto se me incorporaron mis vigías, levanté el campo y ordené marchar a mis tropas rumbo a un bosque para que se ocultaran junto con el carrito. Yo corté 100 hombres de los Dorados y esperé a los gringos hasta que nos tiroteamos por el camino a Parral y ahí vengo tiroteándome; si me convenía les tiraba y les mataba uno que otro; a mí me mataron sólo a uno y me hirieron a otro. Así les fui atrayendo hasta que los metí a Parral, entonces sin que se dieran cuenta me les zafé por un río y ellos se entramparon en Parral.

Pregunta: ¿Y en Parral, qué hizo don José de la Luz Herrera?

NFC: Don José de la Luz Herrera, padre de Maclovio Herrera que ya se le había volteado a Villa, era el presidente municipal de Parral y entró en pláticas con los generales americanos, mientras que la tropa descansaba tirada en las calles; ahí estaba también el general Ernesto García, de las tropas de Carranza que también mandaba a la gente de Maclovio Herrera, porque ya Maclovio había muerto igual que su hermano Luis. Entonces surge una muchacha profesora, llamada Elisa

Griensen que todavía vive. Alborotó a los muchachos de la escuela y logró reunir a unos 300 de los más grandes; estos muchachos se metieron al cuartel del general García y empezaron a preguntarles a los soldados que cómo se disparaba un rifle, que cómo se cargaba, hasta que se decidieron y se los pidieron prestados. Así como jugando, los muchachos se salieron con las armas y se fueron adonde estaba la profesora Elisa Griensen. Entonces ella les dijo: “Miren muchachos, ya hice dos banderas tricolores, vamos a pegar un grito de que viva México y mueran los ‘gringos’ y disparamos a matar”. Muy bien, pues a los primeros disparos que hicieron esos muchachos mataron a 20 gringos⁴ y entonces fue cuando se levantó el pueblo, al que encabezaron hombres de experiencia de ahí de Parral; mandaron a los muchachos a un pueblo cercano que se llama Maturana y ellos siguieron peleando contra los americanos; éstos se retiraron hasta un pueblo llamado Santa Cruz de Villegas que se encuentra en un alto y ahí enterraron a sus muertos que eran más de 20 y en ese lugar se estuvieron más de un mes, hasta que Carranza logró que saliera la excursión punitiva de Chihuahua.

Todavía en Carrizal pelearon contra el general Félix U. Gómez, porque a pesar de las órdenes de Carranza unas tropas americanas querían pasar por Carrizal por las buenas o por las malas. El general Félix U. Gómez se entrevistó con el general americano y le advirtió que no intentara pasar porque lo detendría a como diera lugar. El americano le dijo que no le importaba, y cuando el general Félix U. Gómez le dio la vuelta a su caballo para retirarse, el gringo le disparó matándolo. Al ver esto el coronel Rivas Guillén, que era el segundo del general Gómez, se le echó encima con sus tropas, mató a casi todos los americanos y no los dejó pasar. Los gringos sobrevivientes decían que habían sido los villistas quienes les habían tendido una emboscada, pero nosotros los villistas estábamos muy lejos de ahí y ya no tuvimos ningún encuentro con los americanos. Entraron 25 000 gringos y no querían salir.

⁴ Nota del editor: El texto menciona que murieron 20 gringos, en realidad fueron dos los muertos y seis los heridos.

Pregunta: ¿Y durante todo ese tiempo, siguió enfermo el general Villa?

NFC: A los dos meses y 12 días ya mi general estaba en el estado de Durango, en un pueblo llamado San Juan Bautista. En aquel entonces enviaron unas tropas a perseguirme mandadas por un general Ignacio Ramos, primo hermano de Matías Ramos. También con todos esos peleé yo. Este general Ramos traía 1 500 hombres y yo traía 390, así es que yo tenía que sacarle vueltas por todas partes. Entonces me mandaba escritos diciéndome que lo esperara y yo le contestaba “Venga usted con la misma cantidad de hombres que yo tengo y lo espero en donde usted diga”. Este general no conocía ni el terreno ni la gente, en cambio para mí era como conocer la palma de mi mano. Al ver que no podía conmigo me ofreció garantías y me dijo que me harían Jefe de Operaciones y Gobernador del Estado de Chihuahua; además, me entregarían 600 000 pesos en oro nacional. Yo lo vine engañando. Al general Villa le informaron los generales que se le habían juntado, entre ellos algunos de La Laguna, que yo ya me había rendido, por lo que el general Villa les preguntó:

—¿Están seguros?

—¡Sí, estamos seguros, ya se rindió al gobierno y está tratando con el general Ignacio Ramos!

—Yo estoy seguro que no está rendido —les contestó Villa—. Nicolás se trae alguna misión.

Pues bien, mientras tanto a mí me habían dado una tregua y suspendieron la persecución. El general Ramos se destacó en una hacienda que se llama La Concepción. En ese lugar yo tenía compadres y familiares míos. Entonces yo pensé, “si lo ataco ahí, la pelea seguramente la gano; pero después se va a vengar con mis familiares y los va a matar”.

En aquellos días llegó la orden de don Venustiano Carranza nombrándome Jefe de Operaciones y Gobernador del Estado de Chihuahua. También me entregaron juntos los 600 000 pesos oro nacional que había pedido. Yo mandé un emisario a La Concepción, a llevarles unas cartas a mis familiares, pero los hombres del general Ignacio Ramos aprehendieron a mi hermano menor y lo mandaron junto con un

mayor del ejército a que me llevara la correspondencia; eso era sólo para saber con cuántos hombres contaba yo. El mayor venía vestido de civil. Nosotros nos encontrábamos parados en un rancho que se llama San Andrés; cuando se me acerca Ernesto Ríos y me dice:

—Oiga, mi general, ahí vienen dos hombres.

—¡Métales el anteojo a ver quiénes son! —le contesté. Lo hizo y me dijo:

—Ahí viene su hermano Abundio, junto con otro que no conozco.

—¡Muy bien! —le dije—. ¡Cuando lleguen aquí, luego luego me los desarma y me los amarran; voy a tratar de sacarles la verdad! ¡Porque esto ha de traer cola!

Los recibí muy mal, no con malas razones, pero inmediatamente traté de mandarlos fusilar. Entonces me dice Ernesto Ríos:

—¿Cómo va a fusilar a su hermano?

—¡No te importa, tú te callas la boca! ¡Enciérrenlos en un calabozo y no les den ni agua, ni comida y fórmenme una escolta para que los fusilen!

Pasaron las horas y cuando lo creí oportuno le dije a Ernesto Ríos:

—Ya es de tarde, así es que se les llegó la hora. Tráigamelos y nombre cinco hombres para que los vayan a fusilar al panteón.

Entonces saltó el mayor ese y me increpó:

—Oiga, mi general, ¿por qué va usted a fusilar a su hermano?

—¡Para que no ande de intruso aquí donde yo mando!

—En ese caso mejor fusíleme a mí —me dijo—, yo soy del ejército federal.

—¡Pues por ahí debía de haber empezado, tarugo! —le dije—. ¿Por qué me hacen enojar de esa manera?

Después me metí a Parral y saqué alimentos, artículos de primera necesidad y vestuario para 1000 hombres; además, herrajes para 1000 caballos. Me reforcé y cuando le avisaron al general Villa que me encontraba cerca, ordenó: “Díganle que venga a mi presencia, ahora verán como todo lo que ustedes dicen de este hombre no es cierto”. Ya me hablaron y me presenté. Yo venía en un macho güero que le habíamos quitado a las tropas de Wilson y le pusimos como nombre, “el Macho Wilson”; y ahí voy con mis tropas. Me presenté con el general

Villa que ya tenía 400 hombres, pero mal parqueados y encuerados, todos barbudos. Al verme, el general me dijo:

—¡Mire nada más usted a estos pobres hombres!

—Pues sí, mi general, pero es que tienen tiempo de que se mantienen de pueblo en pueblo y de rancho en rancho, tomando copas y matándose unos con otros. Yo por eso no he querido hacer migas con ellos, ni el general Beltrán que aquí lo traigo yo.

—¿Y qué es lo que ha pensado usted? —me preguntó el general Villa.

—¡Ahorita lo va a ver!

Mandé que extendieran un petate. El general Villa tenía una barba muy larga y andaba en ropas menores, con muletas. Llamé a mi secretario Adolfo Martínez y le dije:

—Léale aquí a mi general toda esa correspondencia.

Se la estuvo leyendo y entonces le dije:

—¿Ya vio todo lo que he tratado? Voy a ser Gobernador de Chihuahua y Jefe de Operaciones. Ya tenemos el campo libre ahí y ya tengo 600 000 pesos en oro nacional en Corrales, porque hice que el viejo “cabrón” de Ignacio Ramos saliera de La Concepción a Corrales, en donde lo atacué en la madrugada; lo hice pedazos y lo maté, le quité todo y ya no hubo más peleas, luego me metieron al otro Matías Ramos y también lo derroté y le quebré una pierna de un balazo. Así fue la cosa.

Mire, licenciado Urióstegui, mi criterio es defender la personalidad del general Villa, no la mía. La mía importa muy poco, porque a mí ya me faltan pocos días, pero quiero que sepa el mundo entero y la juventud quién fue Francisco Villa, porque aún quedan muchas gentes que lo tratan de puro bandido. Fue bandido porque lo hicieron; todo hombre que se defiende es bandido para los demás. ¿Quién iba a creer que un hombre que no tenía escuela, que no supo leer ni escribir, manejara 60 000 hombres? Pues él lo hacía, ¡así volando! Y nomás sus órdenes valían y todos los generales lo obedecían ciegamente, no había quien se le opusiera. Hay algunos que le levantan el falso de que en Real de Catorce, en San Luis Potosí, lo hizo llorar Urbina. ¡Son mentiras!, por-



Villa, herido en una pierna, se ocultó por semanas en las montañas de Chihuahua sin que los soldados estadounidenses pudieran capturarlo.

Francisco Villa en el patio de una casa. Retrato. 1916.

© (655705) SECRETARÍA DE CULTURA, INAH, SINAFO, FN, MX.

que Villa nunca estuvo en San Luis Potosí y mucho menos en Real de Catorce; todo esto yo lo sé porque pasé por ellas.

EL CREPÚSCULO DEL CENTAURO VILLA Y DE LA HUERTA

Pregunta: ¿Y a la muerte de don Venustiano Carranza, el general Villa no inició ningún arreglo con el gobierno federal?

NFC: ¡Sí, señor! Lo intentamos con el gobierno de Adolfo de la Huerta. Apenas llegábamos a 460 hombres. En ese tiempo el general Amaro organizó una columna de 5 000 hombres en la estación de Conchos, o sea en Saucillo, para ir a combatir a Villa. Villa se encontraba al sur de Ojinaga, en un punto que se llama Encinillas con 300 y pico de hombres y varios generales. Ese rancho de Encinillas está dentro de una sierra muy escabrosa que tiene mucha agua y en aquel tiempo también mucho ganado, así es que no teníamos necesidad de nada. Todas las mañanas salía yo a explorar con 100 hombres, pero un día observé que venía un coche como a unos cinco kilómetros y me quedé esperándolo. Entonces le dije a Juan Caballero:

—Mira, tan pronto se acerque, agarras al que viene en el coche y lo desarmas. —Así lo hizo. Era un ingeniero llamado Elías Torres, venía acompañado de un vaquero de las Lagunetas de Tagoala, de ahí de San Pablo del Meoqui. Lo esculqué, pero no le encontré nada. Entonces le pregunté:

—¿Qué misión traes tú?

—¡Vengo buscando al general Villa!

—¿Por órdenes de quién?

—¡Por órdenes del Presidente de la República, don Adolfo de la Huerta! —me contestó.

—¿A ver los documentos que te amparan?

—¡No los traigo, porque al pasar por la estación de Conchos me agarró el general J. Gonzalo Escobar y me quitó la documentación! Me dijo que lo hacía porque si me la hallaba el general Amaro me fusilaba, porque no quiere que Villa se rinda; ¡quiere combatirlo!

Entonces le dije a Caballero que se lo llevara despacio, mientras yo me adelantaba a informarle al general Villa. Saqué al general de donde lo teníamos, para que ese ingeniero Torres nada más lo viera a él solo con seis hombres; a la tropa nunca la vio. El ingeniero Torres le dijo a Villa a qué iba y el general le contestó:

—Váyase y dígale a Adolfo de la Huerta que no creo que sea con él con el que voy a tratar, que el que está tratando es el que está tras de la puerta. Ya sabrán usted y Adolfo de la Huerta de quién se trata.

Entonces le dijo Elías Torres:

—¿Y dónde lo encuentro después a usted, mi general?

—Pues me sigue por la huella.

Entonces me indicó:

—A ver, prepárale un lonche para que se vaya.

Elías Torres creyó que sería un buen lonche, pero nada más carne cruda y asada fue lo que le dimos y se fue.

Pregunta: ¿Y al retirarse este emisario qué determinación tomó el general Villa, qué incidentes pasaron?

NFC: El general Villa nos juntó a todos los jefes con mando de tropa para que diéramos nuestra opinión si seguíamos al norte o no. El general Villa, Albino Aranda y yo, ya estábamos de acuerdo en que iríamos a San Juan de Sabinas. En esa junta acordamos todos que, fuéramos a donde fuéramos, no le preguntaríamos nunca adónde íbamos. Entonces me dice el general Villa: “Vámonos preparando”. Venían con nosotros el general Ricardo Michel, Lorenzo Ávalos y otro general pariente de este último. Llegamos a un punto llamado Cerro Blanco, en donde estaba un señor don Agustín, español; era una hacienda ganadera de unos señores Almendares, de Monterrey, era una ganadería muy grande; entonces me llama el general y me dice:

—Da orden de que nadie agarre caballada hasta que todo esté bien organizado.

—¡Muy bien, mi general! —le contesté, y les hablé a todos los generales pidiéndoles que firmaran que estaban de acuerdo.

El general Albino Aranda había agarrado unos 100 caballos con mi marca —cada quien tenía su marca—. Yo los tenía en mi agostadero

y cuando éste se vio escaso de caballos, echó mano de los míos; fui a verlo y le dije:

—Hombre, me entrega mis caballos cuando se reponga usted, porque yo los necesito. Así como yo respeto sus caballos, usted respete los míos; claro que cuando haya apuro, pues nos ayudamos unos con otros.

Bueno, pues después de eso a este general se le ocurrió echar una corrida; había en ese lugar una caballada muy fina y grande. Entonces le avisaron al general: “Ahí viene una polvareda muy grande”.

—¿No será enemigo? —preguntó el general Villa.

—¡No, son individuos que vienen corriendo caballos!

—A ver, háblenle al general Nicolás Fernández.

Ya me llamaron y me dijo:

—Oye, ¿no te mandé que no corrieran caballos? —a lo que contesté:

—¡Es el general Aranda! ¡Mire, aquí está la firma de él en que está de acuerdo en no correr, pero ya ve, ahí viene con la caballada!

—Forma gente —me indicó—, desármalos a todos, quítales la caballada y a él me lo echas para acá.

Cuando llegaron sitié la caballada con mi gente, los desarmé y mandé a Aranda con el general Villa. Lo regañó fuerte nada más. Bueno, pues esto bastó para que se pusiera de acuerdo con los demás para no avanzar al norte, pero Albino Aranda no aceptó. Quedábamos tres: Albino Aranda, mi secretario; el general Sóstenes Garza, que era de Coahuila; y yo, para seguir adelante. Entonces me dijo el general Villa:

—Prepara a toda la gente para que lleven agua porque, según dice aquí don Agustín, no hay agua en 20 leguas a la redonda.

Adelante hay una presa, pero se reventó y toda el agua que está aquí en esta laguna es de allá; así es que no hay agua hasta La Mora. Dicha Mora es una propiedad de los señores Madero donde tenían mucha caballada. Bueno, pues fui a decirles a los generales que prepararan su gente y fue cuando se rajaron los de Durango, que no querían avanzar al norte. Me hablaron Ávalos y Michel para decirme que no estaban de acuerdo con ir al norte.

Pregunta: Ante esta actitud, ¿qué hizo usted general?

NFC: Entonces los increpé diciéndoles:

—Oigan ustedes, acuérdense que le firmamos al general Villa un documento en el que convenimos no preguntar adónde íbamos, es bueno cumplir con lo que se firma.

—¡Sí —me contestaron—, pero mire que no nos conviene, aquí en Sierra Mojada hay mejor telégrafo!

—Sí —les dije—, pero en Sierra Mojada no hay agua ni para 10 caballos, mucho menos para tanto caballo como llevamos y tanta gente; es un ojito de agua muy pequeño y tampoco hay artículos de primera necesidad; lo que firmamos lo cumplimos.

Entonces dijo Ávalos:

—Miren, en el Capulín hay caballada muy fina.

—¿Cuándo la vio?

—Cuando me derrotaron ahí en Cerro Blanco —me contestó.

—¡Pues no le hace, aquí cumplimos lo que firmamos!

—De todos modos, no vamos. Mire usted, general Fernández, creemos que es usted el indicado para informarle al general Villa nuestra negativa.

Yo repuse:

—¡Vayan y díganse los ustedes, a ver cómo los recibe! ¡Dentro de una hora vayan para estar yo pendiente allí!

Me retiré y mandé poner una escolta de mi gente al general Villa y lo preparé. Nada más llegaron y los puso parejos. Me ordenó:

—Fusílelos inmediatamente —pero luego se calmó y ya no los fusilamos. Los desarmé y los mandé acuartelar donde estaba mi gente. Entonces le dije al general Villa:

—Mire, mi general, échele una hablada a la gente, usted lo sabe hacer, a ver a quién nombran de jefes para no fusilarlos.

Así lo hizo. Entonces ahí los soldados ya nombraron a uno y le dijeron a Villa: “Obedecemos a éstos porque usted los nombró, porque ni Ávalos ni Michel ni aquel otro sirven para nada; ya nombramos nuevos jefes”.

Entonces Villa me dijo:

—Llévate a esos pelaos arrestados, a ti te toca la retaguardia.

—¡Tanta retaguardia —repuse—, pero está bien, la llevaré!

—También te llevas 1 000 novillos.

Entonces dije que cada jefe con mando de tropa ordenara a sus soldados que llevaran unas panzas de res llenas de agua; cuatro o cinco panzas, y que las tripas gordas las limpiaran y las llenaran de agua. A cada tripa le caben unos cinco litros y puede llevar una tripa cada soldado e ir tomando agua poco a poquito. ¡Pues no quisieron hacerme caso y no lo hicieron! Yo sí lo hice con mi gente y ésta comía y bebía agua. Después de varias horas de camino llegamos a la presa reventada, en donde estaba una nopalera muy grande llena de tunas. Todos los que iban adelante se atacaron de tunas y fue peor la sed. Nosotros sólo pasamos y seguimos la marcha. Entonces el general Villa mandó a Ernesto, a Carmona y a su asistente con otros tres hombres a La Mora, para que vieran dónde estaba el agua, pero se perdieron y no dieron con el agua.

Pregunta: ¿Y usted logró encontrar el agua? ¿Cómo lo hizo?

NFC: Hay un cerro a la orilla del camino que se llama Cerro Solo. Entre las 5 y 6 de la tarde llegué en la retaguardia y ahí estaban tirados, amarrados de la cabeza todos; yo hallé 50 hombres trabados de los dientes, negros, negros de sed; yo traía unos garrafones llenos de sotol y agua; pero no era posible que les diera a los otros y dejar a los míos sin agua, entonces lo que hice fue refregarles los dientes con la punta del pañuelo empapado de sotol y sal; les metía un palito entre los dientes y les empezaba a echar unas gotitas de agua, hasta que los arreglé a todos.

Había llegado hasta ahí una comisión de San Luis Potosí, de los hermanos Cedillo, pero se encontraban en las mismas condiciones. Entonces a uno de los Cedillo le di dos vasos de agua con sotol y me dijo:

—Deme más, hasta que llene.

—¡No! —le dije—. ¡Ya te di y con esto te salvaste, no podías hablar ni una palabra y estabas negro de sed!

A esto me responde:

—Si no me da más agua le mato.

—¡Pues mátame! —Y le aventé su rifle, al que momentos antes le había sacado los cartuchos.

A Gómez Ríos, que era secretario de Hipólito Villa, hermano del general, también lo salvé. El ganado quedó todo tirado y muerto de

sed. Nosotros seguimos adelante y un ratito después nos encontramos a todos; daba compasión verlos, todos morados, amarrados de la cabeza, ya no hablaba ninguno. Yo conocía unos vástagos que se llaman huepilla, parecida a la lechugilla, muy gruesa. La mastica usted y se le llena la boca de agua amargosa que lo pone a uno trompudo, pero no importa, no se muere de sed. Entonces cuando llegué les di unos “amullitos” de candelilla que también dan mucha agüita, se masticaban y ya. Ávalos traía unas piedras en la boca y le dije:

—Cómo se pone usted a meterse piedras en la boca, qué no ve que están secas, mejor corte una rama de mezquite verde y mástiquela, está amargosa y junta saliva.

Y después junté a mi gente, los ayudé a meterse a un bosquecito que había ahí, saqué una carabañuela de agua y sotol y les di un vaso a cada uno. Entonces me dijo el general:

—¿Por qué no nos habías dado?

—¡Cómo les daba agua, mi general, si usted viene a la vanguardia y yo a la retaguardia, apenas acabo de llegar!

—Mira, Nicolás, súbete al cerro a ver si tú localizas el agua, todo el día han andado buscando el agua y no la hallan.

—¡Es que quieren ver el charco, mi general! ¡No hay necesidad de buscarla en esa forma, verá cómo ahorita la hallamos!

Por la tarde, todos los pájaros salen volando de sus nidos y cuando el agua está lejos se elevan muy alto y se hacen hilera; pero cuando el agua está cerca, los pájaros nada más dan dos o tres vueltas y bajan al agua. Yo me subí al cerro con unos anteojos y vi una caballada blanca corriendo rumbo a una quebradita en donde se perdían; al poco rato salían los caballos retozando y revolcándose.

Cuando ya la localicé bien, me bajé y le informé al general:

—Ya encontré el agua mi general.

—¿Viste el charco?

—¡No, señor, pero vi bajar mucha caballada al agua y subir retozando!

—¿Estás seguro?

—¡Sí, señor, estoy seguro!

—Anda pues, vete —me dijo—. Llévate todas las barricas y carabañolas; y toda esa agua que traigas la echas en un pozo para auxiliar a los que están más fregados.

Entonces lo levanté y le dije:

—Mire, mi general, aquí derecho, entre esos dos cerritos estaré esperándolo, no vayan a perder la dirección.

Me fui, y cuando llegamos adonde estaba el agua había un presón señor; había tanta agua que a los cinco metros de la orilla ya tenía uno que nadar. Ese episodio tampoco se lo he contado a nadie.

Pregunta: Señor general, pero tratando de continuar una pregunta anterior, ¿siempre logró Villa entenderse con el gobierno de don Adolfo de la Huerta?

NFC: Mire usted, le tengo que contar todo. En San Buenaventura, Coahuila, se nos habían desertado dos hermanos, uno de ellos llamado Esteban Falcón y el otro no recuerdo cómo se llamaba. Bueno, pues este individuo Esteban se metió a un rancho llamado “El Jardín”, que era de don Lázaro de la Garza y que se encuentra en el desierto, muy cerca de una hacienda ganadera que era propiedad de unos americanos. Esteban Falcón se puso a robar ganado y lo metía a los Estados Unidos. Así se hizo rico, logrando tener más de 1 000 caballos finos, pero los guardaba en una sierra que se llama La Gavia, donde se encontraba su hermano que era quien los cuidaba. Yo había agarrado al caporal de La Mora, la hacienda de los señores Madero, y ése me informó sobre Esteban Falcón. Entonces le dije que me llevara adonde estaba Falcón y él me contestó:

—Si lo llevo, Falcón es capaz de fusilarme.

—¡Y si no me llevas, te fusilo yo, así es que escoge!

Bueno, pues me llevó. Yo, para darle garantías, le dije que no sabría Esteban Falcón quién lo había denunciado. Entonces, antes de llegar, este caporal me dijo:

—Ese Esteban Falcón es muy bravo, muy peleador y muy pistolero.

—¡No le hace! Usted sólo me lleva cerquita de donde está y luego se queda, mientras yo agarro a Falcón.

Había un arroyo que dividía el rancho de Falcón y al otro lado vivía un sobrino suyo. Yo estaba medio ronco de tanto polvo y de tanto

hablar, así es que llegamos y cuando ya estábamos como a unos 20 metros de la puerta de la casa de Falcón, hice a un lado al caporal y se lo dejé a unos soldados, mientras que yo me acerqué y toqué la puerta, pero no lo hice de frente, sino de lado.

—¿Quién es?

—¡Soy tu sobrino! —Como estaba ronco no me reconoció la voz.

—¿Y qué traes?

—¡Pues sólo vengo a avisarte que se le fueron los caballos a tu hermano, los anda agarrando, pero le faltan muchos!

—Está bien, espera, deja vestirme.

Se vino sin arma. Tenía dos pistolas en la cabecera de la cama y en cada esquina de la casa un rifle con su cartuchera y una puerta de claraboya para pelear en caso ofrecido. Como se vino sin arma y aunque la hubiera tenido no me esperaba, nomás abrió la puerta lo agarré del buche y ahí lo traigo para afuera; luego luego dijo:

—Ustedes son villistas.

—¡Sí lo somos! —le contesté, al tiempo que le echaba un lazo en las manos y les dije a mis soldados “¡Ténganmelo ahí!”—. Mire, amiguito, soy el general Fernández, al rato llega el general Villa.

—¡Me va a fusilar!

—¿Por qué te va a fusilar? Si lo único que quiere el general Villa es que nos des caballos para ir a tomar el pueblo más cercano, donde haya vías de comunicación para ponernos en contacto con el gobierno. Ya tenemos 3 000 hombres al lado de la sierra.

—¿Por qué no mejor van a los Altos Hornos? Ahí pueden sacar cuatro o cinco millones de pesos.

—¡No buscamos dinero, buscamos un telégrafo!

—Entonces vayan a San Juan de Sabinas —me dijo Falcón.

—¿Y en cuánto tiempo llegamos a ese lugar?

—Pues caminando se hace un día por entre la sierra.

—¡Muy bien, pues en cuanto llegue el general Villa le informaré sobre lo que dice a ver qué ordena él!

Después de esta conversación le mandé avisar al general Villa y luego luego se vino. En cuanto vio a Falcón le llegó duro, pesado. Entonces Falcón le dijo:

—Mire, general, no me regañe, ni me maltrate, fusíleme, soy tan hombre como cualquiera que se me presente, pero estoy desarmado.

Ya se calmó el general Villa y le preguntó:

—¿Me puedes dar 1 000 caballos?

—¡Más de 1 000 caballos le doy a usted!

—¿Qué poblado podemos agarrar más cerca?

—San Juan de Sabinas, mi general, pero hay que atravesar un río y viene muy crecido.

Luego, dirigiéndose a mí me dijo:

—Queda a tu cargo este hombre.

Ya me llevé a Falcón y lo dejé con mis tropas. Al otro día fui y traje los 1 000 caballos y con los que agarramos por ahí, acabamos 1 500. Dejamos nuestros cansados caballos e inmediatamente salimos a marchas forzadas sobre San Juan de Sabinas. Ya estando cerca, dijo el general Villa:

—Bueno, ahora aquí haremos alto hasta que oscurezca para que los del pueblo no nos columbren.

Esteban Falcón me llamó y me dijo:

—Al otro lado de la sierra está Múzquiz y allí hay 3 000 soldados federales —a lo que yo le contesté:

—Vamos tú y yo a ver.

Lo llevé amarrado de las manos con ronzales duros y Falcón me preguntó:

—¿Por qué me aseguras tanto?

—¡Por las dudas, hombre, eres muy ladino y si te me vas, entonces a mí me mochan la cabeza!

Llegamos a lo alto de la sierra desde donde se dominaba Múzquiz; le eché el antejo y vi a Múzquiz rodeado por tropas de Manuel Medinaveytia. Al general Villa se le habían unido 10 000 hombres carrancistas de toda la parte norte de Coahuila y que se encontraban en Piedras Negras en espera de órdenes. Bueno, ya después de haber visto eso en Múzquiz nos bajamos y le dije:

—Ahora sí vámonos.

Lo amarré de las dos piernas por debajo de la mula. Falcón era muy desconfiado, pero yo también lo era. Como era muy conocedor

del terreno quise mejor asegurarme, por eso lo amarré de esa forma. Ya regresamos y emprendimos el camino a San Juan de Sabinas; al llegar al río nos dimos cuenta que como había dicho Falcón, se encontraba muy crecido, tanto, que había levantado las vías del ferrocarril y había dejado el puente en muy mal estado y a punto de caer. Me fui a encontrar al general Villa y le dije:

—Mi general, el río se encuentra muy crecido y el puente no aguantaría el peso de la tropa a caballo, así es que usted se va a quedar aquí con 25 hombres mientras yo encuentro cómo vadear el río. Si veo que lo puedo pasar, lo paso. En caso contrario esperaremos a que amanezca, porque en San Juan de Sabinas hay como 150 hombres de destacamento.

—¡Muy bien! —me contestó el general Villa.

Regresé a la orilla del río con toda la tropa y me metí y tras de mí, todos los hombres en chorro, nada más subían las armas para que no se mojaran. Pasamos y le pusimos sitio al mineral de Sabinas. Entonces le mandé pedir la plaza al jefe que estaba allí, por cierto, era un capitán, pero me contestó que no se rendía, que defendería la plaza hasta el último cartucho. Yo agarré el telégrafo y me comuniqué con don Adolfo de la Huerta, le informé de que había un capitán al mando del destacamento y que no quería retirarse de ahí, que estaba dispuesto a pelear, que ya se le había ordenado tres veces y que si no se rendía se atuviera a las consecuencias. En eso estaba yo comunicándome con De la Huerta, cuando el capitán me atacó. ¡Pues nada, señor, que lo acabé! El capitán murió en el combate y los pocos hombres que quedaron se tiraron de cabeza al río, unos se salvaron, pero la mayor parte se ahogaron. Entonces nuevamente me comuniqué con don Adolfo de la Huerta y me preguntó si yo era el general Villa y le contesté: “No señor, soy el general Nicolás Fernández, segundo del general Villa, pero dentro de media hora él estará aquí para hablar con usted”.

Pregunta: Pero Villa no estaba enterado de esta comunicación suya con De la Huerta... ¿usted le avisó?

NFC: Mandé a traer al general Villa y habló con don Adolfo de la Huerta, a quien le dijo: “En estos momentos le mando al general Eugenio Martínez a conferenciar con usted para que tengamos un arreglo”. Al otro día llegó Eugenio Martínez con 200 hombres y llevaba con él a

un tal Pablo Rodríguez que se nos había volteado y nos encerramos en un cuarto a conferenciar, pero no se llegó a ningún arreglo. Don Adolfo de la Huerta nos mandaba decir que su gobierno estaba en bancarrota y que nos invitaba a que nos incorporáramos al ejército federal.

El general Villa me preguntó:

—Oye, Nicolás ¿qué te parece lo que nos proponen, crees que esté bueno esto?

—¡No, señor! —le contesté—. Usted tiene un contrato con nosotros, firmado; hicimos un juramento con usted, ¡que mientras Carranza viviera habríamos de pelear y está firmado por todos nosotros y por usted también! Pero Carranza está muerto; ya estamos cansados de pelear y no tenemos garantías. Ahora que nos proporcionan esta oportunidad, que nos den tierra donde trabajar y que nos dejen las armas, los caballos ¡y todo!

Ya el general Villa le comunicó esto a don Adolfo de la Huerta y no sólo lo aceptó, sino que nos dio todo lo que pedimos. A mí me dieron una hacienda de don Luis Terrazas, que se llama San Isidro y que tenía como unas 150 o 180 000 hectáreas, mismas que fueron para mi gente; para la gente de Ojinaga les dieron tierras allí mismo y así nos fuimos separando. Eugenio Martínez pidió inmediatamente trenes para trasladarnos; unos sí se embarcaron, pero el general Villa y yo nos vinimos por tierra. De San Pedro salió una comisión a encontrarnos, ya ahí en una estación, cerca de San Pedro, nos embarcamos a Tlahualilo, que fue donde vinieron a pagarnos. Ya aquí, nos dijo Eugenio Martínez que había recibido un mensaje de don Adolfo de la Huerta, en donde decía que no nos podía pagar todo el dinero junto por estar el gobierno en bancarrota, pero que nos firmaría unos bonos y dentro de seis meses nos pagaría en oro nacional. Yo mandé juntar todas las partidas que había en Chihuahua y acabamos como 1 000 hombres y a todos nos pagaron un año de haberes y a los seis meses nos pagaron el otro medio año y nos dejaron todo.

Pregunta: ¿Y cuánto tiempo estuvieron ustedes dedicados a las labores del campo?

NFC: Pues mire usted, eso fue en 1920. Al general Villa lo mataron en 1923 y ya se acabó todo.

YO ESTABA TRABAJANDO EN SAN ISIDRO, CUANDO LA EMBOSCADA DE PARRAL

Pregunta: General, ¿usted estaba con el general Villa el día que lo mataron?

NFC: No, yo estaba trabajando en San Isidro, a más de 20 leguas de Canutillo; ahora verá usted. Yo tengo un hijo que se llevó el general. Actualmente mi hijo radica en Saltillo y es Jefe de la Policía Federal de Caminos. Bueno, volviendo al relato, como le dije, a mi hijo se lo llevó el general Villa a Canutillo para que se estuviera con sus hijos, porque mi muchacho tenía 12 años y los del general estaban muy chiquitos. A mí me dio pena negarle aquel favor; mi muchacho estaba en el cuarto año de la escuela. Un día la señora del general, doña Austreberta, me mandó avisar que mi chamaco estaba muy enfermo y que el general estaba fuera. Salí para Canutillo, pero al pasar por Parral, frente a una casa que tenía la apariencia de un expendio de pastura, me entró la malicia, lo que se me confirmó al pasar el puente del río. Me imaginé que era un lugar ideal para una emboscada. Ya a mi regreso vi a Trillo y le platicué lo que había visto, pero no me hizo caso. Entonces fui a ver al general Villa y le dije: “Oiga, mi general, allá en tal parte hay unas pacas de forraje”.

—¡Sí —me contestó—, es un expendio de pastura!

—Pues no creo que sea un expendio de pastura, mi general. Cuando yo pasé por ahí hoy en la mañana, se asomaron cuatro cabezas por sobre las pacas para ver quién era y cuando me vieron se sumieron, eso está muy sospechoso, están en la mera oreja del puente; no pase por esa calle el día que vaya a Parral, mejor váyase por otro lado.

—¡No tengas cuidado! —me dijo—. ¡Mira, acompaña a Trillo y que vayan con ustedes Ramón Contreras y unos cuantos hombres, para que entreguen este medio millón de pesos a Evia y García!

Evia era muy amigo del general Villa y tenía una casa comercial. Fuimos a cumplir con la comisión y nos bajaron a un subterráneo en donde Trillo les entregó el dinero y le dieron un recibo a cambio, que Trillo echó a una cartera de piel negra y se la echó a la bolsa. Cuando salimos de ahí le dije a Trillo:



En junio de 1922 se publicó la entrevista que Villa concedió al periodista Regino Hernández Llergo, en la que declaró su simpatía y apoyo a “Fito” de la Huerta en la sucesión presidencial de 1924. Para muchos, esa entrevista fue causa directa de su asesinato. Aquí Adolfo de la Huerta emitiendo su voto. 1920.

© (128571) SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.

—Mira, allá en aquella casa es donde están las pacas de forraje, dile a mi general que no se venga por aquí, que se vaya por otro lado, por el Barrio del Palomo, ya que supongo que en el Cerro del Espía también hay otra emboscada.

Trillo tenía el mando de 100 hombres que pagaba el gobierno para escoltar al general Villa, así es que no le costaba nada traerlos, pues el mismo Trillo dijo que no los llevaran porque eran gastos. Al otro día Trillo salió a Parral y yo ya me encontraba en mi casa. Allá en Parral había un general que no recuerdo cómo se llamaba y tenía un batallón. Ese día le ordenaron sacar a su gente e irse de maniobras a un pueblo cercano llamado Maturana y a los judiciales también los echaron fuera de Parral y ahí estuvo la emboscada. Un capitán Lozoya era quien la encabezaba. Este Melitón Lozoya era dueño de un rancho llamado La Cochinería en el estado de Durango; ahí tenía un primo hermano del general Villa que era su compadre. Lozoya, por quitarle el terreno que tenía, lo mató con todo y familia. Esa madrugada me fueron a avisar a mi casa que habían asesinado al general Villa.

Pregunta: Se ha dicho que un hermano del general Maclovio Herrera fue quien preparó y llevó a cabo la celada en que murió el general Villa, ¿qué motivo tenía para hacerlo?

NFC: Mire usted, don José de la Luz Herrera, padre de Maclovio Herrera, era el presidente municipal de Parral y ya en aquella época se le había volteado al general Villa. Don José de la Luz formó una poca de gente para resguardar Parral, los llamaban “sociales”. Entonces nosotros atacamos Parral y estos hombres, que eran más o menos 800 se rindieron; más bien los hice rendirse a fuerza de pelea. El general Villa les dio garantía y nos dijo a mí y al general Ángeles, que a los únicos a los que no les daba garantías era a don José de la Luz Herrera y a sus hijos. Le estuvimos rogando y después de un buen rato ordenó que se les dieran garantías y que los dejaran libres, pero en caso de que se descompusieran no lo haría. Como habíamos agarrado 800 prisioneros y los teníamos ahí mismo, estaba lleno todo. Entre esos prisioneros estaba un individuo llamado Fortino, no recuerdo qué apellido, que estaba mocho del brazo izquierdo. El general Villa había dejado a un general Ramos con 800 heridos en una hacienda llamada Matalotes. Fortino era



El 20 de julio de 1923, un comando dirigido por Jesús Salas Barraza asesinó a Francisco Villa y sus acompañantes en las calles de Parral, Chihuahua. Si bien Salas Barraza fue el asesino material, el historiador Friedrich Katz demostró que el autor intelectual fue el general Joaquín Amaro, con el conocimiento del presidente Álvaro Obregón y del secretario de Gobernación, Plutarco Elías Calles.

General Francisco Villa muerto en Parral el 20 de julio de 1923. Chihuahua.

Colección Elmer y Diane Powell. Universidad Metodista del Sur. Estados Unidos.

uno de sus soldados y se le desertó, se fue a Parral y lo denunció. Entonces mandaron a la Hacienda de Matalotes, donde teníamos nuestros heridos, a un general Manuel López, con 1 000 hombres y mató a todos los heridos con todo y familias, a los 800, pero no los mató a balazos sino con piedras que les dejaban caer en la cabeza. Entonces teníamos prisionero a ese Fortino ahí en Parral; le avisaron al general Villa y éste lo mandó sacar para que me lo llevaran y lo fusilaran, pero yo todavía no llegaba a Parral porque andaba peleando con algunas tropas que habían quedado desparramadas por ahí y cuando llegué con todos los prisioneros, Villa me dijo:

—Ya te mandé al “mocho” de Fortino para que me lo fusiles.

Esto lo escuchó don José de la Luz Herrera y ese fue el motivo para que se enojara y se puso a insultar al general Villa, tratándolo de traidor y de madre para arriba, gritando que le dieran una pistola para enfrentarse con Villa. ¡Imagínese usted! Nosotros que habíamos intercedido por él para que los dieran libres junto con sus hijos y que por cierto ya se lo habíamos comunicado.

Entonces Villa le dijo al general Ángeles:

—¿Qué le parece, mi general? Yo di mi consentimiento para salvar a este hombre y mire cómo me viene poniendo a insultos —a lo que Ángeles contestó:

—Mi general, retiramos el favor que le pedimos y le quedamos muy agradecidos, proceda usted como quiera. —Y Villa ordenó que lo fusilaran.

Llegaron los hijos de don José de la Luz Herrera y Villa les preguntó:

—¿Ustedes qué quieren?

—¡Queremos correr la suerte de nuestro padre!

—¡Fusílenlos a los tres! —Y los fusilamos. A toda la demás gente se le dio libre.⁵

⁵ Nota del editor: El fusilamiento de José de la Luz Herrera en Parral fue en abril de 1919.



Francisco Villa y el coronel Miguel Trillo con sus hijos y otros niños amparados, retrato de grupo.

El general Villa sintió especial devoción por los niños desamparados. Son conocidos los episodios en que adoptó a niños huérfanos y durante su estancia en la ciudad de México recogió a los niños que dormían en la calle para llevarlos a Chihuahua y darles educación.

©(643072) SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.

IDEAL DE VILLA: ACABAR CON TODOS LOS LATIFUNDIOS

Pregunta: ¿Cuáles eran los ideales que animaban a Villa para actuar en la Revolución?

NFC: Mire, los ideales de Villa eran acabar con todos los latifundios, porque él convivió con los latifundistas que tenían a toda la gente en la desgracia. Para pelear y derrotar a la dictadura de Porfirio Díaz y a los gobiernos de los Estados Unidos que tanto daño hacían a la gente del pueblo que Villa defendió siempre. Aquí echó fuera a los gachupines para que se repartieran sus tierras y así lo anduvo haciendo en todas partes; esos eran sus ideales.

Pregunta: Señor general, ¿y qué sintió usted cuando se enteró del acto en que develaron la estatua del general Francisco Villa en la ciudad de México?

NFC: Me avisaron, pero no pude ir, porque ya no puedo viajar, estoy muy enfermo.

Pregunta: ¿Pero fue satisfactorio para usted? ¿Fue un acto de justicia?

NFC: Claro que fue un acto de justicia. Lo primero que logramos fue que grabaran su nombre con letras de oro en la Cámara de Diputados; ahí tengo copias de las cartas que mandé a todos los presidentes pidiéndoles eso, y el hombre que nos hizo justicia fue el presidente Díaz Ordaz.

Pregunta: General, ¿y cómo ha sentido, desde aquella época violenta a estos momentos en que usted y yo hablamos en Torreón? ¿Cómo ha valorado la obra de la Revolución?

NFC: Para mí ha sido una fortaleza muy grande, porque usted ha de saber más o menos que en tiempos de la Revolución éramos unos cuantos millones de mexicanos; nos atropellaban todos los extranjeros. Ahora México tiene más de 50 millones de habitantes. Todo esto por la obra de la Revolución que ha permitido el progreso nacional y repartido las tierras, continuando así el esfuerzo revolucionario que iniciaran Villa y Zapata.





Francisco Villa trabaja con el arado en su hacienda de Canutillo. 1920.

© (655866) SECRETARÍA DE CULTURA. INAH. SINAFO. FN. MX.

PÍNDARO URIÓSTEGUI MIRANDA

GENERAL NICOLÁS FERNÁNDEZ CARRILLO

UN TESTIMONIO DEL PROCESO
REVOLUCIONARIO DE MÉXICO

ESTUDIO INTRODUCTORIO Y BIOGRAFÍA:
DANIEL LIBRADO LUNA

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Se terminó en la Ciudad de México en agosto de 2023.



CLÁSICOS
DE **VILLA**



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

